GUILLERMO THORNDIKE

Los Topos

La fuga del MRTA de Canto Grande

PRESENTACIÓN:

Guillermo thorndike. El novelista que cubrió el asesinato del magnate Banchero, la derrota peruana ante Chile, el fusilamiento de 5000 apristas en Trujillo, la caída de Velasco Alvarado, ahora narra la espectacular historia del túnel por el que el MRTA escapó de Canto Grande, el último día del mundial de fútbol de 1990.

Los topos. Parecía una locura cavar un túnel de casi cuatro cuadras de largo, de afuera para adentro de la cárcel. Se metieron bajo tierra y casi no salieron hasta terminar. Mientras en la superficie la vida transcurría como siempre, ellos cavaron como nunca. Nadie oyó los ruidos del túnel, y cuando fueron escuchados en la cárcel, ya era demasiado tarde.

Víctor Polay. El túnel fue para rescatarlo a él y a sus seguidores. El error de una colaboradora le había costado la libertad. Alan García, su antiguo amigo de París, lo tenía preso, y el túnel también fue la manera de terminar de demostrar que sus caminos se habían separado. Cuando llegaron los topos el senderista Osmán Moróte dormía plácidamente a pocos metros libre de toda sospecha.
guillermo thorndike. El aclamado autor de "El año de la barbarie", "No, mi general" y "Abisa a los compañeros", pronto» vuelve a revelarse como el ojo más agudo y la pluma más certera de la narrativa histórica peruana. Como lo fue la excavación del propio túnel, la lectura de estas páginas demostrará ser indetenible, y no por casualidad: leer a Thorndike es una compulsión nacional desde por lo menos 1969.

Los topos. El tema universal de la fuga subterránea cobra en este libro ágil y documentado un rostro peruano, espectacular. Esta es la historia, minuto a minuto, centímetro a centímetro, del túnel que capturó la imaginación del país y lanzó a las primeras planas mundiales a quienes volvieron a ser libres gracias a él.

Mirko Lauer

Canto Grande

Del centro a la periferia de Lima parece que hubiera cuatro horas de viaje y cuatrocientos años de distancia. Lo más antiguo quedó atrapado por incontables anillos de una metrópolis en explosión, de modo que. si se pudiese rebanar cimientos y murallas quedaría al descubierto la longevidad de la piedra, sus distintas edades. Lo más viejo se había edificado con caña y barro, noble quincha que aún soportaba las fantasías palaciegas de españoles y criollos. A excepción de unos cuantos frontispicios tallados en ese hermoso granito rosa gris que se desprende de los abismos andinos, lo demás era mentira. Torres, almenas, frisos: todo de barro y yeso. El Perú era gobernado desde una ciudad salida de la imaginación y que sin embargo permanecía en su sitio, un poco encorvada a fuerza de soportar terremotos, con sus incontables campanarios en desorden. ¿Dónde el principio y en qué parte el fin del laberinto? ¿Cómo encontrar el comienzo de las horas? ¿qué rastro había de seguirse? Aquí humoso desorden, también allá. en todas partes desconcierto. Laberinto sin hilo nuestro pasado, pobre apariencia de país esta montaña. La atmósfera es aceitosa impregnación, la lluvia apenas un velo de agua abandonado en grasientas veredas. Los caminantes tosen acosados por el olor a diesel y fritura, todo tráfico el inmenso comedor callejero, todo cáscara el asfalto blando que se adhiere a incontables sandalias de caucho, todo cuesta abajo los zaguanes orinados por los gatos y el hedor amoniacal de ratas en cimbreantes conventillos, todo derrumbe la pobreza apisonada, en fila de a uno la miseria y de a ninguno la sonrisa y de nadie, nunca, la ciudad básica, la primera piedra, el acertijo fundamental, el punto de partida, la historia de un país por resolverse.

En la inmensidad urbana cuya muchedumbre no cesa de acomodarse, por avenidas transformadas en bazares y baratillos, no siempre pueden volar las caravanas de los poderosos. “Abran paso”, “abran paso”. vehículo oficial» anuncia el altoparlante de vanguardia, y, adelante, sigue imperturbable el atroz embotellamiento. Constantes aniegos y apagones han arruinado el sistema de semáforos y, si logran brillar, las luces de tránsito titilan enloquecidas, se estancan en el ámbar o se aforran al rojo por sus cuatro costados. Si en verde, los vehículos se detienen, temerosos de la ciega embestida de salvajes infractores. Si en rojo, todos tratan de ganar la otra orilla a fin de no perder tiempo. Veredas lugares de paso se convierten en espacios sedentarios, bien comarcados, por los que rápidamente se extienden estructuras de madera y techumbres de plástico. Lo insólito, lo perdido, lo robado, a veces lo mejor y más barato se ofrece entonces a los ojos de siempre lentos transeúntes. Sandalias y zapatos sólo para el pie derecho. También para el pie izquierdo. Ropa usada. Monedas y billetes antiguos. Asombrosos maestros de ajedrez proponen partidas a cambio de una apuesta. Médicos populares ofrecen curarlo todo, gastritis, angustia, cáncer, flujos y tristeza. Existe de todo: columnas de tres metros de alto hechas de libros y revistas viejas, pirámides alzadas con cerraduras, grifos y artículos eléctricos; zapatos, decenas de miles de zapatos; y carteras. rollos de papel higiénico, horóscopos al paso, los más recientes éxitos musicales. Nada está disperso, nada reunido al azar. Cada calle tiene un atractivo propio, una especialidad. Esta ciudad real parece diseñada por una inteligencia atávica, claramente superior, que asigna un

barrio a cada necesidad. Aquí la ropa nueva, la ferretería de primera, los zapatos completos. Allá la ropa usada, los grifos de ocasión, los zapatos izquierdos o derechos. Aquí los cachivaches de utilidad desconocida, el alquiler de revistas porno, la chillona copia de las canciones del momento. Allá los magos, los ajedrecistas, los herbolarios, quienes coleccionan estampillas y monedas viejas. A esta multitud se suman día y noche, quince, veinte mil cambistas callejeros, que muestran descomunales fajos de billetes. Pronto las angostas veredas de Lima quedan pequeñas y la explosión de mercaderes debe capturar más asfalto, más calles y avenidas, hasta encajonar la estruendosa corriente de autobuses. En hileras de a uno se atollan pesados armatostes que van a la buena de Dios, con sus latas derruidas y sus llantas parchadas y vueltas a parchar. Mientras el Estado se cae a pedazos, el Perú sigue su camino, organizándose a su modo. No pregunta. Los pobres sólo tienen tiempo para sobrevivir.

La visión se obstina: no ha terminado el éxodo a ninguna parte. Siempre hay alguien que perdió la guerra. ¿Cuándo sumaron multitudes que marchan con su pobre vida a cuestas? ¿cómo saber si cambian rostros infinitos o si vuelven los mismos infelices? La vieja muchedumbre se persigue a sí misma, paseando esas cuarenta manzanas del centro limeño que irradian todo el poder de la república. Pasa la gente en latosas caravanas que dejan tras de sí una espesa huella de petróleo mal quemado, hombres y mujeres con sus huesos en posición de muerte, sus ojos en ninguna parte, apiñados en cajones rodantes que repiten un asfixiante itinerario por calles torvas y plazuelas en las que jadean ancianos aplastados por el estruendo. ¿Nunca nadie va a estar en desacuerdo? Qué importa. Nada inolvidable se alza en la capital de estuco y purpurina. Nada.

Del centro a la oscura periferia hay que desandar el tiempo, remontar ásperas distancias. Acaso doscientos años de historia pasan en los primeros diez minutos de viaje. En la vertiginosa sucesión de barrios, en la cada vez más raquítica estatura de parques y arboledas, en el desastre ornamental de la arquitectura se presiente el regreso del pasado a la ciudad inmediata. Cada año o dos, desde la esponjosa oscuridad se levantan nuevos pueblos junto a la inmensa urbe vieja. Precarios y remotos, hechos de Junco y totora, de cartón y latas, de plástico y periódicos, la toman después por abordaje. Los refugiados del hambre y la paz sucia llegan por desiertos y escarpaduras, a plantar sus cañas en la salitrosa costra de los cerros. El instinto peruano los empuja a arraigarse en sedientas laderas. Enarbolan sus banderitas de papel cometa, se envuelven con esteras, forman sus comités de lucha. Parecen venir de todo el planeta: de mesetas barridas por altos vientos andinos, de profundos valles calientes perfumados por retamas y cañas de azúcar. de una selva lluviosa todavía en evolución o de manglares próximos a la línea ecuatorial y también de blancos desiertos en los que el sol raja las piedras. El pedregoso territorio de Lima no consigue intimidarlos. Los hombres grises suben, vienen, vuelven hasta cambiar el paisaje. Se diría que empujan cerros o que conocen los secretos de la despetrificación y que sobre sus espaldas cobrizas es tan leve el peso de la roca como el de la hoja de un sauce. Van, sueñan, regresan. Piedra acuñada sobre piedra, rehacen con lentitud su geografía, suavizando el abismo en escalera y la caída en planicie. Todos son constructores, arquitectos.

Albañiles y matemáticos, todos. De blando polvo a eternidad de pie. amurallan los cantos rodados, tallan la roca, izan ladrillos infinitos, tienden tuberías, inventan la rueda, apisonan caminos, establecen veredas, fundan arboledas y lo que al principio ha sido lamentable soledad, noche total apenas alumbrada por diminutas lenguas de fuego brotando de lamparitas a kerosene, reaparece con industriosa voluntad de urbe y aumenta su estatura a tres y cuatro pisos, hasta que al cabo de varias generaciones resplandecen luces neón y avenidas principales y otro anillo de cemento se adhiere a la metrópolis que nunca termina.

Canto Grande había empezado treinta años atrás como una pequeña urbanización de clase media. El Tío Benigno lo recordaba como paradero final de una línea de autobuses. Después se convirtió en lugar de paso, un conglomerado de poblaciones que se sucedían empinándose por quebradas siempre más abruptas, con calles de nombres desconocidos y negocios prudentes y mortecinos que sus dueños clausuraban al anochecer, hasta que el registro electoral reconoció oficialmente que Canto Grande se había convertido en el distrito más populoso y que cinco por ciento de la metrópolis con siete millones de habitantes se había afincado dentro de sus límites. Canto Grande era intensamente provinciano, más que menos socialista, de peligrosa juventud. Pero no crecía por igual en todos sus frentes. Su asombrosa expansión se estancó al acercarse a la gran prisión el mismo día en que fue inaugurada. La gente evitaba el asfaltado desvío que llevaba hacia la cárcel. En verdad, la existencia de la última hilera de casas frente a tierra de nadie no estaba del todo reconocida. Prohibido edificar, amonestaba un letrero despintado por la humedad y los años. Ya estaba el barrio construido, con las fachadas sin acabar, con techos incompletos, con rejas sin pintura pero de pie, todas las casas de un piso, con su corralito posterior desde el que era posible contemplar la cárcel. Un cuarto de kilómetro era suficiente distancia y Canto Grande parecía de verdad a prueba de fugas, así que pronto nadie se preocupó por clavar más carteles. Pero en dos años nadie había mostrado interés por mudarse tan cerca de la prisión y los vecinos ya establecidos se sorprendieron cuando el Tío Benigno y la Tía Rosa preguntaron si quedaba un terrenito disponible.

¿Por qué ahí, en esa parte de Canto Grande, justamente donde el progreso se había estancado? ¿Quiénes eran, de dónde venían? Más preguntón que los demás vecinos, el señor Ayala quiso conocer sus ideas políticas. Debían tener cuidado, explicó después, usted comprenda, nadie quería meterse en complicaciones. Ayala sacaba arena de construcción de la tierra de nadie, en sociedad con sabe Dios qué autoridades carcelarias. Esa relación lo forzaba a informar a la Guardia Republicana si aparecían desconocidos. A su modo, los soldados vigilaban. Uno se encontraba con ellos por el camino, en el mercado, en los paraderos de transporte. En esa zona, los uniformados tenían todo el poder. El Tío Benigno asintió. Por eso mismo era un sitio tranquilo. La Tía Rosa y él ya estaban viejos. Tenían un sobrino, un muchacho trabajador y estudioso. Y a nadie más en el mundo. Viviría con ellos en el nuevo hogar. Por ahí, además, los terrenos bajaban de precio. Y era el mismo suelo que uno encontraba más allá del desvío, donde aumentaban los precios.

Una semana más tarde, los tíos regresaron al barrio esta vez con su sobrino. Uno a uno saludaron a los vecinos. Dejaron al señor Ayala para el final. El Tío Benigno le obsequió unas naranjas. Pelaron la fruta y la comieron en el jardincito a la entrada de la casa. ¿Han tomado una decisión? se interesó Ayala mientras se limpiaba la boca con la manga de la camisa. Benigno, el pausado, respondió afirmativamente. Buen clima, dijo el sobrino que se llamaba Martín, y está cerca de Lima. Claro, tenía sus inconvenientes, agua sólo dos horas al día y la misma intermitente miseria causada por los apagones. Al fin se animó Ayala a revelar que tenía un terreno de casi cien metros cuadrados. Diez minutos tardó en señalar su ubicación en la punta misma del poblado. De cuclillas a la sombra de las cinco de la tarde, el Tío Benigno conducía la negociación con profunda sabiduría. Los hombres tenían que conocerse antes de cerrar un trato. Hablaron del precio. Ayala pidió una enormidad. El Tío Benigno sacudió la cabeza. No tenía tanto dinero. Iba a pensarlo. Lo volvería a visitar si aun creía posible una transacción. Cuatro días después. Benigno y el sobrino hicieron una contrapropuesta. Regatearon dos horas. Por fin se dieron la mano. Habían cerrado el trato. Pagaron el terreno con un costalillo lleno de billetes. Antes de una semana habían levantado un cuartito de esteras. El primero de mayo de 1987, Benigno, Rosa y el sobrino Martín se mudaron a la nueva vivienda, al frente mismo de la prisión de Canto Grande.

En realidad, el Tío benigno ya sabía que los únicos terrenos sin construir en ese barrio pertenecían al señor Ayala. No compraba para hacerse una casa en la que transcurriera tranquila su vejez, sino para levantar una fachada inocente y abrir un túnel que llegase hasta la cárcel de máxima seguridad. Tampoco estaba solo con su esposa y su sobrino. Ella no se llamaba Rosa y no era su mujer. A Martín se lo habían presentado la víspera. Con su hablar lento y sus movimientos cansados. Benigno había sido albañil sólo parte de su vida. Una enfermedad lo salvó de ser exterminado con la guerrilla del MIR en 1965. Había sido de los primeros en unirse al Movimiento Revolucionario Tüpac Amaru en 1983. Tantas veces había cambiado de identidad que a los cincuenticinco años casi no recordaba su nombre verdadero. Tenía que construir cuatro habitaciones de ladrillo y cemento antes de que se le reuniera el resto de los topos del MRTA.

La prisión estaba a casi trescientos metros de distancia. El Tío Benigno no se atrevía a imaginar el esfuerzo que significaba un túnel tan largo. Podía tomarles varios años. No importaba. La cárcel no iba a salirse de su sitio. Estaría ahí, siempre.

Un año atrás la habían inaugurado. Poco después de ser trasladados a ella, los tupamaros empezaron a cavar desde el ducto subterráneo al que llegaban los desagües de la prisión. Habían avanzado cincuenta metros y se acercaban a la muralla exterior cuando fueron delatados.

Conforme crecía la insurrección, seguían llegando tupamaros a la prisión de Canto Grande. Al principio eran trece hombres y cinco mujeres. Hasta abril de 1987 casi se habían duplicado. Cada mes que se cumpliera, su número continuaría aumentando. Si no lograban escapar por sus propios medios, el MRTA tenía que sacarlos. Desconfiaba de los canjes de rehenes. Podían

terminar en una matanza. No era posible capturar la cárcel por la fuerza sin librar combate con su guarnición de ciento cincuenta soldados. Una carnicería. No quedaba otra alternativa que un túnel. Esta vez, sin embargo, lo harían de afuera hacia adentro, tan profundo que fuese imposible escuchar a los topos desde la superficie.

La cabeza blanca y el rostro arrugado echaban encima del Tío Benigno una carga de ancianidad. Sin embargo conservaba la musculatura de un hombre de cuarenta y la agilidad de un adolescente. Prefería pensar todo lo que hacía, hasta las pequeñeces. Al caminar miraba bien donde pisaba. Antes de morder estudiaba el bocado. No fumaba. No le gustaba la cerveza y aborrecía el aguardiente. Muchos años atrás, en una hacienda norteña había tenido un hijo que murió de viruela negra. Lo recordaba como si fuese una equivocación de su memoria. En una época se había entretenido inventando al hijo que no alcanzó a vivir. Olvidó a la criatura inflada, purulenta, sancochada por la fiebre, y, en su lugar, creó a un joven a su imagen y semejanza, que lo acompañaba en sus fantasías de hombre viejo y solo hasta que un día se cansó de engañarse. A lo mejor el hijo habría llegado a ser como el padre lo imaginaba. Tal vez. Nunca nadie lo sabría. A Benigno lo habían torturado muchas veces. Antes de las guerrillas, ya lo habían apaleado y encarcelado con todo su piquete de huelguistas. Conocía la humillación, la vergüenza, el llanto que nace de la furia. El mundo estaba podrido, lleno de engaño. Tenía que cambiar, arrepentirse, ser de todos o de nadie. Pasado el medio siglo de existencia, el tío estaba acostumbrado a la soledad. Hablaba-poco. meditando cada palabra. De ahí su fama de hombre pausado y precavido. Nunca antes había trabajado en un túnel. Sin embargo conocía de pozos artesianos. Ahí tendría que bajar dieciocho metros antes de dirigirse a la prisión. Tenía la sensación de que el túnel ya existía bajo tierra, como un enorme gusano hueco, una oquedad secreta. Era preciso rastrearlo y descubrirlo. A ratos ponía las palmas sobre el suelo y creía percibir un leve estremecimiento. El túnel esperaba.

Martín se impacientaba. Quería que se les unieran los topos, arrancar la excavación. ¿Cuándo empezamos? Hum, contestaba el Tío mientras apilaba ladrillos y aplicaba la plomada. Primero debían establecer la fachada. Aun no tenía adonde esconder a los topos. Tampoco quería apurar la construcción de la casa. Hubiese podido contratar ayudantes, traer cemento y arena por camionadas, acabar la casa en seis semanas. Pero los pobres construían con lentitud, se acomodaban entre paredes y techos a medio terminar. No quería destruir la humilde imagen que ya le había aceptado el vecindario. Martín era joven. Estaba al mando de la operación. Sólo porque era fervoroso partidario de la disciplina era que el Tío Benigno toleraba algunas de sus decisiones. Con el paso de los días, comprendió que ambos eran igualmente obstinados. Aunque a solas reconocía al mismo Martín siempre, Martín era capaz de ser varias personas a la vez. Sobrino ahora, estudiante, un poco tímido, algo doctoral. Taimado comerciante cuando partía a conseguir herramientas, también charlista, leguleyo. Se había hecho pasar por policía, escribano, médico, periodista. En el partido lo conocían como Martín, el astuto. En Canto Grande era quien trataba con los vecinos. Discretamente piropeaba a las señoras, prestaba ayuda en las tareas comunales, pronto los padres lo usaban como ejemplo para sus hijos. Trabajador, serio, lleno de entusiasmo y de ganas

de vivir. Decía estudiar comercio, contabilidad. Llegaría lejos. Las jóvenes casaderas lo invitaban a pasear, ardían por encontrarlo en los bailes del colegio parroquial. Al fin completas las siete paredes, el Tío Benigno procedió a encofrar los techos. Dentro de poco podría entrar la vanguardia de los topos. Esta vez Martín hizo llevar una ruma de bolsas de cemento y todo un camión de pedregullo. En la entrada pusieron una puerta de fierro, enchapada con una plancha de metal. La Tía Rosa sembró un arbolito, señal de que se habían establecido. Martín descubrió entonces que entre sábados y domingos, el Tío Benigno había empezado a excavar el pozo.

Benigno dibujaba el túnel con rústicos trazos de lápiz, una entrada profunda, rectangular y áspera, una estancia subterránea y un socavón después, en forma de trapecio, con horcones y vigas a cada cinco metros de distancia. Después removió la tierra como quien tantea la dureza del suelo. Al fin cavó un agujero de un metro y medio de profundidad. No será tan difícil, explicó a Martín, sacarían el desmonte en sacos de yute que podrían vaciar lejos de Canto Grande. Llegar a la prisión no debía tomarles más de un año.

martín había salido la mañana en que un pelotón de la Guardia Republicana llegó al barrio para censar a la población. Aunque los presos del MRTA estaban en Canto Grande desde 1986. los de Sendero Luminoso se habían resistido al traslado. Decían que el gobierno quería liquidarlos en la nueva cárcel de máxima seguridad. Preferían quedar solos en la Isla del Muerto, una roca pelada que emergía frente a Lima, o en los menesterosos tugurios de Lurigancho, donde eran dueños de un pabellón que ellos consideraban territorio liberado. En verdad preparaban un motín con captura de rehenes, que sorprendió al gobierno aprista de Alan García cuando se reunía en el país la Internacional Socialista. La sublevación había sido aplastada con un baño de sangre. A los senderistas de Lurigancho los tumbaron en el suelo para dispararles ciento treinticinco veces un sumario balazo en la nuca. En la isla habían intentado resistir. Sobrevivían treintisiete de doscientos. Ahora llegaban otros presos de Sendero Luminoso y el gobierno extremaba las medidas de seguridad. Los soldados de la Republicana se dispersaron en grupos de a tres cuando entraron al barrio. El vecindario les era familiar. En la curva que llevaba a la cárcel había un mercadito donde resultaba inevitable que las vecinas conocieran a los guardias. Varias señoras vendían alimentos y cigarrillos casi al pie de la prisión. Para trabajar en la arenera del señor Ayala, los peones tenían que pasar frente al retén. Los guardias no desconfiaban. Durante la mayor parte del siglo, los republicanos habían dependido del ejército. Dos años antes habían dejado de ser una fuerza auxiliar para convertirse en uno de los tres cuerpos que integraban la Policía Nacional. Traían arreos de combate, chalecos blindados, fusiles de asalto, granadas al cuello. Un cabo se detuvo frente a la casa a medio construir, a cuya puerta salía el Tío Benigno con su aire cansado para decir buenos días joven, en qué lo puedo servir. Estaban censando a la población por orden superior. Sin sospechar que visitaba una base del MRTA, el cabo soltó sus preguntas. ¿Cuántas personas viven en la casa, cómo se llaman, a qué se dedican, desde cuándo son vecinos de Canto Grande? Luego el cabo pidió documentos de identificación. El pausado Benigno entró a la casa. Gris y enjuta, la Tía Rosa escuchaba en la penumbra con un revólver en la diestra. Benigno salió al rato con sus papeles falsos. Dictó

los números y el cabo se dio por satisfecho, disculpe la molestia señor, buenos días señor.

De regreso al anochecer, Martín comprendió que habían trabajado en vano. Tan pronto la policía confrontase los números que había proporcionado el Tío Benigno con los del registro electoral, descubriría la existencia de impostores en el vecindario. Al otro día, Martín y la Tía Rosa se habían marchado. Benigno clausuró las habitaciones y visitó a sus vecinos. Una tragedia familiar lo forzaba a partir. Ignoraba cuando regresaría. Encargó el cuidado de su propiedad al señor Ayala y se fue con un costalillo al hombro, medio encorvado por la calle polvorienta.

La guerra

La región de San Martín, por cuyas verdes ondulaciones se baja de los estribos andinos a los grandes ríos amazónicos, es uno de los lugares del planeta más parecidos al paraíso terrenal. Como una isla de prosperidad, existe rodeada de parajes infernales: al sur, los valles cocaleros; la jungla virgen al oriente; al norte y hacia el sol naciente, los pasos controlados por ejércitos de bandoleros y narcotraficantes; una oscura y afilada cordillera por la que se desmoronan terremotos a occidente. Muchos llegaron de paso sólo para quedarse en San Martín. Pese a los rigores del clima selvático, se suceden pueblos industriosos, buenas cosechas, caminos nuevos. Ríos benignos empapan sus valles, desparramándose en lagunas arroceras o propiciando el furioso crecimiento de pastos en los que se alimentan grandes rebaños de ganado cebú. De la cordillera a las tierras bajas, se intercalan bosques y praderas de clima templado, exactas y pulidas como parterres, aún deshabitadas, y, de un valle a otro, emergen ciudades bochincheras, patrióticas, comerciales, cuyos muelles y mercados parecieran destinados a la actividad perpetua.

Hacia fines de 1987, el paraíso terrenal no estaba satisfecho con su suerte de trastienda del Perú. A rastras de otros intereses, la región sufría los efectos de la guerra de la coca, una plaga de bandidaje, cupos y abusos de autoridad, con imposición de ínfimos precios agrícolas y una secuela de cosechas perdidas y pequeños empresarios arruinados. Entre la ciudad principal, Tarapoto, y la capital Moyobamba, los campesinos de Tabalosos emprendieron una huelga. Al calor de las proclamas se atrevieron a interrumpir la carretera. La Policía Nacional consideró que se trataba de una insurrección y reabrió el tránsito a balazos. En Tabalosos contaron seis muertos. El 8 de octubre de 1987, cuando se cumplían veinte años de la caída en combate del Che Guevara, una pequeña fuerza guerrillera entró a Tabalosos, neutralizó a la guarnición policial y se adueñó de la carretera y de varios camiones atiborrados de víveres. Al reparto de alimentos siguió una asamblea popular. Entonces se identificaron los rebeldes uniformados de verde olivo. Eran parte de la guerrilla Túpac Amaru Libertador.

Antes de una semana, otra fuerza guerrillera capturó Soritor, un poblado a quince minutos de Moyobamba, la capital de San Martín donde existía una importante guarnición militar. El MRTA aparecía y desaparecía por el norte de la región, más rápido que las fuerzas gubernamentales que optaban por la

lentitud hasta adivinar el tamaño del adversario. Los tupamaros tanteaban el territorio, la determinación de las autoridades. Como era costumbre, la Dirección Nacional se colocaba al frente de la guerrilla. Antes de entrar a Tabalosos, el misterioso jefe del MRTA había asistido a una escuela guerrillera en la montaña, inspeccionando después las bases que daban sustento a la guerrilla en San Martín. Los tupamaros se presentaban ahora con el rostro descubierto. El jefe exigía extrema pulcritud a sus combatientes. Algunos protestaban, querían dejarse barba como los cubanos en Sierra Maestra. El jefe se mostró inflexible: en ese tiempo no existían las navajas descartables. Los quería afeitados, con el uniforme limpio, las botas relucientes. Cada asamblea popular debía ser una fiesta y a las celebraciones la gente asistía bien presentada, con ropas domingueras y la piel olorosa a jabón y agua fresca.

Para el MRTA, el impulso inicial del gobierno de Alan García estaba agotado. Había partido como un rumboso cohete presidencial sólo para brillar en lo alto del cielo republicano y encontrarse después en medio del vacío. La extraordinaria popularidad del joven gobernante se había desmoronado en 1987 después de su abrupto intento de estatizar la banca. Los «doce apóstoles» de la empresa privada que habían acompañado a García desde el comienzo de su gobierno, pasaban a encabezar una colérica oposición cuyo papel estelar confiaron al novelista Mario Vargas Llosa. Los dueños de los bancos se encerraban a combatir desde sus castillos, en abierta rebeldía, liándose a trompadas con la policía mientras sus abogados multiplicaban demandas y recursos de amparo ante las cortes. En los meses que siguieron pareció propagarse un implacable espíritu de anarquía. En el colmo del desorden, policías en huelga marcharon a disparar sus armas al aire frente a la casa presidencial. Mientras tanto se acercaba el Primer Congreso de la Asamblea Popular Nacional, al que comprometían su asistencia centenares de sindicatos, federaciones obreras y campesinas, los estudiantes y un sector de trabajadores estatales. El MRTA necesitaba descargar un golpe contundente al gobierno aprista.

En el Perú, las distancias engañan. Siempre es más lejos de lo que parece. Nada es realmente plano, ni existe la línea recta, ni es posible abreviar los viajes. La tierra se infla desde abajo, amontonando montañas sobre montañas. Los desfiladeros rompen el horizonte sólo para multiplicarlo. Crece el país puesto así, muchas veces sobre sí mismo, de modo que es preciso escalarlo para avanzar y bajar, subir infinitas veces su aserrada geografía. Pronto los guerrilleros aprendieron a moverse en una escala superlativa. Sus marchas no tomaban días, demandaban semanas. Cuando la guerrilla Túpac Amaru Libertador inició su desplazamiento al sur, corría octubre de 1987. No consiguió atravesar una cadena de montañas antes de la fecha prevista. El 5 de noviembre llegó a la vista de Juanjui, dos días después de lo planeado.

Ciudad de treinta mil habitantes, Juanjui era capital de provincia, con derecho a subprefectura, aeropuerto con vuelos directos a Lima, hospital especializado en enfermedades tropicales y una fuerza policial superior a cien hombres que no creía posible que pudiesen atacarla. Ciudad era ciudad. Algo protegía en su soledad a las diminutas metrópolis andinas. Lo que ocurriese al descampado

no importaba verdaderamente. La falta de testigos forzaba el olvido de los crímenes más horrendos. A campo abierto todos eran débiles, se descomponía la ilusión del Perú autoritario. Por el contrario, una capital de provincia se sentía invulnerable. En cada edificio público, el escudo de la república y el retrato de Alan García recordaban la existencia del gobierno. Al mediodía y a la medianoche, las transmisiones de televisión por satélite se interrumpían para dar paso al Himno Nacional. El Perú oficial no se había interrumpido. Seguía al mando, con sus fanfarrias y sus jerarquías intactas. Como era costumbre, ese país se fue tarde a la cama, a dormir la cotidiana juerga de los bares y burdeles. El asalto de los guerrilleros lo tomó por sorpresa.

El jefe del MRTA ordenó iniciar las operaciones a la hora prevista: 4 y 30 de la mañana del 6 de noviembre de 1987, dos días después del aniversario de la muerte de Túpac Amaru. Al mismo tiempo los tupamaros atacaron los cuarteles de la Guardia Civil, la Policía Técnica, la Republicana, las garitas que controlaban la salida a las carreteras, los puestos de comunicaciones y el aeropuerto. Una hora después, el MRTA se había adueñado por completo de la ciudad.

La guarnición de Juanjuí prefirió rendirse. Sólo un puñado ofreció verdadera resistencia. Otros cambiaron de ropas para escapar. La propia población delató sus escondites. Para sorpresa de los guerrilleros, un furioso gentío denunciaba abusos y extorsiones policiales y cada vez que un guardia era descubierto y capturado, se escuchaba voces de condena. ¡Criminal... mátenlo, mátenlo! Cuando se llamó a asamblea popular y los guerrilleros amonestaron públicamente a los policías prisioneros, las voces pidieron paredón. Pero esos guardias no tenían deuda de sangre con el pueblo, tuvieron que explicar los tupamaros. No había razón para ejecutar a nadie. En el futuro tendrían que portarse honradamente porque la guerrilla estaría vigilando y sería implacable con los reincidentes. En el hospital, los médicos demandaron garantías. El populacho quería ajusticiar a extorsionadores de uniforme. El MRTA colocó centinelas para proteger a los heridos del gobierno.

El mando se había trasladado del gobierno a la guerrilla en un abrir y cerrar de ojos. Cuando se aplacó el tiroteo, los tupamaros anunciaron por medio de altavoces que Juanjui había sido liberado, que la guerrilla del MRTA garantizaba el orden público y que se invitaba a la población a participar en la asamblea. Por puertas y rendijas o de perfil en las esquinas, los vecinos habían presenciado la terminación de los combates. A los rebeldes se les veía mucho más jóvenes y enjutos que a los guardias de la guarnición. Ninguno había titubeado. Arremetían de frente contra sus adversarios. A la vez, cuidaban la vida de heridos y rendidos. En pleno combate, uno de los jefes tupamaros había puesto a salvo a un oficial y dos suboficiales de la Policía Técnica que estaban malheridos. Con un brazo en carne viva, el joven oficial se había identificado, acaso creyendo que lo iban a rematar. Alférez James John Crisolini -explicó casi sin aliento- no me maten, mi padre es el general John Caro. El general era uno de los jefes de la policía. No te preocupes, hijo, vas a salvarte -replicó el macizo guerrillero. Se lo echó a la espalda mientras chasqueaban balazos. Rumbo al hospital, el joven lo reconoció. Usted es

Néstor Cerpa, dijo, el dirigente sindical. Cerpa se limitó a sonreír. Lo entregó a los médicos a tiempo de que le salvaran el brazo.

Todo Juanjuí pareció llegar a la asamblea. Los guerrilleros vigilaban desde los techos a la multitud reunida en la plaza principal. Otros se habían instalado en una glorieta, donde el jefe del MRTA explicó los objetivos de la revolución. Los rostros de esos muchachos de uniforme verde olivo reflejaban profunda seriedad. Un rato antes se habían jugado la vida. Ahora, con la captura de la ciudad, pondrían detrás suyo a todo el ejército. Sólo una vasta jungla tenían por delante. Otros tupamaros se dirigieron a la muchedumbre. El MRTA, decía uno de ellos, expresaba una ideología de la acción y un profundo sentimiento de amor. Estaba al servicio de la causa de la vida. Un revolucionario podía cometer errores, pero jamás renunciaba a su vocación de justicia. Llamaban a la rebelión y a combatir por los más débiles, para hacer justicia, porque sin justicia la paz era imposible. Lo hacían motivados por un sentimiento de amor. El odio era pasajero. El odio podía sentirse satisfecho. Uno se podía vengar. Sólo el amor se les aparecía como un sentimiento siempre insatisfecho, capaz de generar un movimiento continuo de sacrificio, de perseverancia. El MRTA no torturaba, no remataba a los heridos, respetaba la vida de los prisioneros. No renunciaba a su superioridad moral. Los tupamaros no podían matar a nadie por la espalda simplemente porque discrepasen de ellos. No entraban a las comunidades a matar campesinos en masa porque estuviesen contra el MRTA. Eso sería renunciar a su condición de revolucionarios para convertirse en asesinos, en una implacable máquina de aplastar inocentes. El Perú, recordaba el orador, estaba construyendo su propio germen de destrucción, a sus futuros asesinos. ¿Sabían lo que era montar organizaciones dedicadas solamente a matar? ¿qué podía esperarse de esas máquinas asesinas? La policía. Sendero Luminoso, ¿cuándo podrían detenerse?

A las nueve y media de la mañana el MRTA inició su retirada usando una caravana de vehículos requisados. Dejaba tras de sí a una ciudad de manos yertas, con las comunicaciones cortadas, en la que ninguna instancia del gobierno parecía atreverse a restablecer su autoridad. La sensación de profundo vacío se iba a prolongar en la medida que demorase la reacción de los militares. El MRTA entregó sus prisioneros al párroco y a las monjas de Juanjuí. Tan sorpresivamente como habían llegado, los guerrilleros se marcharon.

No tenían prisa. La columna estaba bien organizada. En Juanjuí habían capturado más de treinta fusiles y casi setenta subametralladoras. Cuando exploradores y punta de vanguardia entraron al pueblo de San José de Sisa, la gente los estaba esperando. El resto de la columna entró al atardecer. Tuvieron asamblea y una velada cultural organizada por la propia población. San José de Sisa invitaba la comida. Las mujeres habían preparado un auténtico banquete. Era una fiesta. Esa misma noche les dio alcance un equipo de periodistas de la televisión. Por transmisiones de radio, el jefe del MRTA estaba enterado de las reacciones del gobierno limeño. Ante las cámaras de televisión. Alan García había restado importancia a la momentánea pérdida de Juanjui. Decía que se trataba de bandas de narcotraficantes que huían de la Policía Nacional. El jefe de la guerrilla decidió atender personalmente a los periodistas

de Lima. Claro que sí, eran libres de tomar todas las imágenes que quisieran. Ahí, en el monte, no tenían nada que ocultar. Sonriente, dejó que filmaran y fotografiaran su rostro.

POR PRIMERA VEZ SE MOSTRABA EL JEFE del MRTA. Era un hombre delgado, quemado por el sol. con facciones que recordaban su ancestro cusqueño y su ascendencia china. Estaba próximo a cumplir los treintisiete años. Su verdadero nombre era Víctor Polay y «comandante Rolando» su nombre de combate. Pueblo y rebeldes fraternizaban en el telón de fondo de la entrevista. Polay resumió la historia del partido y marcó sus diferencias con la izquierda «legal» y con Sendero Luminoso. Sus declaraciones contenían varias sorpresas. El MRTA era un instrumento de lucha, no un fin en sí mismo. El partido se daría por satisfecho cuando se cumpliesen indispensables transformaciones en la sociedad peruana. En todos sus manifiestos y propuestas, el MRTA llamaba a la alianza más amplia posible con los sectores demócratas y patriotas que entendiesen la impostergable necesidad de un cambio profundo para la salvación nacional. ¿Una alianza, un frente popular... con quienes? Con los miembros de las fuerzas armadas y policiales aun no contaminados por el vasto proceso de corrupción, con las bases del pueblo aprista que siguieran identificándose con las luchas populares. Con la mayoría cristiana. Con los nacionalistas que habían apoyado al general Velasco Alvarado. No quedaba otro camino que el de la unidad popular, nacionalista y tercermundista. De ello dependía la supervivencia del país. El Perú se disponía a entrar al Siglo XXI a la cola de las naciones en subdesarrollo. Los tupamaros se proponían “rescatar” a todos, dar a cada quien su lugar salvando lo positivo de cada posición. En cuanto a Sendero Luminoso, era probable que pudiese crecer. Pero la suya era una estrategia de derrota, inviable. El modelo senderista resultaba exclusivo y excluyente. No era aceptable ni en el Perú ni en parte alguna del planeta. Humanamente era imposible.

El jefe del MRTA recordó la tregua acordada por su partido cuando Alan García asumió la presidencia. Habían suspendido las acciones no porque hubiesen conversado con el APRA o porque existiera alguna forma de acuerdo. El país avanzaba hacia la guerra y la primera responsabilidad de los tupamaros como revolucionarios no era empujar la guerra sino evitarla, aunque cumpliendo con la transformación del Perú. No podía haber paz sin justicia. La paz tendría que ser fruto de la justicia social. De una guerra encubierta se avanzaba a una guerra abierta. Si a través del diálogo y de propuestas políticas podían aliviar tensiones, era su obligación intentarlo. El MRTA nunca sería un obstáculo para la paz verdadera.

Pese a la tregua, pese a todo. un río de sangre atravesaba al Perú. El jefe del MRTA no se mostraba optimista. Acaso la profunda herida peruana no llegase a cicatrizar. No faltaban generales que proponían una gran matanza. Liquídese a medio millón de peruanos y se acabó la insurrección. ¿A quiénes? A todos. Descontentos, radicales, sindicalistas, sospechosos. Y a sus parientes, a sus amigos, a los amigos de los amigos. Medio millón de personas equivalía apenas al dos y medio por ciento de la población del país. Nada. Una insignificancia. La suya era otra lógica. Pero la subversión, con todos sus errores, con todas atrocidades cometidas por Sendero, con todos sus

huérfanos y sus viudas, era expresión de una sociedad determinada. Mientras no se resolviese el problema social, la violencia tampoco tendría solución. Podía desaparecer el MRTA. Podían matar a todo el MRTA. Aparecerían nuevos insurgentes. ¿No habían matado a Túpac Amaru, a Rumi Maqui, a Atusparia. a de la Puente? Y ahí estaba el MRTA, la insurrección que regresaba, la historia inconclusa.

Polay hablaba con soltura y seguridad en sí mismo. ¿Quién era? ¿de dónde había salido? ¿Cuál era su pasado? También la vida de Polay era una sorpresa para los peruanos. Era Contemporáneo del Presidente Alan García, la vida los había juntado unos veinte años atrás, para después oponerlos en la búsqueda de un destino distinto para el mismo país. Ambos venían de familias apristas. El padre de Polay había sido uno de los fundadores del APRA en 1930. El de García estuvo cerca del líder Haya de la Torre desde la primera persecución, un año más tarde. Las madres de ambos habían tenido que criar solas a sus hijos, mientras los maridos sufrían prisión. El viejo Polay y el viejo García habían conocido lo peor de las cárceles peruanas. Fueron torturados. Ninguno habló. Sus hijos habían sido preparados por el partido para ejercer futuro liderazgo. Uno y otro recordaba bien los tiempos en que se habían encontrado en Europa. Cierto destino, aun indescifrable los hizo coincidir en la misma universidad de España. Se fueron juntos a Ginebra. a trabajar abriendo zanjas. En París ocurrió el desencuentro. La historia los convirtió en rivales. mientras EL gobierno reunía una fuerza militar de cinco mil hombres para lanzarla en su persecución, los tupamaros seguían su metódico recorrido por el valle de Sisa. Los pueblos enviaban emisarios para invitarlos. Salían a su encuentro voluntarios que cargaban las armas y pertrechos de la guerrilla. Salían a los caminos a ofrecerles refrescos. Al entrar a las aldeas de San Martín, el MRTA encontraba formados a alcaldes y regidores. Los campesinos explicaban: los hemos citado para que rindan cuentas. Llegaron más periodistas. Hubo festivales deportivos, en los que la guerrilla jugó fútbol contra los equipos locales. Y baile, dos noches consecutivas. Al fin llegó la hora de partir. En derredor del valle se armaba el cerco militar.

Cuatro exploradores del MRTA fueron encontrados muertos, convertidos en pulpa a golpes de culata. Informaban los campesinos que los había capturado el ejército. Antes de burlar el cerco, el jefe del MRTA ordenó emboscar a las tropas que lo seguían. El combate permitió recuperar más armamento y paralizó a sus perseguidores. La guerrilla Túpac Amaru Libertador se evaporó después por una telaraña de trochas invisibles desde el aire.

Pronto aprendieron a burlar el acecho de sus cazadores a bordo de helicópteros. No bajaban a menos de quinientos metros, para que no los alcanzaran disparos de tierra. A esa distancia, pilotos y observadores sólo lograban detectar colores que no eran de la selva o todo lo que estuviese en movimiento. Si se acercaban helicópteros, la columna del MRTA se detenía. La quietud total los volvía invisibles. A veces los guerrilleros conseguían distinguir el rostro de sus enemigos. Para estorbar la persecución, dejaban su retaguardia sembrada de cazabobos. A los tres días se les acabaron los víveres. Aún tenían que andar dos semanas para alcanzar la base desde la que se iban a dispersar. Se turnaban en la vanguardia para abrir trocha. Cada

uno llevaba quince kilos de equipo militar. Polay modificó los planes. La gente se le derrumbaba a los seis días. Bien disciplinados guerrilleros parecían enloquecer mientras perseguían a las monas para arrebatarles a sus crías. Los monos pequeños constituían un manjar selvático. Una tarde estallaron vivas a la revolución. El comandante descubrió que sus guerrilleros degollaban a una infortunada sachavaca. Todo desaparecía en las ollas insurrectas: primates, ronsocos, armadillos, vacas de río, ratas de monte, suculentas huanganas, apreciadísimas culebras, mortíferas loros-machaco, shushupes que perseguían a los tupamaros con ferocidad canina. Finalmente el jefe del MRTA ordenó que la columna se detuviera. Despachó dos escuadras de veteranos a recoger alimentos de la base. Seguirían la marcha sólo cuando todos se hubiesen restablecido.

Acamparon allí donde se espesaba la selva, acosados por enjambres de insectos, demasiado débiles para siquiera vigilar el horizonte. Habían subido, bajado por la inmensidad verde, hundiéndose hasta las rodillas en un fango grueso en el que fermentaban desperdicios vegetales. A veces la tierra se empinaba, cubierta de hojas podridas, y tenían que fatigarse cuesta arriba, resbalando y volviendo a subir, sólo para caer de pronto en barrancos escondidos por fantásticos helechos. Estaban magullados, cubiertos de cortaduras, mordidos por repugnantes alimañas. Los más fuertes montaban guardia. Polay inspeccionaba en silencio a sus exhaustos guerrilleros. Querían ponerse de pié si se acercaba, saludar militarmente. ¿Cuánto tiempo duraría el hambre? Puede durar toda la vida, le había dicho el campesino Antonio Meza allá en Satipo, cuando Polay regresó de Europa en 1975. Hablaban de los andrajosos campesinos de la región, a los que el gobierno había echado de sus tierras por haber simpatizado con las guerrillas del 65. El propio Meza había sufrido hambre cuarenta años. Se alistó en la guerrilla Túpac Amaru a órdenes de Guillermo Lobatón. Había caído preso después de la emboscada de Yahuarina, donde los rebeldes deshicieron una columna policial. Aún no se explicaba por qué seguía con vida. A otros los habían fusilado o arrojado desde aviones en vuelo a inaccesibles lagunas andinas. Cuando Polay se alojó en la pobre vivienda de Meza, ambos reorganizaban el MIR en Satipo. Todavía los campesinos de la región salían a buscar a Lobatón, creyéndolo perdido en el monte. Imposible explicar que lo habían matado el 7 de enero de 1966 en el río Sonomora. Acaso los campesinos tenían razón y no se podía fusilar a las leyendas. En todos los caminos de los Andes, los camiones usaban guardabarros de caucho con el rostro del Che Guevara en colores fosforescentes. No habían podido liquidarlo. Cada amanecer, en el remoto territorio de Madre de Dios, mujeres silenciosas cubrían de flores la tumba del poeta guerrillero Javier Heraud. Se obstinaba en vivir. El caballo blanco de Túpac Amaru aun galopaba por los desfiladeros andinos, esparciendo a su paso ún temblor de tierra. Los campesinos murmuraban: ahí va el Inca. No sólo estaban vivos. Tenían que volver. En Satipo, además, Polay había aprendido que la sangre de todas las insurrecciones se comunicaba por las venas de ciertas estirpes. Meza había combatido con la guerrilla de Lobatón. Su padre había participado en las insurrecciones campesinas de los años treinta. Su abuelo también había sido rebelde de a caballo y el gobierno lo había perseguido como bandolero en los años veinte. La historia sólo ponía el hilo. En carne y hueso la hacían hombres y mujeres a quienes continuaban sus hijos

y los hijos de sus hijos. Ahí mismo, en la extenuada columna detenida a mitad de la selva. Orlando Dorregaray, guerrillero, recordaba a su padre fugitivo, a quien habían sentenciado a muerte por las insurrecciones populares de los años treinta. Su abuelo había sido encarcelado por anarquista. El padre de su abuelo había cabalgado a órdenes de su primo Andrés Avelino Cáceres en la asombrosa campaña de La Breña. Al abuelo de su abuelo le habían volado una pierna cuando a los quince años de edad combatía por la independencia. Según Meza, si uno preguntaba, podía averiguar que muchos peruanos venían no sólo de la insurgencia de los años sesenta, sino de la resistencia a la dictadura del general Odría en los años cuarenta, de las insurrecciones apristas de los años treinta, de los movimientos campesinos de los años veinte; y si uno desandaba aun más el tiempo, encontraría las mismas sangres derramadas en los levantamientos de Atusparia y Ucchu Pedro y todavía antes en las guerrillas de la independencia y, casi borrado por la niebla de los siglos, en la gran insurrección de Túpac Amaru y Micaela Bastidas.

El hambre de los guerrilleros duró once días interminables. Cuarenta fueron picados por los tábanos y conocieron la dolorosa incubación de gusanos a los que sólo era posible expulsar mojándolos con jugo de tabaco. Veintiséis contrajeron lepra de montaña. Todos sufrieron diarreas; casi todos, paludismo. Al fin llegaron raciones y medicinas. El diluvio universal esperaba adelante. Se adelantó la temporada de lluvias con aguaceros de hasta veinticuatro horas. No veían el sol. Escampaba de noche. Para dormir abrían una zanja y, en medio, formaban un montículo para colocar la mochila y el fusil. Encima de la hamaca templaban un plástico, como un techo inclinado. Entonces se acurrucaban, secándose en un minúsculo espacio en derredor del cual chorreaban agua los cielos.

Intacta, la guerrilla alcanzó su base. Allí se fragmentó en diversidad de escuadras. El primer frente del MRTA quedaba establecido.

El Gótico

Unos meses más tarde, el joven Wilmer y su esposa Giovanna emprendieron su vida de recién casados en el barrio a espaldas de la prisión de Canto Grande. Ambos tenían diecinueve años. El era alto, huesudo, de huraña apariencia. Ella, atractiva, modosa, habladora. Ayala imaginó que Wilmer venía de familia adinerada. Había golpeado a su puerta, preguntando si tenía un terreno que vender, sin siquiera parpadear cuando Ayala le soltó un precio de capricho. Wilmer explicó que se dedicaba al comercio y que Giovanna se conformaba con las labores propias del hogar. Parecía apurado y Ayala le vendió parte del terreno donde había construido su propia casa, resignándose a tener nuevos vecinos a cambio de un buen negocio. El terrateniente hubiese jurado que Wilmer ansiaba vivir en otra parte. El joven propietario partía temprano, apurado, manejando un inmenso automóvil Dodge de los años sesenta. Volvía después de las seis de la tarde, cansado, fastidiado, por lo común repleto de materiales de construcción. Había contratado a dos silenciosos albañiles para levantar su nueva casa. Quedó terminada antes de noventa días.

A diferencia de Wilmer, que por naturaleza parecía esconder siempre alguna clase de secretos, Giovanna trataba a sus vecinos con amistoso desenfado. Entre pobres hay que ayudarse, repetía cada vez que prestaba un servicio al atareado señor Ayala. Dos o tres veces el terrateniente creyó haber visto gente rara en casa de los jóvenes. Cosas de la imaginación. De tanto escuchar a los republicanos que salían de la cárcel al mercado, empezaba a sentir que también lo perseguían.

Wilmer disfrutaba mostrando toda clase de documentos personales, libreta de conscripción militar, cédula electoral, libreta tributaria, licencia de conducir profesional, carnet del club deportivo Once amigos, credencial de estudiante universitario. En un sobre de papel manila que guardaba con su ropa, tenía además sus partidas de nacimiento y de bautismo, ambas por duplicado, y su reciente partida de matrimonio expedida por la Municipalidad de San Martín de Porras. Wilmer existía estrictamente en la legalidad. Era un ser público, bien ventilado, diurno, irreprochable, que pagaba impuestos puntualmente y nunca se pasaba una luz roja.

Simple y lineal, abierto, a la vista casi siempre, más que nada a Wilmer le importaba la claridad de las ideas y la obsesión de la justicia presidía sus decisiones. Sin embargo, se le embrollaban las palabras. No le servían o las usaba al revés o acaso no le prestaban suficiente atención, vaya uno a saber. Quería ser exacto y se llenaba de argumentos con tan retorcidas solemnidades que le ganaron el apodo de "Gótico" entre sus amigos de la universidad.

Avergonzado de su primer fracaso, Martín había entrevistado a varias parejas tupamaras con sus documentos en regla. Pasada la reprimenda de la Dirección Nacional, en el partido reían de su “fachada” anterior, hecha con ilegales. Esta vez Martín decidió que los compañeros tuviesen todo auténtico y en regla, hasta la partida de matrimonio. Fue preciso buscar en las actividades “abiertas” del partido, que no exigían total disciplina ni extrema militancia. A Martín lo preocupó la juventud de ambos. Ella dependía mucho de sus padres y del "Gótico". En verdad, el partido no los conocía lo suficiente. Jamás habían intervenido en actividades clandestinas. Nadie sabía cómo iban a reaccionar en caso de peligro. Pero el "Gótico" guardaba en su billetera un sólido expediente de sí mismo. Instantáneamente podía probar quién era. El astuto Martín le propuso al fin que interviniese en una misión estratégica. La primera casa quedaba abandonada. Empezarían de nuevo. desde el principio. Explicó que debía “frentear” una casa que serviría de base para una operación secreta. Tomaría tres a cuatro meses. No se le podía informar más por el momento. El “Gótico” y Giovanna aceptaron entusiasmados.

El "Gótico" nunca había sido el mejor, el más fuerte, el más inteligente. Jamás había corrido peligros. Desconfiaba del dolor físico. Creía que la prudencia era una de sus principales virtudes aunque lo disgustaba su propio apocamiento. Soñaba con ser el primero. Se vio a sí mismo como un agente secreto, superior y atractivo. Empezó a usar gafas oscuras. Estudiaba nuevas posturas y modales frente al espejo. Giovanna se sintió seducida por ese "Gótico" resuelto y fanfarrón que organizaba una base guerrillera. De un solo salto el Gótico" había pasado a las actividades cerradas del MRTA. Era importante.

Tan pronto la casa estuvo lista y Martín y el Tío Benigno pudieron entrar a escondidas, el "Gótico" exigió más información. Benigno le tuvo desconfianza. Hablaba demasiado, quería conocerlo todo. Carecía de disciplina. Martín reveló que iban a abrir un túnel. El "Gótico" se asustó, ¿Un túnel ¿para entrar en la prisión? ¿en tres o cuatro meses? No se trataba de “frentear", simplemente. Prestaba su identidad real para encubrir una fuga masiva de una cárcel de alta seguridad. Toda la policía peruana acabaría persiguiéndolo. También buscarían a Giovanna. El y ella, terroristas. La subversión se castigaba con quince y hasta veinticinco años de prisión. No estaba preparado para asumir tan grave compromiso. Habló de su propia juventud, de sus proyectos familiares, de la seriedad revolucionaria. Lo habían engañado. Abrir un túnel tan largo y peligroso tomaría más de un año y tal vez más y durante todo ese tiempo tendría que permanecer allí, prisionero de su propio partido. Lo oyeron rezongar hasta la madrugada.

El Tío Benigno preparó los planos y marcó el sitio de la excavación. Igual que Martín, salió oculto en la maletera del Dodge. Estaban quemados en la zona. Unos días después entró un topo explorador. A la semana, otros dos. No hacían preguntas. De inmediato empezaron a cavar, como empujados por un misterioso instinto. No daban señales de cansancio. Roían la tierra de sol a sol. Pronto se hundieron a cuatro, cinco metros de profundidad. Entonces era posible oírlos cuchichear en la creciente oscuridad del pozo. El “Gótico” y Giovanna ocupaban el dormitorio principal. Los topos se movían a ras del suelo, para no ser vistos por Ayala y los vecinos. Descansaban en una hilera de colchones extendidos en un pasillo. En su condición de dueño de casa, el “Gótico” asumía un aire de superioridad que pronto disgustó a los topos. Pero de acuerdo a las reglas, él era responsable de la seguridad de esa base. Y si caía la fachada, se hundían el “Gótico” y Giovanna. No tardó en crecer la antipatía de los topos. A diferencia del “Gótico”, procedían de escuadras de combate y estaban habituados a la extrema disciplina militar de la clandestinidad. Les habían ordenado trabajar desde las seis de la mañana. Al rayar el alba, ya los topos pedían desayuno. El “Gótico” y su mujer dormían hasta las siete, las siete y media, así que los topos empezaban su faena con el estómago vacío. A la hora de salir, aún no estaba listo el almuerzo. Recién Giovanna preparaba los alimentos. Nadie protestó al principio, pero el rencor de los topos siguió en aumento. Una mañana los topos escucharon una conversación entre el “Gótico” y un vecino que pedía prestados unos ladrillos. Dedujeron que no era primera vez que ocurría. ¿Cuántos necesita? -oyeron los topos. Unos cien ladrillitos, don Wilmer. Bien, lléveselos nomás. El vecino agradecía. Yo se los devolveré, don Wilmer —escucharon los topos. El “Gótico” se mostró espléndido: -Hágame el favor, faltaba más. Tómelos y olvídese. Son un regalo. Otro día obsequió dos bolsas de cemento.

Y otro, atendió un préstamo de dinero. Me lo paga usted cuando pueda, había dicho el “Gótico”. Ayala sabía que se trataba de un joven con plata y buen corazón. Compró el terreno al contado y sin pedir rebaja. Decía el terrateniente. Si pasaban un a puro, vecinos y vecinas le tocaban la puerta. No faltó quien sugiriese que el “Gótico” pertenecía a la opulenta estirpe de los narcotraficantes. Desde los seis metros de profundidad a los que había llegado

el pozo, los topos se enteraron de otra conversación entre el “Gótico” y el carpintero que instalaba una puerta maciza en la entrada principal. Si usted quiere, don Wilmer, yo le hago muebles de doble fondo. Esta vez el “Gótico” mostró sorpresa. ¿Y para qué quiero muebles de doble fondo? Usted comprenda su utilidad, dijo el carpintero, nunca se sabe cuando pueden ser necesarios, yo se los hago perfectos como corresponde a una persona de su importancia. También Martín tenía quejas contra el “Gótico” al volver escondido a la casa frente a Canto Grande. Los topos no avanzaban a la velocidad deseada. Algo debía andar mal en la base. Todavía peor, el “Gótico” había desobedecido la orden de alejarse de la política. Al timón del bamboleante Dodge de los años sesenta, lo habían visto frecuentar territorios del MRTA, donde otros compañeros hacían proselitismo. Frente a curiosos catecúmenos, el “Gótico” se movía como un pavo, sugiriendo ser alguien muy importante para la revolución.

Las preocupaciones envejecían a Martín. Pasaban las semanas sin que el túnel alcanzara la profundidad que le habían señalado. Los topos atravesaron primero una capa de cascajo y tierra floja. Un olor a tumba se espesó en el agujero a los siete metros. A los ocho, una franja de arena compactada, endurecida como una roca. se opuso al avance de los topos. Conforme bajaba el pozo, se apretaba el suelo. Oscuras nervaduras tensaban los bordes. Lo invisible empujaba. A veces sentían que algo se les oponía, quería cerrarlos. Los topos entraban a la tierra de sol a sol, escarbándola hasta que sus pulmones y se llenaban de polvo. Ni siquiera necesitaban medir el pozo para conocer su profundidad. Trece, catorce metros, cantaban. Y a catorce metros exactos habían llegado. Quince después: cierta presión anunciaba la distancia en sus cabezas. Se acostumbraron a la noche subterránea de modo que al salir, las bombillas más débiles los deslumbraban y el fugaz chisporroteo de un fósforo era capaz de cegarlos. Dieciséis metros: sólo los topos parecían capaces de encontrar vestigios de sol en esa profundidad, como una remota luminiscencia que hubiese quedado atrapada, una mañana inmemorial escondida bajo el suelo. Nuevamente entraban a una pedregosa comarca que era preciso mojar, disolver, amasando la arcillosa entraña antes de golpearla y arrancarla. Diecisiete metros. De nuevo brotaron emanaciones de sepultura, un cierto olor a gente, a interrupción de la vida, a sudor descompuesto y huesos desencajados. Martín había envejecido más que los topos en esas semanas de vigilar en secreto. El pozo llegó a dieciocho metros de profundidad. Apareció un topo albañil. Ya eran cuatro. La entrada al pozo quedó escondida por una trampa en el baño de la casa. Lo revistieron de cemento, dándole una forma rectangular. Después le añadieron una primera cámara de apenas tres metros por cuatro, revistiéndola con planchas prefabricadas de cemento.

Martín aprovechó el acontecimiento para recordar a los compañeros la inspiración política del túnel. Casi un año se cumplía desde que abandonaron la primera casa. La equivocación de los dirigentes había sido rectificada y, por fin, el túnel existía. Allá, al otro extremo de la pampa y la tierra de nadie, esperaban los compañeros presos no para recobrar la libertad sino para volver a la lucha, para que ella continuara. Acaso se esperaba demasiado de los topos. Nunca antes se había abierto un túnel tan largo, en medio de tanta adversidad. Era preciso hacerlo. Martín se sorprendió emitiendo palabras

solamente, como un telégrafo automático. Fe, sacrificio, fortaleza. Voluntad revolucionaria. Superioridad moral. Nada podrá detenernos. Sólo los topos y el responsable asistían. El “Gótico” había salido temprano en su automóvil. No le interesaban los discursos. Giovanna trabajaba en la cocina. El mensaje de Martín se derrumbó, sonando a hueco.

El disgusto no dejaba dormir a Martín. La Dirección Nacional lo apuraba y él no conseguía imponer la concordia. Al fin se produjo una confrontación. Los topos acusaron al “Gótico” de todos los defectos. Despilfarraba, llegaba tarde, regalaba ladrillos. ¿Es cierto? -preguntó Martín. El “Gótico” dijo que sí, de lo más natural. Lo hacía para irse ganando amigos. Después contraatacó. Los topos no lo llamaban a sus reuniones, nadie comprendía la importancia de su trabajo. Lo trataban mal. Discutían como niños. Al “Gótico” lo exasperaba la falta de palabras precisas. Se le agotaban las ideas. Tal vez aún hubiesen podido amistarse, trabajar en equipo, protegerse unos a otros. Según los topos, el “Gótico” perdía su tiempo acicalándose frente al espejo. Quería ser el bacán de la revolución. Mientras tanto, ellos estaban abandonados a su suerte. Todos los días sufrían pequeños accidentes. Nadie curaba cortes y machucaduras. ¿Agua oxigenada, alcohol yodado, mertiolate, aspirina? No hay, decía Giovanna, ella no administraba una farmacia. ¿Algo más que café negro a la hora del desayuno? Los compañeros de fachada dormían. ¿A qué hora almorzaban? A las cinco, las seis de la tarde. Rojo de cólera, el “Gótico” escuchó la reprimenda del responsable y contestó enfurecido que qué quieren carajo, un frente o un esclavo. Yo no me comprometí por tanto tiempo, dijo, aquí estoy de prestado. Y después: Tengan cuidado conmigo porque me voy y se joden. Los topos se sublevaron. ¿Acaso bajaba el “Gótico” a preguntar qué podían necesitar? Nunca. ¿Echaba una mano para subir bolsas de tierra desde catorce, quince metros de profundidad? Ni en sueños. Lo oían gruñir, maldiciendo, apenas con cargarlas del borde del pozo al interior del Dodge. La tarea de arrojar los sacos en una zona de desmonte lo dejaba exhausto. Nada le parecía bien. No le gustaba la comida, no le daban suficiente cantidad de carne, los topos se comían todo el pan. La aglomeración de compañeros arruinaba su vida conyugal. Carecía de privacidad. Faltaba espacio. No iba a quedarse toda la vida sirviéndoles de pantalla. Y mejor que tuviesen cuidado de no amenazarlo, porque había escrito cartas contándolo todo y él no les tenía miedo, ni a los tupamaros ni a nadie.

el técnico demoraba en llegar así que los topos emprendieron por su cuenta la excavación del túnel. El primero de mayo de 1988 avanzaron noventa centímetros y sesenta al otro día. Pero Martín quería confirmar el absurdo rumbo Sur 35 grados Oeste, que en vez de acercarlos a la prisión los mantenía paralelos a ella. Esta vez exigió que el Técnico se presentara. Volvió a faltar a la cita. El “Gótico” lo buscó a la mañana siguiente en lo que se llamaba el “punto automático”, un lugar para restablecer contactos. Nada. Martín se preocupó. Rara vez ocurría una ruptura semejante, comprometiendo una base estratégica. El túnel avanzó ocho metros. Al fin llegó un mensaje del partido. El Técnico iría pronto a Canto Grande, acompañado por Rafael, que había sido jefe de un túnel en la prisión.

La libertad era como el viento entrando por una ventana abierta, como el sol plenario y dominical en los parques de mayo, como la terraza de los cafés frente a una multitud de asueto a las siete de la noche. La libertad era estarse así, quieto en la contemplación del océano o caminar por Lima sin ir verdaderamente a ninguna parte. Pero Rafael no estaba libre del todo. Aunque llevaba consigo una copia de la resolución judicial que lo sacó de la cárcel, desconfiaba de los transeúntes, creía descubrir el acecho policial detrás de las esquinas. Acaso ese papel con numerosos sellos y rúbricas estampados por la justicia no llegara a convencer a nadie. A quien hubiese tenido alguna vez vinculación con el MRTA lo perseguían siempre. Faltaba, además, arreglar una deuda con la cárcel de Lurigancho. Allí lo habían recluido después de su captura en una casa donde guardaban propaganda del partido. Casi no podía creerlo. Por primera vez en la vida lo abandonaba la buena suerte. Pero en 1986, hacia el fin de un día de visitas, Rafael había logrado escabullirse fuera de la vieja y desordenada prisión en la que nunca contaban a los presos. Salió andando, sin que la maquinaria judicial lo registrase como prófugo. Cuatro meses más tarde lo volvieron a capturar cuando tocaba la puerta de otra base. Dio nombre y apellidos falsos. La DIRCOTE no pudo detectar su verdadera identidad. Sólo sospechaba que no era quien debía ser. Su arresto coincidió con una gigantesca redada. En los calabozos de la vieja Prefectura se amontonaban mil quinientos sospechosos de terrorismo. Se venció el plazo de la investigación y la policía no pudo averiguar más sobre Rafael, el afortunado. No lo torturaron. Sin saber que se le había escapado de Lurigancho, el gobierno lo trasladó a Canto Grande hasta que un juez diligente mandó soltarlo por falta de pruebas. Tan sorpresiva había sido su liberación, que el partido tardó tres días en encontrarlo. A la noche conoció a Martín. Al otro día llegó el Técnico. Rafael reconstruyó la historia del túnel que había partido del pabellón 2A hacia las murallas. Tenía veinte metros de longitud cuando lo descubrió la Guardia Republicana. Estimaba que habían trabajado a cinco metros de profundidad en terreno arenoso. Rafael conservaba en la memoria las distancias de la cárcel. Corrigió los planos de la cárcel que tenía el Técnico. De inmediato sospechó. ¿No estarán planeando un túnel desde afuera? Martín asintió. Ya estaba en marcha. Lo habían empezado el primero de mayo. Al día siguiente lo llevaron a la base de Canto Grande.

Hasta entonces los topos habían cavado en busca de unos seres que sólo existían en su imaginación. Tenían experiencia de combate pero nunca habían estado encarcelados. Rodearon a Rafael acosándolo a preguntas. Querían saber cómo era por dentro esa prisión de máxima seguridad, si de verdad era imposible escapar de ella.

en la prisión llamaban pelícanos a los presos más pobres, los dueños de nada, que vivían de robar al resto de los reclusos. Se hacinaban en el pabellón 3B. En ese lugar despreciado en Canto Grande habían encerrado a los tupamaros cuando llegó Rafael. Entonces aún era una verdadera cárcel de máxima seguridad. Los reclusos no podían salir libremente de las celdas. Todavía funcionaban rejas y cerraduras eléctricas, manejadas a control remoto desde la rotonda central. Monitores de televisión observaban patios y pasadizos. Los visitantes tenían que hablar a través de cristales. No ingresaban libros, periódicos, revistas. El encierro se prolongaba día y noche. Los presos salían

para que los contaran dos veces y una vez para el aseo general y dos veces para pasar rancho y tres veces para caminar un cuarto de hora en el pequeño patio de cada pabellón.

De los quince tupamaros que entonces estaban en Canto Grande, Rafael había sido elegido para escurrirse a los subterráneos. El secreto de la alta seguridad consistía en que vigilantes del Instituto Nacional Penitenciario, más conocido como INPE, y soldados de la Guardia Republicana podían transitar por pasajes secretos e irrumpir por la espalda en cualquiera de los pabellones. Los ductos también protegían cables, llaves de electricidad, las alarmas, los timbres, el agua y el desagüe, el sistema de comunicación interior. Los del MRTA decidieron ampliar su territorio. Establecieron contacto con los presos que jefaturaban otros pabellones. No se hacían respetar. Los pisoteaban. También los reclusos tenían derechos. Muchos ni siquiera estaban sentenciados. A veces quedaban más tiempo encerrados, perdían sus cortos paseos en los patios. Maltrataban a las visitas, confiscaban alimentos. No les permitían organizar “carretajes”, sus propias cocinas. Hay que hacer zozobra, dijo el jefe del pabellón 3A donde se hospedaban los secuestradores. Zozobra, convino el delegado de los narcotraficantes. Está bien, zozobra. Los expolicías aceptaron el plan. Zozobra, respondieron los pelícanos.

Así había sido como una mañana, los vigilantes del INPE tuvieron que retroceder golpeados por el bárbaro aullido que salió de los pabellones. Primero lamentación, insulto, luego protesta, al cabo enfurecido concierto de voces y latas y barrotes golpeados y rejas como arrancadas de su sitio por centenares de manos, el sonido creció, inhumano, incansable, salvaje. El sonido siguió en aumento. Cada mañana, zozobra. Y a mitad de la noche. Parapetada detrás de sus fusiles en la muralla externa, la Guardia Republicana quería tocar los gatillos. Nadie se atrevió a entrar, ni siquiera para contar a los presos en los patios.

Se habían cumplido tres días de zozobra. Casualidad o buena fortuna, los trabajadores del INPE se declararon en huelga en todo el país. A la hora señalada abandonaron las cárceles y a los reclusos a su negra suerte. El gobierno encargó a la Guardia Republicana que asumiera el control de Canto Grande. Lo hizo a lo macho, sin sofisticaciones, aplicando con claridad la ley del más fuerte. La Republicana gobernaba en sociedad con los presos más temidos. Prefería quedarse en la parte exterior, enviando sólo a una veintena de guardias desarmados a ocupar la rotonda y ciertos puestos de vigilancia bien protegidos. No sentía interés por las técnicas penitenciarias de alta seguridad. Ni siquiera creía posible la regeneración de los reclusos. Le parecía suficiente que nadie escapara. ¿Quieren cocinar sus propios alimentos? Que les repartan víveres en crudo y que en vez de dos haya cuatro días para visitantes cada semana. Así los familiares llevarían comida y medicinas a los reclusos y el gobierno se ahorraría el gasto. Y nada de locutorios. Que los familiares pasasen a los patios. ¿Piden venusterio? Que esposas y compañeras entren a las celdas y que los presos compongan su intimidad a su manera. Así había terminado la zozobra.

La Republicana se había limitado a clausurar ciertas salidas subterráneas, de modo que los reclusos pudieron penetrar a los ductos. Los pelícanos devoraron cables y tuberías, el circuito de televisión, los sensores electrónicos, las alarmas. El MRTA había aprovechado la confusión para adueñarse del cuarto piso del pabellón 2A que estaba vacío. Sólo entonces fue posible iniciar la excavación. Rafael dijo que todos en la prisión compartían la obsesión del túnel. No habían llegado lejos. Amontonaban la tierra en distintos sitios de los ductos. Los habían delatado. La Republicana pagaba bien a los soplones. El túnel de los tupamaros había alcanzado los veinte metros. La Guardia descubrió, además, un túnel de ocho metros que salía del pabellón de los secuestradores, y una conejera de apenas tres metros que atribuyeron a los paupérrimos pelícanos.

El “Gótico” escuchó a Rafael con rostro sombrío. Todos allí asumían con naturalidad el riesgo de acabar en la prisión. A ninguno lo asustaba la certidumbre de la tortura si los capturaba la policía. Ni siquiera los preocupaba morir horriblemente perforados a balazos. A él nunca se le había ocurrido imaginarse preso o sumergido en una tina llena de inmundicias o frente a la detonación de balas verdaderas. Por primera vez sintió la autenticidad de su propia aventura y tuvo miedo. Cuando acabó la conversación casi a las dos de la mañana, el “Gótico” fue a echarse como un niño junto a Giovanna. No pronunció palabra. Estaba aterrorizado.

Al otro día desayunaron tarde. El vecino Ayala se levantaba a las seis y salía a su corral. Podía descubrir que el “Gótico” y Giovanna no estaban solos. Luego de turnarse en el baño, los topos ramparon al pasillo que les servía de alcoba. Enrollaron y ocultaron sus colchonetas y frazadas. A ras del suelo pasaron a la habitación más grande de la casa, entre un pequeño vestíbulo y la cocina con su corral trasero. Aunque había un sofá y varios confortables, se sentaron en el suelo para dar cuenta de un tazón de cocoa con leche y dos panes cada uno. A las siete y media habían desaparecido por la trampa que existía en el baño. El Técnico y Rafael esperaban abajo.

El túnel medía setenta centímetros de diámetro, de manera que sólo un topo podía escarbar a la vez. Había alcanzado los diez metros pero era tan estrecho que parecía más profundo. Los topos admitieron que en su interior se achicaba el aire. Tenían que meterse de cabeza, casi culebreando para impulsarse hacia adelante. La víspera habían tenido que sacar a uno de los topos con señales de asfixia. Nunca antes el topo había sentido un pánico tan espantoso. Ni inmóvil o yerta la tierra, ni siempre quieta ni tampoco insensible. El túnel lo había oprimido. Se le cerró en derredor suyo, apretándolo como una sepultura. No supo qué hacer y empezó a golpear el túnel con la cabeza mientras gritaba pidiendo ayuda. Adentro se calentaba el aire como al abrirse un horno.

El pozo de dieciocho metros de profundidad y la habitación subterránea estaban bien, dijo el Técnico, podían resistir un terremoto. Pero jamás llegarían a la prisión con un túnel tan angosto. ¿Setenta centímetros de diámetro y trescientos cincuenta metros de longitud? Imposible instalar un sistema de ventilación y otro de iluminación. El esfuerzo que exigía cavar en esa estrechura estaba moliendo a los topos. Lo más difícil: sacar la tierra por

debajo del cuerpo para que otro topo la fuera embolsando. En cualquier parte se podía derrumbar. O perder irremediablemente el rumbo que por ahora conservaba una admirable precisión. Según el Técnico necesitaban no menos de trescientos cincuenta metros de túnel para llegar al pabellón que ocupaba el MRTA. En cien metros los topos se ahogarían. En cincuenta, el calor sería apenas soportable. ¿Qué hacemos entonces? -se desalentaron los topos. Agrandarlo desde el comienzo, dijo el Técnico. Abrió un cuaderno y mostró una sucesión de dibujos. Mostró una galería rectangular, con soportes de madera idénticos a los de una mina. -Así debe ser, dijo.

¿Y el tamaño?

Un metro cuarenta de alto por un metro veinte de ancho. Los topos silbaron, admirados. El Técnico sugirió ampliar esa habitación subterránea, para que pudiesen descansar durante el día. Diseñó un pequeño cuartel subterráneo, con una ducha para que los topos se bañaran antes de subir.

Antes de ponerse al mando de los topos. Rafael pidió que el Técnico calculase la posición exacta a la que habían llegado y el rumbo futuro. Hasta entonces sólo se habían servido de una brújula de juguete. El rumbo Sur 35 grados Oeste los llevaría a un terreno baldío. Desde ese lugar podrían dirigirse en línea recta hasta la prisión, siguiendo el rumbo Sur 35 grados Este.

Dos meses demoraron en agrandar la cámara subterránea. Quedó convertida en una suerte de cuartel interior en el que entraban quince o veinte personas, con una ducha y un vestidor. Otros dos meses tardó la ampliación del túnel, reforzado con horcones y vigas de eucalipto. Sólo descansaban los lunes. Cada noche apilaban bolsas de yute llenas de la tierra que habían excavado. Las subían dieciocho metros para que a la mañana siguiente el"Gótico" se las llevara escondidas a bordo del Dodge. Siguieron avanzando con rumbo Sur 35 grados Oeste. Doce, catorce, quince metros. Tenían que llegar veinte veces más lejos. Pero los topos no desmayaban. Procuraban ignorar al Gótico cuando se burlaba de ellos, diciendo que no trabajaban, que hacían trampa, que seguro se escondían en el túnel para sabe Dios que entretenimientos porque se habían estancado. Los topos se habían acostumbrado a vivir sin desayuno. En las noches, el Gótico y Giovanna se encerraban en su habitación, dejándoles la comida fría en la cocina. Una noche el Gótico se quedó con el televisor en el dormitorio con llave. Ya no pudieron enterarse de las noticias. Martín entró cuando se acercaba la Navidad de 1988. El partido anunciaba diez días de vacaciones para los topos. Habían trabajado siete meses sin parar. Esa noche discutían dónde ir durante el asueto. Los topos no querían separarse. En la cámara subterránea terminaron de bañarse. Estaban exhaustos, hambrientos. Pero habían llegado visitas a la casa y el Gótico y Giovanna las recibieron en la sala. Imposible subir, dijo Martín. Pidió paciencia. La víspera, el Gótico se había quejado de la cantidad de tierra que botaba el túnel. Tenía que hacer dos viajes en vez de uno y nadie lo ayudaba a vaciar las bolsas de yute en la zona de desmonte. En la tarde, mientras el Gótico y Giovanna estaban fuera, Rafael había tropezado con un grueso cuaderno escrito a medias por el responsable de la fachada. Resultó ser un diario personal, con anotaciones comprometedoras. Rafael leyó, alarmado. Entre

párrafos sentimentales y trivialidades, el Gótico afirmaba que toda la operación se dirigía al desastre, que nada marchaba bien, que perdía un año de su vida, que si se presentaban problemas había decidido abandonar la casa sin importarle la suerte de los demás. Este cabrón nos va a joder, había enfurecido Rafael, mostrando el cuaderno a Martín. El jefe de la operación no se dejó impresionar. ¿Un diario personal? El Gótico era un sentimental pasado de moda. Como de costumbre, Rafael exageraba. Ordenó que dejase el cuaderno en su lugar. No quería más pleitos domésticos y dio por terminado el incidente. A la noche siguiente llegaron los visitantes y el Gótico y Giovanna se instalaron cómodamente a conversar en la sala, como si al fondo del pozo no estuviesen escondidos los topos y el responsable del túnel. Las diez, las once de la noche. La tertulia no se interrumpía. Ni siquiera está lista la comida, enfurecieron los topos en voz baja. Por primera vez, Martín sospechó que el Gótico los estaba provocando. Arriba reían, parloteaban, se divertían. Nada existía bajo tierra. Medianoche. ¿Te das cuenta? ¡es capaz de cualquier cosa! -enfureció Rafael en las orejas de Martín. A la una y cuarto de la mañana los visitantes se marcharon. En el túnel, los topos roncaban amontonados en cualquier postura.

Cuando al fin subieron, el Gótico explotó. ¿Creían que no se daba cuenta? Ah carajo. Empezaban todo de nuevo. Rehacían el túnel desde el comienzo. Nunca acabarían. ¿Qué decía el Técnico? Necesitaban al menos un año para llegar a la prisión. El túnel era una locura, un sueño. Imposible terminarlo. Ya estaba convencido que le ocultaban la verdad, por eso no lo invitaban a sus reuniones. Lo querían esclavo de esa fachada sabe Dios cuánto tiempo, otros dos años o tres. Los topos odiaron al Gótico con torvo silencio. En la clandestinidad se usaba la voz más suave, casi un susurro. El Gótico gritaba, lo mismo que su compañera.

Nos están oyendo, quiso apaciguar Martín. Las luces del vecino Ayala estaban encendidas.

¡Y qué importa! ¡ya no importa nada, esto se jodió!, se desencadenó el gótico. No era el túnel más largo sino el más lento del mundo. Mientras ellos perdían tiempo con marchas y contramarchas, él seguía dando la cara por todos. La Guardia republicana empezaba a sospechar. Volviendo a casa, una noche le habían pedido documentos y otra vez le habían disparado por encima de la cabeza, forzándolo a detenerse con las manos en alto. Martín había prendido el televisor. Subió el volumen. No es primera vez que nos pone en peligro, compañero, se quejó uno de los topos. Tengo derecho a hablar...
-No tienes derecho a gritar, podemos dialogar sin que se entere todo el vecindario -siguió esforzándose Martín. Rafael se estiró. Apuntó al “Gótico” con un dedo.- Cállate-dijo con voz que helaba-... cállate o te vas para abajo...-¿Me amenazan?-bajó la voz el “Gótico”.-...Se van para abajo tú y-tu mujer...
-Ya. ya... es suficiente, aquí nadie se va para abajo -se interpuso Martín entre ambos-. Estamos cansados, ha sido un mal día, mañana conversaremos...
-Que conste que ha amenazado con matarme -dijo el “Gótico”.-...Llamaremos a la Dirección Nacional. Ahora, todos a dormir... Al día siguiente, el “Gótico” ni siquiera cargó las bolsas de tierra a bordo del Dodge. Partió malhumorado, sin

despedirse. No hubo almuerzo. A las tres de la tarde Martín descubrió que la compañera también se había marchado, llevándose las llaves.

La captura

después de romper el cerco militar en el Alto Porotongo, la columna guerrillera del MRTA pareció evaporarse de las selvas de San Martín. De vez en cuando asustados centinelas reportaban sombras verde olivo disolviéndose con las últimas lluvias del año en el Mayo Medio y Shanusi. A Huayabamba y Tocache se acercaban pisadas, un rumor de cantinas y fusiles. De pronto podía olfatearse que había hombres en el monte. Los caminantes señalaban guerrilleros en lo más denso de los bosques. Ninguna noticia comparable a la aparición de rostros nuevos. Los afuerinos traían conflicto, codicia, catástrofe, dolor. Pero el MRTA aparecía y se evaporaba porque una vez establecida la guerrilla, la integraban lugareños. El paraíso terrenal se había convertido en un territorio cruel. Ahí se vivía de prestado. Todos disparaban contra todos. Sendero Luminoso fusilaba las espaldas del MRTA. La Policía Técnica se peleaba con la Policía Nacional. Los tupamaros combatían con el ejército. A veces los senderistas se aliaban a la Policía Técnica para proteger a bandas de narcotraficantes colombianos. Era una tierra sin ley, con extrañas fronteras que comarcaban países reales aunque sin definir. Esos mundos todavía sin fundación, desplazaban con lentitud la masa de sus intereses y negocios como continentes en aproximación. Silenciosa y quieta, la población asistía a innumerables cambios de poder. Se turnaban los jefes conforme llegaban y partían sus fuerzas de milicianos o soldados. A los extraños nadie les hablaba. Ya existían suficientes conflictos. Sendero Luminoso intentó emboscar a una fuerza de tupamaros. La población dio aviso. El MRTA atacó antes. Nunca se pudo establecer el total de bajas en ambos bandos. Cientos de agentes de la policía y los servicios de inteligencia sembraban zozobra en la región. Los medios de comunicación del gobierno informaban que el comandante Polay y los principales jefes del MRTA habían escapado a Colombia, abandonando la guerrilla a la persecución de los militares. El general jefe de la región declarada en emergencia ofreció liquidar a los tupamaros antes de diez días. Una fuerza de seis mil soldados y mil quinientos policías, con apoyo de doce helicópteros artillados y aviones de combate, sometía a San Martín a los rigores de una ocupación militar. Para viajar de un pueblo a otro se requería salvoconducto. En los controles establecidos en cada población, los viajeros tenían que someterse a registro e interrogatorio, acceder al pago de diversos “cupos”. La mitad del equipaje podía perderse en los más escandalosos puntos de represión: Puerto Bolivia al norte y Puerto Colombia al sur. Las radioemisoras estaban prohibidas de informar sobre las actividades del MRTA. Se impuso el toque de queda entre las once de la noche y las cinco de la mañana, produciéndose entonces una serie de secuestros nocturnos. Desaparecían estudiantes, maestros, campesinos. ¿Quién se los llevó? Unos hombres sin rostro. Enmascarados con fusiles de combate. Todos sabían, todos callaban. Todos querían vivir. Todos los ojos desconfiaban.

Rumbo a Huancayo, Víctor Polay viajaba sin disfraz alguno, a bordo de un autobús de itinerario. Una joven colaboradora del MRTA lo acompañaba. Aparentaban ser una pareja de paseo. Tenían documentos falsos pero

perfectos. En un maletín de viaje, Polay llevaba una pistola que había prometido al responsable del MRTA en Huancayo. Bajo la chaqueta de cuero y una chompa serrana de alpaca, llevaba su propia pistola. Su viaje era una locura y le había costado una discusión con la seguridad del partido. Si alguien sabía casi todo del MRTA, era Polay. Un viaje descubierto representaba demasiado riesgo. Además parecía acercársele la mala suerte. Primero se malogró el vehículo destinado a transportarlo. Se demoró después la escuadra que lo debía acompañar. También fracasó un contacto previo con el partido en Huancayo. Polay ni siquiera estaba bien enterado de las últimas noticias del centro del país. Pero la policía estaba quieta, no había rastrillos en marcha, no tenía por qué pasarle nada. Pese a haber sido entrevistado en Juanjuí por la televisión en cadena nacional, su rostro no parecía grabado en la memoria colectiva. Lo miraban, como se mira a alguien vagamente conocido. Nadie lo señalaba diciendo ahí va el comandante Polay, ese es Rolando. Desde la campaña de Juanjuí se había movido por todo el país sin despertar sospechas. Pese a la oposición de los responsables de la seguridad, decidió embarcarse a Huancayo. En dos días estaría de regreso. A lo largo del viaje, el jefe del MRTA tuvo tiempo para analizar la situación en Ucayali, donde se establecía el segundo frente guerrillero. A diferencia de San Martín antes de la captura de Juanjuí, en esa región existía una poderosa presencia militar. Sesenta policías cuidaban Puerto Inca y a veinticinco kilómetros de distancia, en Honoria, existía una base militar con 150 soldados y oficiales. En el kilómetro 86 de la Marginal de la Selva estaban acantonados ochenta policías del UMOPAR. En Aguaytía, ciento cinco de tropa. En Nuevo Requena, otros cuarenta hombres del gobierno. Del cuartel situado en el kilómetro 11 de la carretera salían constantes patrullas. Dos cañoneras de la Infantería de Marina navegaban el río Ucayali y parte del Aguaytía. Existían, además, las fortalezas de Utiquinía, Tiruntán y Callería. Por esa maraña de puestos policiales y controles de caminos, los guerrilleros del MRTA se habían movilizado para capturar Puerto Inca, emboscar al ejército en Nuevo Requena y atacar Utiquinía. Un destacamento de veteranos se preparaba para iniciar campaña en el valle del Huallaga a partir de marzo. Al mismo tiempo debían iniciarse las acciones en el estratégico departamento de Junín.

El ómnibus daba saltos sobre el pavimento roto. Siete años de fuertes lluvias y abandono fiscal habían deshecho la antes prodigiosa carretera por la que se subía cinco mil metros sobre el nivel del mar en menos de tres horas. Sólo el ferrocarril, construido ciento veintitantos años atrás, parecía negarse a caer en el Perú. El puente ferroviario del Infiernillo había sido puesto a prueba en su condición de maravilla de la ingeniería sudamericana. Saliendo de un túnel para entrar a otro. el Infiernillo sólo se apoyaba en un estribo de acero. Sendero Luminoso había dinamitado la única base del puente minutos antes de que lo atravesara un tren cargado de mineral. Resistió. El colmo: tardaron tres días en darse cuenta que el puente se bamboleaba a merced de los vientos. En el autobús, los pasajeros dormían a pesar de los baches y el aire enrarecido. Junto a una ventana, a ratos el comandante Polay veía su reflejo confundido con la cada vez más áspera cordillera, sus nervaduras de granito creciendo en kilómetros de altura. ¿Cómo había llegado a desafiar a la totalidad del poder establecido en el Perú, qué fuerza podía sostenerlo en su confrontación? En la asignación de bandos, ni siquiera se le reconocía su condición de peruano o

beligerante. Polay era nadie y nadie el MRTA para optar por el camino de la insurrección armada. A veces el comandante se preguntaba si el gobierno y los partidos políticos del sistema lo tomaban en serio. El año anterior habían secuestrado al general Héctor Jerí, retirado de la Fuerza Aérea. Dos tupamaros desaparecieron mientras establecían contacto con la familia. Uno de ellos era fundador del MRTA y hermano del guerrillero que cuidaba directamente a Jerí. El partido supo que los había capturado la policía. Los llevaron a la localidad de Cañete, una hora al sur de Lima, para torturarlos bárbaramente. Uno murió ahogado en una tina repleta de inmundicia. Al otro lo ejecutaron de un balazo en la nuca. Ambos cadáveres fueron abandonados como un mensaje de advertencia al MRTA. Polay recordaba la expresión atónita del general Jerí en la "cárcel del pueblo», una habitación subterránea en alguna parte de Lima. No le hacían ningún favor, general. Y el general estaba de acuerdo. Si se aplicaba la ley del ojo por el ojo, no quedaba otro recurso que devolverle el balazo. Polay dijo que no podían actuar como lo hacía el gobierno. Jerí no era culpable de lo que pasaba afuera. El general pidió papel y un lapicero y escribió una carta al jefe de la Fuerza Aérea exigiéndole respeto a las leyes de la guerra. Mientras tanto la familia de Jerí llegó a un acuerdo sobre el "impuesto de guerra» que cobraba el MRTA. Parte del rescate consistió en diez mil bolsas de víveres que se repartieron en las más pobres poblaciones de Lima. Algunos diarios habían anunciado la muerte de Jerí en sus primeras planas. Lo daban como ajusticiado por el MRTA. Alguno afirmaba que se estaba buscando su cadáver. Polay se preocupó. Había llegado la hora de poner a Jerí en libertad. No podrían soltarlo así nomás, de atardecer, en una calle cualquiera, para que tomase un taxi después de un largo viaje con los ojos vendados. Polay conversó con el general. Usted comprenda, si ahora lo encuentran brutalmente asesinado, la opinión pública creerá que hemos sido nosotros. Hay otros que lo quieren muerto, para que sirva de escarmiento, para que nunca más haya nadie de su rango que se atreva a pedir respeto por las leyes de la guerra. Jerí estuvo de acuerdo con el encapuchado. ¿Se le ocurre algo mejor que dejarme en una calle? -preguntó el general. El encapuchado asintió. Estaban a domingo. Esa noche transmitían los programas políticos más sintonizados. Lo entregarían cerca de una televisora, al propio conductor del programa con mayor audiencia en el país. El general llegó con toda la vida necesaria como para que además lo entrevistaran sobre su experiencia con el MRTA.

Crujía el ómnibus, meciéndose, como si pudiesen herirlo súbitas rachas de lluvia. Un kilómetro subían, un cuarto de hora estaban quietos para que los camiones de bajada pudiesen recorrer el mismo tramo. El gobierno, siempre asociado a una clase dominante: nada más que eso era el Perú. ¿A quién querían que se pidiese permiso para convertirse en insurgentes? ¿al pobre Tribunal de Garantías Constitucionales, a la Corte Suprema casi siempre enfrascada en su propia guerra de independencia con el Poder Ejecutivo? Todo el lenguaje oficial republicano reclamaba la presencia de un príncipe o delataba su embozada existencia. En vez de corona, una banda presidencial, una varita de mando, cuatro estrellas en un emblema militar. Cada cinco años, elecciones. Viva el rey. Cada no se sabía cuantos años, cuartelazo, arenga, golpe, disolución del gobierno, los civiles a su casa. Viva el rey. En verdad condados los ministerios, señoríos las superintendencias, las aduanas, las prefecturas y subprefecturas. Ante usted señor nos presentamos con todo

respeto para decir que, interesados en cambiar el sistema por el cual nos gobernamos, hemos acordado dar inicio a una insurrección para lo cual solicitamos la aprobación de su altísimo despacho por ser de justicia y dios guarde a usted. Nada podía durar en el Perú, un sistema, esa carretera tallada a golpes de martillo en la roca viva de los Andes. A trechos se quebraba el pavimento, se torcían los rieles, a los que sucesivos diluvios habían socavado hasta dejar sin sustento. A partir de la localidad de San Mateo, había caído un diluvio durante meses, los cielos, se sucedían derrumbes y los huaicos, las avalanchas andinas de piedra y lodo, aplanaban pueblos enteros y demolían los caminos. El comandante sentía que el viaje golpeaba su espalda, molía sus riñones. Conforme llegaban a lo más alto y helado del viaje, los vehículos empezaban a apurarse. Entonces aparecían las luces que anunciaban control de carretera y era preciso parar a fin de que subieran uniformados a mirar a los viajeros. Disfrutaban de la superioridad que les otorgaba el momento. A veces señalaban a alguien sólo porque tenía cara sospechosa. ¡Abajo, con su equipaje! Sin quejarse, los demás continuaban hacia Huancayo. Polay supo que ya no podría dormir hasta no llegar a destino. La mullida posibilidad de una cama limpia en el Hotel de Turistas se le ofreció como una tentación irresistible.

Terroristas, secuestradores, bandidos. Conservando hasta la última partícula de calor, abrazado a sí mismo, el comandante Polay podía imaginar el tamaño de su propio atestado policial si alguna vez lo capturaban. Todos los delitos le serían atribuidos. El MRTA ajusticiaba a los traidores. También cobraba deudas de sangre. Mataba y moría el MRTA. No había permitido ensuciar sus actividades con el gigantesco tráfico de drogas que prevalecía en la selva. Se financiaba con tributos de guerra. En el caso de los grandes grupos financieros y económicos, el MRTA secuestraba a sus exponentes para asegurar el pago de ese tributo. En diciembre había capturado a Carlos Ferreyros Aspíllaga, encerrándolo en una «cárcel del pueblo» mientras negociaba el rescate. Los llamados “doce apóstoles», que habían representado cerca del gobierno a doce grandes grupos económicos, estaban en la lista de «secuestrables». La guerra que declaraba el MRTA se dirigía a lo más alto del poder. Tendría que ser más prudente en el futuro, se dijo al entrar a Huancayo en pleno día, con un atraso de casi seis horas. Ofreció aprender que la casualidad no siempre jugaba a favor suyo. Ya nadie del MRTA los esperaba. Se supo cansado y decidió tomar una habitación en el Hotel de Turistas, el mejor de la ciudad. En su antigua mole de ladrillo los recibieron como a un joven matrimonio de asueto. Mostró documentos falsos y depositó un adelanto de dinero. Descansaría por delante. Dio una dirección a la colaboradora y le pidió entregar el maletín con la pistola. Una vez que hiciera contacto, podía volver al hotel. Corrió las cortinas y se tumbó a dormir en la fría penumbra serrana.

Alguna vez habría de llegar a alguna parte. Estaba hecho para creer pero sabía probable que no pudiese cumplir su destino. Estrictamente de paso, el comandante. Perecedero y también único, Polay. En qué momento el ojo final, la bala en el espacio. Acaso ya nunca más la libertad verdadera, el sueño en tumulto, amplio, fervoroso el descanso, total ausencia la plácida negrura. La mitad de Polay vigilaba el descanso del quieto guerrillero, como si fuese posible mantenerse en observación y, a la vez dentro y fuera del mismo cuerpo,

pudiese escuchar como decrecían los ruidos de la mañana, el múltiple rumor de la limpieza, el satisfecho abejorreo de las doce, la una de la tarde. La ilusión de ser libre, de que le estaba autorizado el reposo, lo arrastraron despacio hacia un sueño cada vez más profundo, a comarcas en las que no existían peligros ni emboscadas. Si tan sólo pudiese olvidar, sería capaz de dormir, dormir vaya uno a saber cuantos días. No tenía fin su cansancio. Siguió cayendo en su propia y oscura profundidad, hasta alcanzar espacios en los que había sido clausurado el tiempo, sin ayer ni necesidad de mañana, hacia una existencia estrictamente regulada por pulsaciones, automática y elemental, desde la que era imposible presentir el peligro.

Despertó violentamente al sentir la puerta rota, derribada. Alcanzó a girar el torso, mirando con estupor a los soldados con chompas negras que lo encañonaban nerviosamente. Un fusil se apoyó en su pecho. Quieto. O mueres. Un movimiento en falso y el mundo entero estalla contigo. Supo que la habitación estaba repleta de uniformados y agentes de la Policía Técnica. Nada más fácil ahora que morir desintegrado, convertido en pulpa. Bastaba insinuar que resistía el arresto. Su mirada no dejó que se escondieran los ojos de quien parecía el oficial al mando. No saben quien soy, se dijo aliviado.

Más tarde supo que la colaboradora no había encontrado al contacto. Regresó al hotel: estaba tomado por fuerzas de la policía y el ejército. Sorpresivamente visitaban Huancayo el Primer Ministro, Armando Villanueva, y el Ministro de Defensa, el general Enrique López Albújar. La comandancia militar movilizó tropas y blindados para protegerlos. A la muchacha no se le ocurrió buscar un teléfono. Tampoco explicó que era pasajera del hotel. Se fue metiendo a mitad de la tropa hasta que se le acercó un detective de la DIRCOTE. ¿Qué tienes en el bolso? Ella se aturdió. Tenía una pistola llena de balas. No supo que contestar, quiso retroceder. El policía la detuvo. Registraron el bolso. Listo. Terrorista, llévenla a la comandancia. Si no quiere hablar que la cuelguen. La siguieron amenazando en el auto de la policía. Te vamos a dar el baño, ya te jodiste. La joven prefirió colaborar con la policía. Ella no era terrorista, nomás había venido acompañando a una persona importante del MRTA. ¿Dónde se encuentra? En la habitación número 22. A los cinco minutos caían sobre Polay. Lo esposaron a la espalda. ¿Nombre? Está en el registro de pasajeros. ¿Papeles? El coronel de la Policía Técnica examinó los documentos falsos. Había dejado de creer en las libretas electorales. Polay insistió en la identidad cambiada. El del ejército, un teniente coronel, también desconfió. A ambos les resultaba conocido. Miles de afiches con su rostro ofrecían cincuenta mil dólares de recompensa a quien lo señalara. Pero no eran del todo las mismas facciones en el papel que en carne y hueso. Alojamiento, calidad de ropa y el arma que traía consigo, todo delataba que era alguien importante. Delante suyo, todavía en la habitación del hotel, empezó la disputa. La policía lo necesitaba en su cuartel. El ejército quería interrogarlo.

-Mire usted, comandante, la ley dispone que intervengamos nosotros. Déjeme cumplir y luego se lo entrego -dijo el coronel de la Policía Técnica.

-Tengo órdenes. El prisionero es nuestro -insistió el militar. -Entonces salvemos las apariencias -dijo el policía-. Lo subimos a uno de nuestros carros y lo

llevamos a su cuartel. Ahí esperamos y ustedes lo devuelven. -Está bien -concedió el militar.

Polay había asistido mudo al diálogo entre sus captores. Para sacarlo del Hotel de Turistas le echaron su propia chaqueta de cuero sobre la cabeza. Diez, veinte agentes lo rodeaban tumultuosamente. La camioneta de la Policía Técnica arrancó por sorpresa. Antes de que los jeeps militares pudiesen darle alcance, enfiló a su propio cuartel.

-Yo sé que eres Polay -le dijo el coronel cuando bajaron en la estación principal de la Policía Técnica. No puedo demostrarlo, pero eres Polay...

El jefe del MRTA conservó una expresión de piedra.-...Yo puedo esperar. Si no quieres hablar, ponte a rezar para que ellos no te agarren -el coronel se refirió a los militares.

El oficial burlado humeaba frente al cuartel. Los policías se colocaron sus chalecos blindados. No eran rival para el ejército.-Entreguen al prisionero, les damos cinco minutos... -Primero hay que identificarlo, comandante, tenga paciencia. -¡Váyase a la mierda! -Como guste, comandante.

El coronel de la Policía Técnica ordenó tomarle las huellas dactilares y las transmitió a la central de Lima. A las cinco de la tarde, el jefe del MRTA aún no había conocido un calabozo. El coronel lo retenía en su propia oficina, mientras un centenar de policías montaba guardia en techos y puertas y bloqueaba las calles vecinas. Desde su encierro, Polay oía una trepidación de blindados que pasaba cada vez más cerca. El comando militar había puesto en alerta a todas las fuerzas de la región. Acaso imaginaban posible la aparición de un batallón de guerrilleros lanzados al suicidio de su rescate. A esa hora se recibió la confirmación de Lima. Sí, era Víctor Polay.

Esta vez los blindados llegaron hasta la puerta misma del cuartel de la Policía Técnica.

El coronel se acercó a Polay, que seguía en la bien resguardada oficina del jefe policial.

-No voy a entregarlo-dijo- ...pero si el ejército insiste, tampoco voy a perder a mi gente para defenderlo a usted.

Polay se obstinó en el silencio. Vigilaba cada expresión, cada movimiento, cada conversación telefónica, cada orden impartida a voces.

Militares y policías conferenciaron en la entrada. Ya la Policía Técnica había recibido instrucciones del Ministerio del Interior para trasladar al jefe del MRTA a Lima. Papel manda, oyó al coronel de la Policía Técnica. Anocheció. El frío acuchillaba las costillas de Polay. Volvió a acercársele el coronel.

-Se queda con nosotros. Lo llevaremos a Lima. Informe usted a su organización que yo lo he cuidado.

Polay movió afirmativamente la cabeza. No había tomado alimentos desde la víspera, apenas un café en la mañana, acompañado por esas galletitas “Chaplin” que los ambulantes vendían al detenerse los autobuses para el control de carretera. Tenía sed pero rehusó beber cuando le ofrecieron agua. ¿Café? Tampoco. Gracias. No quería dar oportunidad para que lo drogaran. A las ocho de la noche el frío le arrancaba tiritones. Pidió ropa de su maletín, fastidiado porque podían pensar que estaba con susto. Salvo el coronel y algunos subalternos, los demás policías se ponían capuchas negras para acercarse a Polay. Al enmascararse cambiaban de conducta, se volvían altaneros, bruscos, desafiantes. Los subalternos lo mantenían informado. Se fue el ejército. Te van a llevar a Lima. Tienen miedo que vayan a liberarte. No rompió el silencio. La oficina del coronel era idéntica a la de todos los jefes policiales del país, con el retrato de Alan García en el sitio principal, el emblema de la Policía Técnica, una bandera del Perú y otra policial detrás del escritorio y una banderita peruana de seda junto a una batería de teléfonos. Una alfombra gris cubría el piso de pared a pared. Sobre ella se había desparramado, en dos pequeños rebaños, muebles enchapados y confortables forrados con cuero sintético. El jefe regional de la Policía Técnica era un ser casi omnipotente. Sin embargo se preocupó de que el jefe del MRTA no olvidara sus atenciones. Ya lo sabe, acuérdese que lo he ayudado. Dígaselo a su organización, no vayan a cometer equivocaciones. Y después, las voces subalternas: el ejército va esperarte en el camino, una fuerza de Lima va rumbo a La Oroya, puede producirse una emboscada. Y los oficiales encapuchados: te jodiste, ahora atrévete terruco. El comandante apretaba los labios. Procuraba neutralizar sus emociones. Ni miedo, ni cólera, ni desprecio. Nada por dentro excepto su instinto de supervivencia. Se necesitaba a sí mismo con frialdad y prontitud, con la rapidez de un animal salvaje.

En cinco minutos lo embarcaron en una maciza camioneta repleta de policías armados, que partió en medio de una caravana de vehículos del Ministerio del Interior. A lo lejos, en la punta de vanguardia, se veía brillar las luces rojas y azules de dos patrullas policiales. No usaban sirenas ni bocinas. Volaban por las calles de Huancayo y luego por la carretera que imitaba las ondulaciones del Mantaro hasta encontrar el paso por la cordillera de los Andes. Polay oyó decir ahí vienen, cuidado, no los dejen pasar. El oficial encargado de su custodia, probablemente un capitán, lo hundió en el asiento. La caravana no aflojó el paso, pero no pudo impedir que cuatro camiones militares se pusieran a su lado, copando la carretera. Una y otra vez se los echaron encima, para lanzarlos fuera de la pista. ¡Sigue, carajo, no te detengas! -gritaba el capitán junto a Polay mientras el chofer maniobraba expertamente, a la vez eludiendo un choque y aumentando la velocidad. Casi diez kilómetros duró la demostración de los militares. Después se los tragó la noche.

A cuatro mil quinientos metros sobre el nivel del mar, a las doce de la noche La Oroya es un lúgubre lugar de paso. En turbios campamentos mineros, ahumados y barrosos, hombres exhaustos duermen una parte de sus cortas vidas. El aire tóxico de la inmensa fundición corroe los pulmones de la gente. Allí nadie llega a viejo. En la carretera se aglomeran viajeros. A la intemperie esperan trasbordo quienes llegan de Lima y siguen a Tarma y a la selva de San

Ramón o al gélido Pasco y a las tierras calientes de Huánuco. Se sientan sobre sus bultos y sus maletas de cartón, inmóviles a un costado de la pista, a ratos calentándose con unos sorbos de anisado. Un lugar de paso: casi nadie quiere quedarse en La Oroya. El jefe del destacamento local de la Policía Técnica se hubiese largado a cualquier parte antes de que llegara Polay. ¿Qué querían que se hiciera con el jefe del MRTA en su endeble estación de la que sigilosa y prudentemente se habían marchado casi todos los agentes? Caían militares a llevárselo por la fuerza o aparecían guerrilleros en su rescate o se le escapaba la presa. En todos los casos, el comandante del puesto quedaba jodido. Doce agentes especiales de la DIRCOTE habían llegado de Lima una hora antes. Los muy cabrones no estaban ahora para llevarse a Polay. Los mandó a buscar. Nada. Al fin supo que estaban comiendo tan tranquilos. Los que venían de Huancayo también mostraban impaciencia por regresar. Bajaba la temperatura a cero. Antes del amanecer se habrían congelado las carreteras. Era una locura viajar en esas condiciones.

Polay se arrimaba a la luz. Temía que le aplicaran la famosa ley de fuga. O que simulasen un ataque guerrillero. Después dirían que murió cuando intentaba escapar, que el gobierno había disparado en defensa propia. No tuvo que esperar ni quince minutos en La Oroya. Un vehículo del Grupo Delta pasaba rumbo a Lima, se detuvo a pedir noticias. Polay los conocía por lo cinematográfico del nombre. Ya las fuerzas gubernamentales tenían “águilas negras”, “sinchis”, “llapan atic”, “boinas rojas”, “rambos” y “gansos salvajes”. Delta era una agrupación de élite organizada para combatir la subversión y el tráfico de drogas en la selva. Se afirmaba que la unidad recibía apoyo especial del gobierno de los Estados Unidos. Era la única fuerza peruana con fusiles M 16. Viajaban ocho en el vehículo. Sobraba sitio para Polay. ¿Pueden llevárselo? Claro que sí. El jefe de La Oroya lo entregó sin más trámite. Lo sentaron entre dos soldados.

Nadie hablaba. No iban a llegar lejos. Amanecía cuando vieron que toda la cordillera se cubría de blanco y de silencio. Desde lo escarpado de la carretera contemplaron caer una inmensa nevada a todo lo ancho de los Andes. El vehículo del Grupo Delta se detuvo en un borde del camino.

Polay no tenía cómo saber la procedencia de la unidad. Todos se veían grandes, muy fuertes. Estaban callados, quietos en sus asientos, con las armas al alcance de sus manos. Calculó que dos eran oficiales. No usaban insignias. Uno de ellos abrió una botella térmica y se sirvió una taza de café. Iba a cerrarla cuando se acordó del prisionero. Se volvió hasta que pudieron verse los rostros. El oficial ofreció la botella. Polay dijo que sí con un movimiento de cabeza. Reconoció el perfume. Café de Chanchamayo, fuerte y dulce. Bebió su ración a sorbos continuos y cortos, haciéndola durar.

La atmósfera raleada de oxígeno inducía al sueño. A los veinte minutos la nevada había borrado la silueta de la pista. Todo se veía blanco, chato, mullido. Bajo la nieve desaparecía lo vertical y filudo de la cordillera. Nadie viajaba por la pista que se empinaba hacia Lima. Había terminado el lechoso amanecer cuando dos, tres vehículos se aproximaron desde La Oroya. Policía Técnica, dijo el chofer del Grupo Delta. Uno de los oficiales bajó con el fusil en la diestra.

Los de La Oroya fueron a su encuentro. Un papel viajó de mano en mano. Polay no pudo escucharlos. Por fin lo hicieron bajar.

-Ustedes no pueden cambiarme de vehículo y destino en plena carretera -dijo el jefe del MRTA. El viento acuchillaba sus mejillas. Tenía la sensación de que sangre caliente corría por su rostro sin afeitar.

-Usted tiene que viajar con nosotros... DIRCOTE -se identificó el jefe del grupo. Lo esperábamos en La Oroya.

-Tienen la orden del Ministerio del Interior- se disculpó el jefe del Grupo Delta. Se dirigió después al que venía al mando de la DIRCOTE-. Déme un recibo por el prisionero y se lo lleva. Es suyo.

Ya en otro vehículo, de regreso a La Oroya, el de la DIRCOTE dijo que te iban a matar Polay en el camino, que no llegabas vivo a Lima, todo era una trampa. ¡Cómo saber la verdad!

El cinco de febrero de 1989, tres días después de haber iniciado su viaje, Víctor Polay llegó al conjunto de edificios de la Prefectura de Lima. En los últimos cien kilómetros de viaje le habían vendado los ojos y puesto una capucha, sin aberturas. A ratos creía asfixiarse entre los cuerpos de los custodios que se le apretaban, succionando aire a través de una espesa tela negra, imaginando en vano su mañana, su otro día, su esperanza, mareado por el viaje, ciego, bajando en curva, en frenazo, en bache y escarpadura. Al fin reconoció la ciudad, su húmeda amplitud, su olor a hollín y basura. Oyó después voces de mando, pisadas agrupándose. Final de viaje. Estaba en las manos de Dios.

Lucero

No se podía dar marcha atrás por la vida y borrar lo vivido para empezar de nuevo, limpios de humanidad, ni Lucero lo hubiese aceptado ni siquiera para evitar la inacabable tortura que se le venía encima. Su memoria exigía cada vez más justicia. Implacable y fidedigna, respondía a sus flaquezas devolviéndola a la infancia con sus padres humillados, el salario exiguo, el hambre todas las mañanas. Los pobres del Perú no tenían derechos. Jamás ganaban un juicio. Nadie prestaba atención a sus reclamaciones. Nunca tenían la razón ¿Por qué habrían de tenerla? Se hacían a la pesca sin instrumentos, construían sin planos, cosechaban en estrechos andenes y al filo de los abismos, pero les negaban inteligencia, sentido común. Lucero había visto a su padre volver ensangrentado, con la cabeza rota y los ojos extraviados después de una huelga. Otros como él se marchaban para siempre. Desaparecían. La Guardia de Asalto lanzaba gases lacrimógenos por las pobres ventanas de su barrio industrial. En las noches, grupos de matones llegaban en busca de quejosos. A veces se los llevaban. Otras, los malherían a golpes de garrote. Los cortaban. La niña miraba agonizar a un vecino en la calle barrosa. ¿Qué hizo? No estaba de acuerdo. Maldito huelguista. Como su papá, que después de los golpes no podía pensar.

Hubiese sido bueno ser otra persona, aún con la memoria en blanco, y tener un hogar de clase media, padre y madre intactos, una gran familia dominical y volver al pasado para vivirlo de nuevo, como una rectificación, un acto de justicia. Acaso entonces no querría ser guerrillera sino madre numerosa, estable, conformada. Algo se rebelaba en su interior: no era posible vivir así, a muerte. Y amar a morir. Y cada mañana, cada noche, confirmar la decisión de dar la vida y ponerla en juego y a veces perder, como ahora.

Tontamente la habían capturado. Ya estaba fuera de la casa de seguridad allanada por la policía cuando se le acercaron dos detectives. Lucero nunca titubeaba. Tenía un arma al alcance de la mano. Esa vez, sin embargo, no supo elegir el mejor escape. Los agentes de la DIRCOTE la alzaron en vilo y, rumbo a un automóvil, le fueron dando puñetazos en las costillas hasta que las sintió crujir, hundírsele como cuchillos. Amoratada, sin fuerzas, permitió que le vendaran los ojos y la esposaran con las manos en la espalda. En la camioneta que rugía por un mundo en tinieblas, los policías la siguieron maltratando. Se le doblaban las piernas cuando al fin bajó en la Prefectura de Lima. Recordó que todo había sucedido a las siete y cuarto de la noche. Insistió en memorizar su nombre y no olvidar su militancia. Los tupamaros no hablan. En derredor suyo la policía caminaba en silencio. Sólo cuando le cambiaron la venda de los ojos supo que estaba acuclillada en el rincón de una oficina con baldosas blancas y verdes. Ahora pusieron una gruesa franela roja sobre sus ojos y después otra venda y encima le amarraron un trapo con deliberada violencia. Sintió que la presión le reventaba los ojos. La dejaron ahí, inmóvil, calculando el tamaño del dolor futuro a partir de los golpes que había recibido. Cada respiración la lastimaba. Tenía que soportarlo todo, ofreciendo su propia muralla de carne para impedir que hicieran daño al hijo invisible cuyas palpitaciones sólo ella podía sentir.

Pronto separó las voces.. Cuatro hombres, dos mujeres, todos policías. Otro hombre entraba y salía. Estaba al mando. Entre sí conversaban con un murmullo. ¿A qué hora le toca a esa perra? Más tarde. Sintió que el odio la acechaba. Escuchó llorar después. Gemían más allá de esas paredes. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde su captura? ¿cuántas horas más así, inmóvil, sintiendo hinchársele las manos bajo la presión de las esposas, con las rodillas atascadas por la misma postura siempre, las costillas de fuego, los ojos ciegos? Muy bien, de una vez el dolor. Que no sea la muerte, todavía. Resistiría todo, pero con vida. Siete meses más tenía que vivir para dar a luz a su hijo. Levantaron su metro sesenta de estatura y a empellones la hicieron bajar un escalera hedionda, húmeda, por la que sus pies resbalaban. Una silla, después. Atrás los brazos esposados. Siempre clausurada la mirada. Sentía el calor que despedían los cuerpos de sus verdugos, su aliento a cerveza. Le preguntaron su nombre. Silencio. Desde cuándo militaba en el MRTA. Silencio. Quiénes se escondían en la casa de seguridad. Más silencio. Habla, le dijo al oído un susurro amistoso, aquí todos terminan por hablar. Putemierda, tronó un vozarrón, y le descargaron un puñetazo en el plexo. Otra vez quedó sin aire. Bocadeó su propia noche en demanda de oxígeno. Ni siquiera entendía las preguntas. Cada una iba acompañada por otro golpe al vientre, al pecho, a los brazos. Después patearon sus piernas. Parecía de trapo. Le arrancaron las ropas y la dejaron desnuda.

No conseguía imaginar dónde la habían puesto, pero su cabeza colgaba hacia atrás. Manos procaces la manosearon para después volver como puños enfurecidos. ¿Quieres vivir? Habla. Claro que quería, pero mordió todas las palabras, clausuró sus dientes todavía completos. Todo su cuerpo era un solo moretón. Escuchó su pobre voz saliendo en gruñidos. No hables, se ordenó. Pero la voz se le escapaba con un tristísimo sonido. Uno de los verdugos se sentó encima suyo. Una mano fuerte tomó su cabellera y la hizo desligarse hacia atrás y abajo hasta que su cabeza quedó por completo sumergida en un depósito de agua. La tomó desprevenida. Quiso defenderse. La mano era más fuerte. El que estaba encima suyo empezó a golpearla. Un líquido nauseabundo entró entonces por su nariz y empezó a llenarle los pulmones. Perdía el conocimiento cuando la levantaron. No pudo arrojar el agua y siguió ahogándose mientras su cuerpo se retorcía fuera de control. ¿Cuántas veces tendría que volver de la muerte? Se sintió exhausta. Hilos de baba colgaban de su boca y su nariz.

Sólo cuando se desmayó, detuvieron por un rato la tortura. ¿Cuántas veces había llegado al negro lindero con la muerte, ese aflojamiento como de un sueño, ese abrazo tibio y después esa falta de temperatura de quien ya se desprendía de su organismo? Había perdido la cuenta. Cada vez la había sujetado su otra vida, creciéndola por dentro. En ese cuerpo molido por los golpes sólo podían morir de a dos y rabiosamente Lucero volvía a existirse. En profundo secreto pedía perdón, a secas lloraba sólo para su hijo, tan infinitamente niño, acurrucado y serio en la entraña de la guerrillera. Por ahora no iban a separarse.

Le metieron entre los dientes unos sorbos de café caliente. Oyó unas voces de mujer. Después la masajearon expertamente, reactivando su aterida circulación. Alguien bostezaba con fastidio. Peor que una mula, la terruca no habla, así había gente, algunos reventaban tercamente antes de soltar palabra. La pusieron boca abajo y le soltaron las muñecas. Manos de hombre frotaron sus brazos. Luego sintió que le envolvían los antebrazos en una badana húmeda y en una tela parecida al tocuyo. En sus orejas, una voz melosa la invitaba a rendirse. Nunca sabrían nada sus compañeros, le darían protección. Mientras le amarraban los brazos, la voz recordó que existían recompensas, podía ganarse unos billetes si delataba a sus amigos. Siguió quieta, en silencio.¡Arriba! -ordenó otra voz. Habían pasado una soga por sus brazos atados a la espalda, de modo que todo su peso se recargó súbitamente sobre sus hombros. La habían subido de un solo tirón y de golpe la dejaron caer para que se lastimara pies y rodillas. Esta vez no pudo controlar un bárbaro aullido. ¿Quién es, cuántos son, desde que día, a qué hora, cómo se llama? Desnuda, de pie, sobre mojadas baldosas, encorvada, rota a golpes de puño y puntapiés, dos meses de embarazo: Lucero rehusó hablar. Maldita mula, dijo el de la voz bronca. Otro tirón de la soga la hizo volar por el aire. De nuevo brotó su voz con un salvaje gemido. La tuvieron en alto, pendulando. ¿Vas a hablar? Silencio. Encendían cigarrillos. El tiempo corría a favor de los verdugos. A Lucero le pareció que la sangre se le atascaba en los brazos tiesos. Escuchó entonces sus propios latidos y, como un eco, los de su hijo acaso moribundo. Cuando creyó que estallaría con toda su sangre, la hicieron bajar. Pero su

cuerpo se había inclinado y algo crujió horriblemente. Gritó al sentir un dolor insoportable en su brazo derecho. Los verdugos callaron. Venga usted, mi teniente -oyó después. También las mujeres invisibles se acercaron. El dolor único, concéntrico: un delgado filo la recorría por la médula. Volvió a gemir cuando la desataron. Su brazo cayó muerto, casi desmembrado.

Más tarde se recordaría envuelta en una manta, siempre con los ojos vendados, en el Hospital de las Fuerzas Policiales. Examinaron su brazo. Sin dispensarle la gracia de un calmante, acomodaron el hueso fracturado y la enyesaron. Ella esperaba lo peor. Un dolor continuo excedía sus sentidos. Médicos y enfermeras tenían que ver su lamentable condición. Callaban. Con los ojos en negro. Lucero sintió que su cuerpo latía como una inmensa llaga. No habían dejado espacio para el sosiego. Los mismos policías la sacaron a golpes. De nuevo la llevaron a los sótanos de la DIRCOTE. ¿Vas a hablar ahora o tendremos que romperte las piernas? Patria o muerte -respondió Lucero. Pasaba al ataque. Rómpanme las piernas, vamos. No tengan miedo. Quieren matarme, maten. ¿Qué les pasa? ¿se han asustado? Volvieron a desnudarla. Esta vez la colgaron de los pies. Se repitió la lluvia de patadas a cualquier parte. Uno de los verdugos se entretuvo golpeándole el brazo recién enyesado. Lucero se desmayó.

Perdió la noción del tiempo. Más tarde pudo establecer que había estado cuatro días con sus verdugos. Fue cuando el brazo roto se hinchó horriblemente y la devolvieron al Hospital de las Fuerzas Policiales. Esta vez el médico le dirigió la palabra, a pesar de que la mantenían con los ojos vendados. La habían curado mal. dijo. Tendría que romper el yeso y ponerle uno nuevo. Gracias, doctor. ¿Puede decirme si es de día? El médico calló un largo rato. De noche, dijo, son las once de la noche. ¿De que día? Es viernes. ¿Cómo medir la repetición implacable de su propia agonía? La habían capturado a las siete y cuarto de la noche del lunes. Daba lo mismo. En algún momento sintió que el médico revisaba el rastro de torturas. No hizo comentarios. Reemplazó el yeso y le deseó buena suerte.

La enviaron de regreso con sus verdugos. Ahora registraban formalmente su ingreso a la DIRCOTE. La ley permitía que quedase otros quince días sin intervención del juez. Como si hubiera subido de categoría, solamente la sacaban a torturar por las noches. El resto del tiempo permanecía medio sentada, esposados los pies y las manos, en lo que parecía ser una oficina importante. La metían debajo de una mesa y desde ahí adivinaba la existencia de otros en su misma condición. Dos veces al día la conducían a un baño repugnante. Entre una y dos de la tarde le daban el rancho: una bolsa de plástico llena de arroz hervido. La dejaban abierta sobre las baldosas. Ella tenía que encontrarla y comer sin las manos, hociqueando la merienda como las bestias. Una noche olvidaron torturarla. Seguían siendo dos vidas. No habían podido descubrir su secreto. También el amor la salvaba de ese infierno. No la acabarían a la mala. No era posible. Ni siquiera cuando la voz grasienta se acercaba a sus orejas y el aliento soez del verdugo proponía inmundicias, ni siquiera entonces se le ensuciaba la existencia. No importaba lo que pudiese sucederle, alguien siempre llevaría sus ojos. Usarían su lengua, la sonrisa, cierto modo de ser ladeando la cabeza, una manera de amar con el

pelo caído sobre el rostro. Con labios hinchados sonreía al recordar a su compañero. El amor estaba consumado. Muchas veces ella se multiplicaría de frente y de perfil, asomando en otros su estilo y también su tristeza, acaso la levedad de sus pasos, quizá su llanto. Tantísimas veces él y ella serían lo mismo, nuevos a la vez que antiguos. Nada podría ya borrarla de la historia: siempre habría alguien que se llamara lo mismo, que usara sus pies, que mordiese con sus dientes, que fuese hueso de su hueso y piel hecha de su propia piel. A los veinte días de su captura la trasladaron a Canto Grande.

Cinco tupamaras estaban ya recluidas en el pequeño pabellón para mujeres, próximo a la enfermería de la prisión. La acomodaron en una de las once celdas. Esa tarde la guardia permitió que entrase un tupamaro con víveres. Lucero lo conocía. Se llamaba Mateo. Explicó que era el jefe de fugas del MRTA en la prisión. Mostraba consternación. Lucero le dijo que acababa de cumplir dos meses de embarazo.

Tan pronto recuperó sus fuerzas, Lucero asumió el mando del pabellón femenino. Se hizo conducir a la enfermería. No habían construido Canto Grande para reclusos de ambos sexos. En el tópico ni siquiera tenían medicinas. Los presos recibían una receta y encargaban su curación a los parientes. Aunque faltaban instrumentos para atender a una mujer encinta. Lucero visitaba la enfermería cada vez que había médico. Del pabellón salía por una puerta de metal a un ancho pasadizo. Hacia un lado quedaba el alojamiento de los guardias. Por ahí se salía de la prisión y se pasaba al cuartel de la Republicana. En dirección contraria se llegaba a una reja de barrotes delgados. Lucero comprobó que estaba hecha de fierro. Más allá, franqueando otra puerta metálica, se entraba a la enfermería. Dentro de su pabellón, las mujeres del MRTA tenían relativa libertad. Las de Sendero Luminoso ocupaban un piso en el pabellón 1A. Al romper la mañana las tupamaras saludaban su bandera, cantaban su himno, coreaban consignas políticas. Los pisos espejeaban de puro limpios. Organizaron lecturas comunes. Ellas mismas se cocinaban. Recibieron un televisor, instrumentos para tejer y bordar. Pacientemente Lucero convirtió las agujas metálicas de crochet en ganzúas que abrían y cerraban la puerta del pabellón.

Lucero se acercaba al final de su embarazo sin haber obtenido autorización para su traslado a una maternidad. No se puede, decía el comandante del presidio, es una terrorista altamente peligrosa. Nomás podía alumbrar en la cárcel. Si querían quejarse, que lo hicieran ante el señor Ministro de Justicia. En el pabellón 2A los hombres del MRTA que amenazaban con rebelarse. Obtuvieron muestras de solidaridad de otros pabellones. Ni siquiera existía privacidad en el tópico de Canto Grande. Lucero tendría que dar a luz en su propia celda. Sus abogados se estrellaban contra una indiferente pared burocrática. Se perdió el expediente, no había subido de la mesa de partes, faltaba el informe del médico del penal, los papeles no decían quién era el padre. Habían empezado los dolores cuando finalmente la llevaron al Hospital de las Fuerzas Policiales. Tan pronto dio a luz a un niño de casi tres kilos, su escolta de republicanos intentó conducirla de regreso a la prisión. Esta vez el médico y las enfermeras estuvieron de parte de Lucero. No le daban permiso

de salir. No podía abandonar al recién nacido y tampoco llevárselo a una prisión. Ella estaba débil, necesitaba urgente reposo.

Al día siguiente la visitaron los senadores de la comisión de derechos humanos. El comandante del presidio exigía la devolución de la reclusa. Los médicos opinaban que debía descansar una semana. Finalmente un juez puso fin a la controversia. Lucero podía quedarse en el hospital, entregaría su hijo a los abuelos para que lo cuidaran.

Aun convaleciente, volvió tres días a Canto Grande. A mitad de la noche la sacó la policía. ¿Dónde me llevan? A la Cárcel de Mujeres de Chorrillos. ¿Por qué? Ordenes son órdenes. No dejaron que sacase nada consigo. En Chorrillos la depositaron en una celda inmunda. No tenía cama, una frazada. Dos días no le dieron de comer. Para su higiene: sólo un balde de plástico lleno de agua sucia. De nuevo fue en su auxilio la comisión de derechos humanos, protestaron sus abogados. La Guardia Republicana contestó que había sido un error. Lucero volvió a Canto Grande.

Cada semana llegaban noticias del niño. El partido cuidaba de él. Milagrosamente no había sufrido lesiones a consecuencia de las torturas. Cuando cumplió un año se lo llevaron. Con piernas inseguras el niño observó a Lucero al principio del pasadizo y entre gorjeos caminó hacia ella. Su madre estalló en llanto. Madre e hijo se conocían entre barrotes. Juntos habían estado en el infierno. Ya vamos a salir de aquí, murmuraba Lucero mientras lo acariciaba, ya voy a estar a tu lado. Al caer la tarde se despidieron. Lo vio irse, en brazos de un familiar, y odió esas murallas, los gritos de la guardia, el escándalo de la prisión.

Entonces fue que Mateo le dijo que un túnel se acercaba. Ya el comandante Polay estaba en el presidio. Ella tendría que capitanear la fuga desde el pabellón de mujeres.

El prisionero

El comandante Polay hubiese querido mirar bajo tierra. Descubrir la posición del túnel esa noche en que al fin lo llevaron a Canto Grande. Quemados por la falta de sueño, sus ojos descubrieron la última hilera de casas, la oscuridad de la pampa y, cada vez más cerca, las murallas y torreones de la cárcel. Respiró agobiado. Dondequiera que fuese, chisporroteaban luces,-se escandalizaban las sirenas. Tropas y vehículos policiales se amontonaban en derredor del autobús con rejas que lo conducía a su encierro definitivo. Desde el todopoderoso Palacio de Justicia limeño, no menos de mil quinientos uniformados habían custodiado su traslado a la prisión. Apenas vislumbró una edificación maciza, sórdida, gris, amenazante. Nerviosa, la tropa lo acosó. Soldados y oficiales parecían seguir un desordenado libreto. Baje esposado el prisionero. Sonrían cachacientos los republicanos. ¿Sólo eso era el temido adversario? Camine el prisionero siempre escoltado, observado, manoseado, empujado, intimidado. Una celebridad, el prisionero. Su rostro y su nombre han ocupado las primeras planas, los noticieros de televisión. De los archivos han salido fotos suyas con uniforme guerrillero, dando entrevistas a la prensa

internacional después de la toma de Juanjui. Hombre peligroso, el prisionero, capaz de todo. Intentará escapar así que debe tenérsele bien encerrado. Atención, llega el director del presidio. Firmes, firmes. Con las manos esposadas a la espalda, Polay observa el apretado uniforme, el pecho carnudo, la mandíbula cuadrada, los brazos musculosos y velludos, la mescolanza de razas, más blanco que negro, más negro que indio, blanco tostado. El comandante de la Guardia Republicana se plantó con los brazos en jarras a unos metros del guerrillero.

-Espero que no vayas a crear problemas... -tronó su voz.
Se tutea al prisionero. Es inferior, desprovisto de derechos. Carece de opiniones. Obedece solamente.
-¿Usted sabe con quién está hablando?...
El comandante respingó, sorprendido. Antes de que pudiese articular palabra, Polay siguió a la ofensiva.
-...Está hablando con un revolucionario. Soy el jefe del MRTA.
-Bueno, bueno, respetos guardan respetos... -retrocedió el jefe de la prisión- ...Y mientras haya respeto, no tendremos problemas.
-Espero que me lleven al pabellón donde están recluidos otros compañeros de mi partido -siguió presionando Polay.
-Métanlo en “El Hueco” -dijo el jefe de la prisión mientras giraba en redondo y echaba a caminar con sonoros golpes de bota rumbo al retén.

Inferior, nadie el prisionero, una basura. No pregunta, no se le contesta. ¿Por qué en una celda de castigo? Porque si. Para que aprenda desde el principio. Para que implore de rodillas su traslado y así adeude el prisionero. El jefe del MRTA tuvo que encogerse para entrar al repugnante pasadizo. Dos celdas vacías. Le habían reservado la tercera. Su casa, su jardín, su paisaje, todo comprimido en ese espacio imposible de habitar. Lo empujaron dentro y cerraron la puerta. No podía estar echado ni de pie. El techo estaba por debajo de su estatura. Las paredes se juntaban antes de tiempo. De una letrina de cemento chorreaban inmundicias. Las esposas de acero mordían sus muñecas. No quiso averiguar si podría soportarlo. No pensar, no estarse. Salir de ese cuerpo y esa prisión. La imaginación era el primer escape del cautiverio. Pero la realidad tironeaba dolorosamente de sus músculos fuera de sitio, entumeciéndole los hombros y doblando su espalda y agarrotando su cuello hasta que no pudo evitar un gemido, ciertas ganas de entregarse a la desesperación. Al cabo de varios ensayos, supo que no debía usar las manos para moverse. La tenaz mordedura de las esposas las había adormecido. Las sintió hinchadas, probablemente amoratadas, inútiles. Girando sobre su cintura podía arrodillarse, buscar otro espacio insuficiente y, siempre con cautelosa lentitud, a pausas, sentarse de costado y sólo entonces aflojar la tensión total de su cuerpo. No le habían devuelto su reloj. Tampoco habría podido echarle una mirada. Seguramente el tiempo transcurría con untuosa lentitud. Decidió abolir su importancia. Quedaban derogados los minutos y segundos. Que sólo existiesen las horas. Después sólo quedarían los días, los meses. Tendrían que liberar sus manos. En algún momento vería el sol. Ya nada podía empeorar. Pero esa primera noche su imaginación golpeaba las paredes, como los pájaros que quedan encerrados al interior de las casas. Daba lástima verla remontarse, confundir los reflejos, tirarse contra los cristales, herirse en la

techumbre. Hasta sus pensamientos quedaron encarcelados. Entonces supo que otra puerta se le abría: el sueño. Desde su captura, casi veinte días atrás, le habían negado el descanso para debilitar su voluntad. Apenas quedaba dormido lo despertaban para otro interrogatorio. Como una parálisis invadía su cuerpo. Se acordó de sus padres. El sueño lo fulminó.

Por los vasos comunicantes de la noche era posible pasar de la profunda tiniebla de sí mismo a otras oscuridades todavía sin forma. Reconoció las fronteras de su existencia, un dolor acumulado, una rabia con la que no quería estar de acuerdo, el peso de haber asumido lo que otros rehusaban, el sombrío ministerio de la muerte, y la única salvación posible: dar la vida por los demás. El sueño negro buscó entonces otros caminos y, a riesgo de extraviarse, tanteó lo más profundo. Le parecía haberse arrojado de cabeza en una masa pantanosa por la que resbalaba sin moverse, gobernando el rumbo sólo con el pensamiento. Toda pesadumbre desapareció al comprender que buscaba el túnel, sus topos que escarbaban sin descanso. Al despertar supo que su ansia de libertad se había apaciguado.

A la mañana siguiente le arrancaron las esposas. Quiso verse las manos y no pudo levantarlas. Salga el prisionero a caminar. Se le doblaban las piernas. Se tambaleó un paso adelante, soltó un gemido.

-Este trato viola el código de ejecución penal -se encolerizó su voz-. Estoy aislado y en condición de castigo cuando acabo de entrar a la prisión. Tengo derecho al sol, a usar el patio. Exijo que se cumpla la ley...
-Camine, Polay, mueva las piernas -dijo uno de los republicanos-. No se queje. Así es la cárcel, qué quiere usted...
Veinte pisadas de ida, veinte de regreso. Polay recitaba de memoria los artículos de la ley de ejecución penal que garantizaban los derechos de los presos.
-No dejaré que me esposen para devolverme a la celda -dijo después-. No tiene sentido, como no sea una tortura.
-Nadie lo va a esposar, Polay. Ya le traen un colchón y comida.
-¿Y cómo puedo saber que no van a envenenarme?
-No se haga el difícil, Polay.
-Usted sabe que tengo razón.
Pidió que lo dejaran salir a los patios. Permiso denegado. ¿Cuándo tendré visita? Nadie sabe. Todavía. Nunca. Por ahora sólo existían la celda, ese pasadizo, las hediondas emanaciones del presidio. Veinte veces de ida, veinte de regreso. Ochocientos pasos. Terminaba el ejercicio por esa mañana.

Le entregaron un colchón sucio, unos periódicos viejos, un tazón con avena diluida en agua y lo devolvieron a la celda.

Esta vez se acomodó de tal manera que pudo tenderse, encorvado, protegiéndose de la inmundicia con parte de los periódicos viejos. Echó una larga mirada a los grumos de avena en la taza desportillada. Necesitaba recuperar fuerzas. Casi con fruición empezó a lamer el brebaje.

Cuatro paredes que se le venían encima eran todo su planeta. Sólo el sueño y la memoria le permitían alejarse de ellas. A ratos visitaba su infancia en el puerto, la mañana en que salió corriendo a conocer y abrazar a su padre que volvía de la prisión. También el jefe del MRTA tenía hijos distantes que ahora crecían casi sin conocerlo. El dolor constante de esa separación se había convertido en parte de su existencia. Se preguntaba si más tarde ellos habrían de entenderlo, acaso continuando cuanto él había recogido de un pasado sin acabar. Recordó cierta complicidad doméstica entre el padre y sus hijos en la época de remotas persecuciones. Su madre, de pura estirpe cusqueña, era una mujer fuerte, política, incansable, que no se doblegaba. Sin ella todos se habrían derrumbado. Cuando al fin se reunieron, ella mandaba y el viejo, con toda la historia de una época sobre las espaldas, con todas sus cárceles blanqueando su cabeza, con todos sus sueños rotos opacando su mirada, la consentía amándola con esa sonrisa apenas perceptible que el guerrillero jamás olvidaría. Ella no quería que el joven Polay siguiera las huellas del padre. Que fuese aprista pero lejos de las actividades del partido. Pero el joven Polay había sido secretario juvenil, jefe del ala izquierda en la escuela de dirigentes, agitador callejero después de la matanza de mineros en Cobriza. Sufrió seis meses de prisión. En la cárcel había encontrado a los dirigentes de las minas y fue entonces que decidió romper con el APRA. Como antes con el viejo Polay, ahora su madre visitaba puntualmente al hijo para llevarle ropa limpia y alimentos. Cuando salió libre a los veintiún años, ella le entregó sus ahorros para que se fuese al extranjero. así había empezado todo, no una repetición sino la continuación de una historia inconclusa, como el cumplimiento de un deber. Un cubo de cemento sucio, un espacio hediondo, un pasadizo en penumbra: sólo eso era su vida por ahora. Estaba encarcelado por su antiguo partido. Los compañeros de antes eran diputados, senadores, ministros, presidente. Tenían edecanes, intercambiaban condecoraciones. Ya no discurseaban en una escuela de dirigentes. Estaban al mando.

En su primera noche en la Prefectura de Lima, invisibles carceleros pateaban la puerta del calabozo para luego decirle que era hombre muerto. No le habían sacado la capucha ni las esposas. Ya de madrugada lo llevaron por helados pasadizos a un lugar alfombrado. Una lámpara hirió sus ojos cuando le arrancaron la venda que los cubría. Lo hicieron pasar a una oficina presuntuosa en la que esperaban tres personas. De inmediato sólo pudo reconocer al Primer Ministro. Armando Villanueva.

-Hola Víctor, cómo estás -dijo con familiaridad el Primer Ministro. Había sido candidato aprista a la presidencia en 1980 y varias veces secretario general del partido. Polay nunca había tenido trato con él. Villanueva tuvo que explicarse-. Soy un viejo amigo de tu padre. Juntos hemos estado presos, muchos años...
-Matan al pueblo, no respetan los derechos humanos, ni siquiera sienten piedad por los heridos que se entregan prisioneros -se revolvió Polay-. Yo no tengo nada de que hablar con usted, señor Primer Ministro.
-Quítenle las esposas -amonestó Villanueva-. ¿Quién ha ordenado este maltrato?
Detrás de Villanueva había un hombre blanco, bien plantado. De todas maneras es militar, pensó Polay. Mejor aún, marino. Posiblemente un almirante con ropas civiles. Reconoció al Ministro del Interior. El tercero estaba

uniformado. Otro marino. Llevaba puestos los cordones de edecán. Acompañaba al Primer Ministro.
-Tu padre ha pedido que respeten la totalidad de tus derechos. Y por cierto así va a ser...

Polay miró largamente al viejo Villanueva. Conservaba cierta apostura pese a los maltratos de la vida y las persecuciones. En los años cuarenta, había sido el duro entre los jóvenes apristas, el peleador, el radical, el búfalo jacobino. Y ahora, sin embargo, no tenían de qué hablar. El jefe del MRTA sintió pena por el pasado, por el Perú, por sí mismo. A los cinco minutos partió el Primer Ministro con los marinos que lo acompañaban. A Polay lo esposaron de inmediato.

Si tenía los ojos vendados, a Polay le clavaban cañones de pistola en las costillas, lo hacían tropezar. Voces siseantes se acercaban amenazantes. Al empezar el interrogatorio y dejar sus ojos al descubierto, cambiaban los modales. Siéntese señor Polay. Haga el favor. Piense usted bien su respuesta. Estamos esperando, señor Polay.

Pero Polay no hablaba. ¿Quiénes son los jefes del MRTA? Silencio. ¿Cuántos militantes tiene el partido? Más silencio. ¿Dónde están las llamadas cárceles del pueblo? Sus labios no se movían. Cien, doscientas preguntas. Doscientas veces silencio.

El director general de la Policía Técnica se cansó antes que el jefe del MRTA. Tenían que hacerlo hablar. Obedecía, confesaba el prisionero.

El general Reyes-Roca había sido el organizador de la DIRCOTE. Después asumió la dirección general de la Policía Técnica. Desde ese cargo, su enorme influencia se extendía a toda la Policía Nacional. Le decían «chato» por su baja estatura. Era pequeño, sólido, criollo y, a juzgar por su foja de servicios, un militar confiable. Creía haberlo visto todo en la vida. Experto en debilidades humanas, desconfiaba de la gente. Al «Chato» Reyes lo gobernaba la obsesión de la limpieza. Las camisas de su uniforme policial se veían perfectamente blancas y almidonadas. Hasta sus anteojos fulguraban inmaculados. Sus zapatos parecían espejos negros. Cuando la suciedad del día resultaba insoportable, el «Chato» Reyes pasaba de su despacho en la avenida España al cercano Hotel Sheraton, en cuyos baños turcos se instalaba con sus principales ayudantes. Nada ocurría en el Perú sin que el «Chato» se enterase. Las noticias lo seguían dócilmente dondequiera que estuviese. Sólo interrumpía los placeres de la higiene para un almuerzo magro e incontables tazas de café. A las siete de la noche estaba de regreso en la jefatura de la policía.

Cuando el jefe del MRTA y el director de la policía se encontraron por primera vez, ambos habían calculado bien hasta donde iban a llegar. Polay estaba decidido a jugárselo todo. La prudencia marcaba al general. En dos o tres años pasaría al retiro. Estaba destinado a ser un ciudadano corriente, sin escoltas, sin guardaespaldas, sin teléfonos portátiles, sin los casi inagotables recursos de la policía nacional. Pronto, casi a la vuelta de una esquina, el ciudadano

Reyes-Roca tendría que vivir por su cuenta y riesgo. Había decidido no echar encima suyo y de su familia deudas políticas o de sangre. No obstante, siguió el libreto.

-A mí no me impresionas -recibió a Polay-. ¿Crees que le voy a tener miedo al MRTA? Veinte cojudos encapuchados no me hacen temblar...
-Hacemos carne molida con los valientes -coreó un ayudante.
-...Tú hablas o te hacemos hablar, así de sencillo. Te dejo escoger...
-No voy a hablar -replicó Polay-. Aunque me saquen los ojos y me corten las manos y los pies, no voy a hablar. Está usted hablando con el jefe del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. No se equivoque. Si usted cree que puedo hablar por la tortura, inténtelo. Asuma su responsabilidad...
-No lo tomes a la tremenda -se quejó el "Chato»-. ¿Estamos conversando, no?
-...Asuma su responsabilidad, general.
-No pasa nada, no te preocupes. Estamos tranquilos... -echó una-mirada a los subalternos- ...salgan un ratito, háganme el favor... -dio la vuelta a su escritorio y encendió un cigarrillo "Marlboro" antes de sentarse en su butaca. Dejó de tutearlo-. Póngase cómodo, Polay. Tome asiento... A decir verdad no somos tan sofisticados como en otras partes del mundo, pero hay formas de hacer hablar a la gente, ¿no? A mí personalmente no me gustan esos métodos...
-Pierde su tiempo, general.
-...Tiene usted razón-dijo el «Chato»-, con usted perdería mi tiempo. No pienso asumir la responsabilidad de su tortura.

En los días que siguieron, el jefe del MRTA se preguntó con frecuencia qué ganancia iba a sacar el gobierno de su captura. Polay disfrutaba de la celebridad indispensable para denunciar suplicios y maltratos y obtener una rápida atención internacional. Si lo torturaban, tendrían que matarlo. Y el jefe de los tupamaros prefería morir en silencio que delatando a sus seguidores. Durante quince días la ley lo dejaba en completo poder de los investigadores policiales. Le prohibieron las visitas. Apenas probaba bocado. El primer día le pusieron una ración de arroz sobre un plástico en el suelo. Se negó a comer como un perro. A los tres días le sirvieron un estofado en plato y con cubiertos. Si lo encapuchaban o si sus interrogadores llegaban enmascarados, Polay pasaba un mal rato. Con el rostro descubierto, todos eran un ejemplo de buenas maneras y ponderación. Escondidos, sin rostro, lo carajeaban, pretendían usarlo para jugar a la ruleta rusa. Sintiéndoles aliento a ron barato y voz de cocaína, Polay desconfiaba de los revólveres que disparaban sin balas contra su cabeza. Al fin una mañana le entregaron la ropa limpia que su madre había llevado a la DIRCOTE. Cuando se hubo lavado y cambiado, lo esposaron y le vendaron los ojos. Al pasar, uno de los subalternos sopló que lo llevaban a una conferencia de prensa.

Polay recordó el espectáculo montado por la policía cuando se presentó al periodismo a Osmán Moróte, uno de los jefes de Sendero Luminoso. Mientras los uniformados celebraban su victoria, el senderista había aparecido quieto, más bien en actitud sumisa, en amedrentado silencio. Pensó en el MRTA, en sus compañeros seguramente atentos a los noticieros y a la imagen que iba a proyectar. También recordó al subalterno de la Policía Técnica que esa mañana le había alcanzado las hojas de algunos diarios. Alan García afirmaba

que Polay era un delincuente común y que así sería juzgado. Le quitaron la capucha. Tenía las manos esposadas en la espalda. En la sala de prensa brillaban los reflectores de la televisión. No quedaba sitio para un reportero más. Forcejeaban por los mejores lugares, discutían. Polay vio salir a los generales. Oyó una voz que intentaba prevalecer: “Y ahora, caballeros, rogamos un poco de orden... vamos a presentar a ustedes a Víctor Polay, alias comandante Rolando, el terrorista subversivo considerado jefe de la secta llamada MRTA”...

-Vamos, camina -escuchó a su escolta. Una descarga de luz sancochó el rostro de Polay cuando salió al pequeño anfiteatro, seguido por un grupo de gorilas de la Policía Técnica. El general seguía hablando. Explicaba quién era Rolando y los infinitos delitos que se le atribuían. La prensa quería escuchar al jefe del MRTA. El general hizo una pausa. De un salto Polay se puso frente a los periodistas.
-¡Soy un revolucionario del MRTA y exijo que se me trate en condición de tal. Alan García no tiene ninguna autoridad moral para llamarnos delincuentes. En todo caso, él es el delincuente!...
Recobrados de la sorpresa, los gorilas lo tomaron de los sobacos para sacarlo del proscenio.
-¡Abusivos!
-¡Déjenlo... quiere hablar!
-¡Que hable!
-¡Comandante Polay!... ¿es cierto que lo han torturado?

Estallaba una tormenta en la sala de prensa. En la habitación contigua, el general en jefe de la Policía Nacional se acercó furioso al prisionero.

-¡Mira lo que has hecho, nos has dejado en ridículo! ¡Si quieres gritar, grita vivas a Túpac Amaru pero no te metas con el Presidente de la República. No lo vuelvas a hacer o te jodes, te juro que te jodes!
-Si vuelvo a salir, seguiré hablando con los periodistas. Usted tome la decisión -no se conmovió el jefe del MRTA. El uniformado maldisimulaba su furia. Le temblaron los labios. -¡Carajo, desconsiderado de mierda, como si no te hubiésemos tratado con toda deferencia! -dio media vuelta para irse. Antes dijo-: ¡Se suspende la conferencia de prensa!

Durante dos semanas estuvo incomunicado. La ley daba un plazo de quince días para que lo entregaran a los tribunales. No habló. No contestó una sola pregunta. A los catorce días volvieron a llevarlo al despacho del “Chato” Reyes.
-Ordenes son órdenes, tenemos que torturarlo... -dijo con desgano el jefe de la Policía Técnica- ...oiga, Polay, usted no puede quedarse callado...
-Usted es responsable de sus actos, general. -...Francamente no me ayuda... -En efecto, general, no pienso colaborar con usted. -...¡qué hombre más jodido! ¿Qué quiere usted? ¿que hagamos el ridículo? ¿la policía con las manos vacías?... Polay prefirió guardar silencio.
-...Bueno, pues, ahora hay que torturarlo. Para que reciba una lección. Es lo que mandan, ¿entiende? No se trata de si me gusta o no me gusta. La orden viene de lo más alto. Espero que me entienda... El jefe del MRTA siguió callado.

-...Pero ya conoce mi opinión -dijo el “Chato”-y vamos a hacer las cosas a mi manera. Lo sacamos a la playa, le rompemos la ropa, le echamos agua de mar y arena y lo traemos de regreso. Listo. Si quieren torturar, que lo hagan ellos y que se jodan ellos. -No salgo... no voy a dejar que me saquen. -¿Cómo que no sales? -el “Chato” Reyes volvía a tutearlo- ¡No puedes ser tan terco! ¡Tienes que ayudar!... -No voy.
- ¡No hagas las cosas más difíciles!
- Me llevan a la playa y hay una emboscada, inventan que me quise fugar o que me estaban liberando y en medio de todo matan... Esta vez calló el «Chato”.
- Yo salgo a esas calles y soy hombre muerto. No puede usted ser tan ingenuo, general. De aquí no me mueve nadie... -También es posible, no lo había pensado. -...¿seguro, general?... -Claro que sí, seguro.
- ¿No querían matarme cuando me trajeron de La Oroya? -Es que hay muchas presiones. -Usted decida, general. Usted es el responsable. -Vamos a ver qué hacemos...

El jefe de la Policía Técnica ordenó encerrarlo en una habitación próxima a su despacho. Siempre custodiado por dos vigilantes, Polay no pudo descifrar las instrucciones que el «Chato» impartía al otro lado de la puerta. Salían a cumplirlas en grupo. De a muchos acudían a la jefatura cuando el general oprimía los timbres. En montón se iban después a cumplir sus órdenes. Ahí todo ocurría tumultuosamente.

La espera se prolongaba y Polay aprovechó para leer todos los diarios del día. Leyó hasta los anuncios y la espera no había terminado. Entonces propuso encender el televisor. Atardecía. Le sirvieron café negro y aceptó un cigarrillo. A través de la puerta se oía al general en aburrida conversación con unos visitantes. Anocheció. Por fin reapareció el «Chato» con un grupo de subalternos.

-¿Nadie lo ha visto? -preguntó a los vigilantes. -Nadie.
Cruzó la habitación seguido por un gorila que cargaba un balde en cada mano.
-Polay, venga conmigo... -el general había abierto la puerta de su baño privado y con un gesto ordenaba ponerle las esposas. -¿Puedo saber qué se propone, general?
-...claro que sí -empezaron a romperle las ropas. Expertamente hicieron flecos de su camisa, rajaron el pantalón. El general estaba molesto-. Usted no quiere colaborar y yo tampoco me voy ajoder. Las formas deben mantenerse, así que hemos escogido a un pobre diablo en los calabozos, se le ha cubierto con una capucha y...

Los subalternos espolvorearon arena en las ropas de Polay. La traían en uno de los baldes. -¿Y qué?
-...y lo hemos llevado a la playa diciendo que era usted. Ahora lo mojaban con agua de mar.
- Su responsabilidad, general.
-Claro que sí. Mi responsabilidad. Y usted va a regresar a su celda, yo diré que le dieron el paseo por la playa y que la situación no cambia. El prisionero se

niega a cooperar. Si alguien lo revisa, creerá que ya lo bañamos. Sólo pido que se calle la boca.

¿Cuánto no se había preparado para soportar la tortura, el sufrimiento en cuotas progresivas, la bárbara confrontación de uno contra todos? A solas tensaba sus músculos, calculando su elasticidad extrema. Medía todo su organismo en términos del supremo esfuerzo por sobrevivir. Y nada. A los quince días lo sacaron del calabozo para que al fin recibiera visitantes.

El viejo Polay esperaba a su hijo con rostro impenetrable. La violencia política del Perú le había enseñado a no mostrar sus emociones. Cerca suyo, su madre no daba señales de cansancio. Tenía una bolsa entre los brazos.

-Mamá, papá... ¿cómo están? -besó a ambos. Su madre lo apretó con fuerza. Tierna y serena, así la había moldeado la vida-. Me siento de nuevo hijo de familia... -Vuelves a depender de nosotros -dijo su madre. -¿Te han pegado? ¿te torturaron? -se oscureció su padre. -No, papá. Golpes no faltan pero no se atrevieron a torturar. Afuera estaban los abogados, los amigos. Y como siempre, casi un centenar de periodistas. Al viejo le habían dicho que su hijo pasaría una noche en la carceleta judicial y que después lo llevarían a Canto Grande. Mientras hablaban, Polay inspeccionó la bolsa que le llevaba su madre. Toda una vida en la puerta de las cárceles inspiraba su magro contenido: jabón, detergente, papel higiénico, aspirina, azúcar, café, una muda de ropa limpia, un pequeño bizcocho hecho en casa. Lo indispensable. Miró a su padre a lo profundo de los ojos. Había crecido insurrecto a su imagen y semejanza. En más de una forma, el jefe del MRTA sentía que en verdad lo continuaba. Le pareció descubrir un fulgor que nunca antes había visto en esos ojos fatigados por la edad y los recuerdos. Lo abrazó entonces con fuerza, sintiéndolo anciano y pequeño y a la vez único y también suyo. Se le mojó la mirada cuando se despidió de su madre. Hasta pronto. Los estaría esperando.
Cuarenta días tuvieron al jefe del MRTA en “El Hueco». Sus abogados presentaban recursos, se sucedían protestas. ¿Por qué lo tenían aislado, en una celda de castigo? ¿No debían darle un trato igual al de los demás reclusos? El Ministro de Justicia visitó Canto Grande. Se detuvo a conversar con Polay. Violaban las normas del código de ejecución penal, nunca lo sacaban al aire libre, ni siquiera podía echarse con los pies estirados. Una comisión de jueces inspeccionó la prisión. Polay reiteró su denuncia.

-No hay donde ponerlo, Polay... -dijeron los jueces. -¡Cómo no va a haber! Exijo que me lleven al pabellón 2A donde están mis compañeros...
A la siguiente inspección, el jefe del MRTA se enteró que estaban modificando el venusterio, para convertirlo en una prisión de máxima seguridad dentro de otra. Sería su hogar por muchos años...

El venusterio

El mismo día de su traslado a lo que había sido abandonado venusterio, el jefe del MRTA rechazó los alimentos de la prisión. Podían darle veneno. A menos que sus compañeros le llevasen el rancho personalmente, prefería morir de hambre. Exigía, además, que le reconocieran su derecho a salir al patio o, en el

peor de los casos, a caminar por el amplio pasadizo del tercer piso, donde estaba confinado en una celda contigua a la de Osmán Moróte, presunto segundo jefe de Sendero Luminoso. Sombríamente lo escucharon reclamar. Un joven subteniente y tres sargentos de la Republicana intercambiaron miradas. ¿Quién transmitiría las palabras de Polay? ¿por qué no se quedaba tranquilo durante unos días? El comandante del presidio había tronado de furia esa mañana. Estaba harto de los políticos. Por culpa de Polay, los jueces habían inspeccionado Canto Grande, las comisiones de justicia del Congreso demandaban toda clase de informes, amenazaba constituirse una comisión investigadora en el Parlamento, los medios de comunicación denunciaban la violación de los derechos de los presos, llovían telegramas de protesta enviados por respetables organizaciones europeas y, ahora, la propia dirección de la Republicana había amonestado al comandante: la constante agitación del MRTA perjudicaba los negocios del penal, así que controlaba a los subversivos o lo transferían a la zona de emergencia.

Después de protestar, el jefe del MRTA se dejó encerrar en la última celda del tercer piso. Aunque todos sus bienes entraban en un costalillo, le tomó una hora acomodarse con pulcritud. Tenía cama, colchón nuevo, una mesa, una silla y un espejo. En el baño, separado de la celda por una puerta, encontró una ducha. No había gota de agua y debió quedarse con la suciedad de “El Hueco” pegada a la piel. Pese a todo, el resplandor solar le alegraba el corazón. A ratos lo alcanzaba una ráfaga de viento tibio, parecía aumentar el vocerío de los presos, se sentía acompañado. Pero la falta de libertad era mucho más que una vaga ausencia. Imponía límites físicos, encajonaba su respiración, lo iba achatando hasta que lo acosaba la sensación de estar emparedado, de ser apenas una forma recubierta de encierro sin espacio para nada más.

Al otro día también rechazó los alimentos. Se sorprendió hablándose a sí mismo. Se dividía Polay hasta ser dos, tres, muchos al mismo tiempo con tal de postergar la idea del hambre. No pensar, no medir el tiempo que se atasca. La vida se convertía en una sucesión de días detenidos. Como mirar la nada. Si al menos pudiese conversar. La prisión era un estruendo, no sólo una espera. Nunca terminaba, jamás callaba. Aún de noche estallaban risotadas, crepitaba el murmullo de reclusos insomnes. Al romper la mañana se oía crecer el griterío en los pabellones, el estrépito de radios latosas, las reyertas en los patios. Llevarlo todo a cuestas y ser la nada, el vacío imposible, perfecto. La vida al revés o la muerte, daba lo mismo. A quién le importaba ser, no siendo. Al menos aquí podía perseguir la declinación del sol, imaginar la amplitud del verano, el profundo azul de las olas al sur de Lima, los rebaños de nubes color melocotón, la muchedumbre libre, dispersada y reunida por el vaivén del océano al que ni siquiera el horizonte podía amurallar. Cierta mirada interior se le inflamaba al tocar las partículas de sol, abriéndole caminos para escapar de sí mismo. En "El Hueco" no existían el día y la noche. Todo estaba hecho de la misma hedionda penumbra: la espera y el prisionero. Pudo vencerlo. Forzado a la nada, se había mantenido inmóvil: no ser, siendo. No ser Polay verdaderamente y sin embargo vigilarse. La evaporación antes que la lluvia; el anuncio, todavía no el suceso. Al principio había luchado por separar la luz de las tinieblas. Las referencias se extraviaban. ¿Cuántos pasos de ida por el

pasadizo, de qué tamaño la máxima amplitud de su encorvado universo? ¿y el túnel? ¿por qué no conseguía escuchar de nuevo el tenaz avance de los topos? ¿Cuántos años-luz tardaría su condena? ¿Dónde antes, jueves, arriba, viernes, después? ¿cuándo ahora, sábado, nunca?

El comandante del presidio se presentó al tercer día. Un pelotón de guardias al trote lo precedía, anunciándolo, de modo que se abrían rejas y quedaba el camino abierto para que el jefe no se detuviera. Los ojos del militar revisaron el interior de la celda, el tazón con la comida intacta y, en fin, de abajo arriba y abajo, al prisionero de pie, demacrado, imperturbable. ¡Jodida gente! El militar disputaba el ascenso a coronel. Aún tenía edad de aspirar al generalato. Aunque era de infantería, tenía el aire fanfarrón de un oficial de caballería, solía ponerse botas de montar y casi siempre llevaba consigo una fusta de cuero que usaba para castigar el rostro de los presos.

Quedó mirando a Polay con rostro avinagrado.
-¿Y ahora qué quiere, Polay? Lo hemos puesto en un sitio bonito y seguro, y vuelve usted a fregar...
-Siguen violando las normas de ejecución penal, comandante. Tengo derecho al patio...
El comandante del presidio se controló. No estaba acostumbrado a que discutieran sus palabras.
-Imposible. Lo matan y me echan la culpa.
-...entonces tengo derecho a caminar por ese pasadizo.
-¿Qué quiere... la puerta abierta?... -el militar empezó a reír y su séquito se contagió- ...¡Se mata usted con Moróte!... ¡está buena la propuesta, nomás que se entere el ministro!
-El señor Moróte prefiere su celda cerrada. No le importa el ejercicio. Yo reclamo mi derecho a caminar a la luz del sol o al menos en este pasadizo.
La decisión es suya...
-Pregúntenle a Moróte -se cansó el militar.
El jefe senderista contestó con un murmullo.
-Dice que prefiere estar encerrado, no le importa si Polay está suelto en el pasadizo... -informó un ayudante.
-Ya usted ve -dijo el jefe del MRTA.
-¿Por qué no ha tocado su comida?
-Usted sabe muy bien por qué... No me deja salir al patio para que no me maten y permite que me sirvan comida que puede estar envenenada. Yo no sé qué manos la preparan ni quién la trae hasta mi celda...
-¿Qué pide, Polay?
-...Yo he visto que al señor Moróte le traen su comida desde el pabellón de Sendero Luminoso. No veo por qué debe dárseme un trato diferente...
El comandante del presidio asintió. No tiene cómo negarse.
-...eso si, que sea uno de mis compañeros del MRTA quien me entregue los alimentos personalmente, comandante.
El jefe del presidio dio unos pasos adelante, atrás. Sus hombros subieron, bajaron.
-Está bien -dijo al fin-. Pero eso si, Polay, basta de problemas. El ruido del agua llenando las cañerías despertó a Polay a la mañana siguiente. Venía muy fría, a borbotones. Se metió bajo el chorro que caía de la ducha y se enjabonó tres,

cuatro veces. Aún le parecía rastrear la pestilencia de "El Hueco" adherida a su cuerpo cuando medio mojado, apenas envuelto en una toalla demasiado pequeña, descubrió que la guardia le había dejado abierta la puerta. Se aventuró a conocer el exterior. Al lado suyo Moróte existía silenciosamente. Las demás celdas estaban vacías. El pasadizo terminaba en dos rejas y la escalera a los niveles inferiores. El rápido y sigiloso paseo permitió a Polay constatar la diferencia de altura entre el antiguo venusterio y los demás pabellones, cuya corpulencia se erguía en un semicírculo gobernado por los republicanos desde la rotonda.

La prisión emitía un sonido en aumento. Desde su celda, el jefe del MRTA ya no podía diferenciar gritos, músicas, cacharros que se desplomaban. La ululación rebotaba en los muros, crecía en intensidad. Comprendió que en la cárcel se reducía el mundo. Todo quedaba comprimido, distancias, estaturas, hasta el lenguaje. Los presos se entendían por la entonación, no por las palabras. Casi no era preciso hablar, bastaba emitir sonidos de placer, cólera, curiosidad. La guardia subió al tercer piso para constatar que Polay seguía en su sitio. Al rato volvió a escuchar el sonido de las rejas. Un republicano se acercaba escoltando a un preso de ropas limpias y atontada expresión.

-Ya, ya. Dale su desayuno y apúrate. Nos vamos... -fastidió el soldado.
Polay recibió una portaviandas y una revista que entregó de inmediato al republicano.
-Para que se entretenga -dijo sin vacilar-. Voy a conversar con el compañero..
. -Está prohibido.
-¿Qué dice usted?
-Nada de conversaciones -insistió el soldado.
-Tengo permiso del comandante. ¿No le han explicado?
-No sé nada, mis órdenes son que nada de conversaciones -flaqueó el soldado.
-Pues yo tengo permiso del comandante y ahora mismo voy a quejarme... usted no puede pasar por encima de sus jefes.
-Bueno, no conozco... -empezó a disculparse el otro.
-No importa. Tengo que conocer los horarios. Espere ahí en el pasadizo. Tardaré un minuto... El guardia salió con la revista en las manos.
Sólo ahora Polay reconoció a Mateo. Había perdido peso. Vestía con la pobreza de la prisión: una camisa descolorida, un pantaloncito corto, unas sandalias de caucho. Cumplía casi cinco años de encierro. Lo habían sentenciado a quince. Se abrazaron con fuerza.
-Yo vendré con tus comidas al mediodía y una compañera lo hará a las siete de la noche... nadie sabe que soy jefe de fuga. Los compañeros están muy preocupados por ti...
-¿Cuántos somos?
-Veintiún hombres en el pabellón 2A y siete mujeres encerradas cerca de la admisión.
-¿Qué sabes del túnel?
-Lejos, todavía. Han tenido problemas.
-¿No hay otra forma de salir? Mateo negó con la cabeza. El soldado atisbaba.
-Escucha, hay que desinformar -se apuró Polay-, Pasen la voz de que el MRTA va a ser amnistiado por el próximo gobierno...

Mateo asentía absorbiendo el murmullo del jefe.
-...pidan a los compañeros una mesa de ping-pong, un juego de pesas, instrumentos de música. Debe parecer que estamos contentos, dispuestos a vivir la prisión... -regresaba el soldado y Polay levantó la voz- ...lo espero antes de la una, compañero...

DESDE ENTONCES, MATEO APARECIA puntualmente a las ocho de la mañana y a la una de la tarde, con un portaviandas que los republicanos ni siquiera revisaban. Entre seis y siete de la noche llegaba Lucero. Todos los sábados recibía la visita de su madre. Desde que el jefe del MRTA había caído preso, a su padre lo distinguían en las ceremonias apristas y del gobierno, lo sentaban cerca del Presidente de la República, le rendían homenajes. Nada lo apartaba de su hijo los domingos. Los familiares de otros tupamaros presos también se turnaban para hacerle compañía. Nadie llegaba con las manos vacías. Además de la cena. Lucero le alcanzaba los periódicos del día. Las instrucciones de Polay se cumplían rápidamente. Los tupamaros recibieron pelotas de fútbol y un juego de camisetas, ropas deportivas para hacer gimnasia, la codiciada mesa de ping pong. Pronto Mateo informó que estaban organizando un campeonato deportivo entre los pabellones. Secuestradores, ex policías, hasta los narcotraficantes aseguraban su concurso. Los pelícanos pedían ayuda para comprarse camisetas. También se anunciaban los ensayos de un grupo musical.

Al cabo de un tiempo, los guardias dejaban que Mateo acompañara a Polay mientras almorzaba. El jefe del MRTA quería saberlo todo, cómo vivían, la disciplina de los tupamaros, la relación con el resto de los reclusos. Mateo explicó que desde la vez en que fueron atacados por una turba de presos hambrientos que demandaba víveres, tenían centinelas día y noche. Se levantaban antes de las seis para trotar veinte minutos en el patio. Practicaban gimnasia hasta las siete. Después del baño se servía el desayuno preparado por ellos mismos. Formaban en el cuarto piso para saludar la bandera del MRTA y cantar el himno a Túpac Amaru. Luego de romper filas, un tupamaro leía las noticias de la mañana, tomadas de la radio y la televisión. Era el momento de rendir informes y distribuir órdenes. De regreso a las celdas se entregaban al trabajo colectivo. Más tarde tenían charlas de formación ideológica. En las tardes volvían a practicar gimnasia. Cada quince días distribuían un periódico llamado “Tus muritos caerán”. Tenían que defender su territorio. La prisión reventaba de gente y hacía crisis la propiedad del espacio que se habían repartido los primeros que llegaron a Canto Grande. A Sendero Luminoso le habían entregado un pabellón. No tenía problemas. Aunque dueño de un piso, el MRTA debía convivir con dos pisos de comunes y otro de presos políticos “independientes””. Polay advirtió que no debían aislarse en la prisión. No había sitio para ángeles salvadores en la cárcel. Tenían la cabeza puesta en la calle y corrían demasiado peligro para estar distraídos.

Morote no se movía de su celda. Recibía visitas a puerta cerrada. Era un ser casi invisible que dedicaba un solemne movimiento de cabeza a Polay si sus miradas se encontraban. El resto del antiguo venusterio seguía desocupado. Una noche la Guardia no pudo cerrar desde fuera la celda del jefe del MRTA. De inmediato Polay denunció un complot para asesinarlo. Los soldados se

asustaron. Se había perdido la llave. Por suerte Polay podía trancar su puerta desde adentro. Nunca más volvieron a encerrarlo de noche.

No podía durar la soledad. El venusterio estaba separado del resto de los pabellones. Era territorio aparte. Además lo habían convertido en zona de máxima seguridad. Sobraba espacio mientras los presos más pobres dormían en los pasadizos y empezaban a invadir la tierra de nadie. Tarde o temprano tenían que llegar otros presos. Una noche Polay oyó que al fin aparecían inquilinos en el segundo piso. En la mañana, los recién llegados subieron a presentar saludos. Eran dos generales a los que habían echado de sus cuerpos policiales antes de entregarlos a la justicia. Uno había servido en la antigua Guardia Civil y había llegado a ser jefe de la división que investigaba los secuestros. Su foja revelaba que había resuelto los casos más difíciles. Lamentablemente se había dedicado al negocio de los narcóticos. El otro procedía de la Policía Técnica y estaba envuelto en uno de los casos más grandes de tráfico de cocaína en la historia del país. Se sentaron ceremoniosamente a cambiar impresiones en la celda de Polay. Al general de los secuestros lo querían matar los reclusos del 3A, a muchos de los cuales había perseguido y capturado. Al otro lo amenazaba la mafia latinoamericana. Estaban seguros en el venusterio aunque encontraban una atmósfera más bien sofocante. De un piso a otro debían atravesar rejas, pedir permisos. Era preciso organizarse. Necesitaban un “carretaje”, cocina, presos servidores. Polay ofreció apoyar todas las demandas. Una semana después volvieron los generales. Los había impresionado la austeridad de la celda. Lo invitaron a comer en el segundo piso. La pasarían bien. Ya nada les faltaba.

-No creo que sea posible -mostró exagerada pesadumbre el jefe del MRTA-. No puedo pasar de esa reja...
-Una tontería -dijo el general de la Policía Técnica-. Los pisos están aislados unos de otros y por la otra escalera se puede llegar casi hasta el patio, lo cual sí es peligroso.
-Muy peligroso -se preocupó el general de los secuestros-. Nunca se sabe... '
-Hay que hablar con el comandante... -dijo Polay.
-Prometo hacerlo -dijo el general de la Policía Técnica. Postergaron la invitación.

Esa noche siguieron llegando inquilinos. Dos mayores y dos capitanes expulsados de la Republicana se acomodaban en el segundo piso. Polay averiguó que estaban comprometidos en una fuga de narco-traficantes. Al otro día subieron a saludar a Polay. De jefe a jefe se trataban con escrupulosa cortesía, con modales casi pasados de moda.

Transcurrió otra semana y llegó un soldado a transmitir una nueva invitación de los generales. Esa noche, a las diez. Cocteles desde las ocho y media. No cerrarían la reja de la escalera a las siete, como era costumbre. Estaría abierta toda la noche. No se movió de su celda hasta que, casi a las diez, se presentó un sargento para escoltarlo.

El general de la Policía Técnica se había desplomado desde el colmo del poder hasta la prisión de Canto Grande. No se lamentaba. El tiempo corría a su favor. Prefería el silencio antes que clamar inocencia.

El proceso judicial en el que estaba involucrado se había convertido en un embrollo monumental, con centenares de inculpados y testigos. El expediente medía seis metros de alto. Pasado el furor de la denuncia, nadie quería acusarlo de nada. Pronto cumpliría cinco años de cárcel y aún estaba lejos de ser sentenciado. Había sido Jefe de la poderosa Policía Tributaria. Desde esa posición había controlado aduanas, aeropuertos, terminales marítimos, fronteras. Sus agentes habían revisado regularmente libros y balances de bancos y empresas. En toda su existencia como policía jamás había torturado a nadie. Prefería vivir como acreedor que como deudor. Le gustaban los licores finos, las mujeres tropicales, las alfombras persas, las esmeraldas colombianas. No mostraba interés por jefaturar la Policía Técnica. Sus directores estaban expuestos a la censura pública. Sin correr ese riesgo, había mandado en ella. Mientras había sido jefe de la Policía Tributaria, decidía los ascensos y aconsejaba destinos. Aseguraban que no era posible medir el tamaño de su fortuna. Se refería a si mismo como un hombre pobre y ahorrativo. Sus ojos se achinaban detrás de los pesados cristales que aliviaban una feroz miopía. Su aspecto era el de un contador público capaz de fraguar balances. En el segundo piso se había adueñado de dos celdas. Una le servía de dormitorio, otra de recibo. En la planta baja había colocado a sus servidores y la cocina. En su recibo carcelario, el general de la Policía Técnica tenía instalada una enorme refrigeradora de dos puertas. Una falsificación de Shiraz se extendía en el suelo de cemento. Una poltrona reclinable y una mecedora convivían con una mesa cubierta de hule y cuatro sillas. En un estante se alineaban diccionarios y libros de leyes. El general había colgado de la pared sus diplomas de bachiller, abogado y contador, de caballero de la Orden del Servicio Civil de la República, de otras condecoraciones militares y policiales y de los cursos y congresos a los que había asistido en el extranjero. Ya nada tenía valor, al menos por el momento, pero esa pared tapada de títulos, sellos dorados y suntuosas rúbricas explicaba la importancia del recluso y la respetuosa actitud de sus carceleros. Había sido tan poderoso el general de la Policía Técnica, que pobres rasos y sargentos, imberbes alfereces y hasta el comandante del presidio sospechaban que era capaz de recuperar su importancia y fulminar a quienes lo hubiesen maltratado. Distribuía, además, gruesas propinas por un preso que había servido en un hotel limeño de cinco estrellas. Sobre el hule a cuadros esperaba una bandeja con varias botellas, vasos y hasta un cubo con hielo y pinzas. El jefe del MRTA procuró no mostrarse sorprendido. El general de la Policía Técnica insinuó que la reunión se convocaba en su honor, un acto de camaradería para estrechar lazos entre los recluidos en el segundo y tercer piso.

Hubiesen podido estar en cualquier parte del mundo menos en el pabellón de máxima seguridad de Canto Grande. Polay aceptó una silla y una copa de vino blanco convenientemente frío. Como si hablara de una casa recién estrenada, el general de la Policía Técnica disculpó transitorias incomodidades. Aparecieron los mayores y capitanes que estaban en las celdas vecinas y un preso con chaqueta blanca de mayordomo consiguió más sillas. La mirada de

Polay recorrió los diplomas. Universidad de San Marcos. Escuela Superior de Administración de Negocios. La Orden del Cóndor de Bolivia. La trajinada Orden del Sol del Perú. Congresos mundiales de la Interpol. Cursos avanzados sobre control de aduanas y narcotráfico. Hasta los boy scouts habían estado agradecidos al general de la Policía Técnica. Esa celda era un retrato del Perú. Las antiguas autoridades repantigadas, servidas por unos pobres hombres con disfraz de mayordomos. Una cena que parecía traída de un hotel mientras los pobres pelícanos sobrevivían gracias a un avinagrado sancocho de arroz, sebo y unas cuantas verduras. Descubrió que el general de la Policía Técnica vigilaba sus reacciones y puso interés en la conversación.

Al general de los secuestros lo preocupaba la seguridad del antiguo venusterio. Todo había sido diseñado para que nadie pudiese salir, pero resultaba fácil entrar. Seguramente nadie olvidaba espantosos ajustes de cuentas ocurridos en otras prisiones. En el Sexto los limeños habían quemado vivos a sesenta chalacos. Lurigancho registraba hasta dos y tres asesinatos diarios, arrojaban los cadáveres a pozos llenos de basura a que se los comieran las ratas. ¿Podría resistir un asalto el venusterio? Los guardias estaban desarmados. Andaban por la cárcel con su manojo de llaves colgando del cinturón. Algunos se dejaban llevar a la tierra de nadie para fumar pasta de cocaína. ¿Cómo confiar en ellos? El general de la Policía Técnica dijo que estaba bien que aislaran el pabellón, pero que no tenía sentido clausurar los pisos. Así nunca podrían auxiliarse unos a otros. La mayor parte del día, en el segundo piso estaban solos ambos generales. Un peligro. Se dirigió al jefe del MRTA. Vamos a protestar, dijo, y usted, señor Polay, debe colaborar con nosotros. Lo único que interesaba a Polay era ampliar su territorio o nunca conseguiría escapar. Por supuesto, contestó, estamos todos en lo mismo. Pese a la pasada figuración de los generales, Polay sabia que él era mucho más importante para la comandancia del presidio. No estaban aislados tos pisos para encerrar mejor a los generales sino para evitar que él se escapara.

Después de comer Polay escuchó la conversación sobre el comandante del presidio. Lo trataban despectivamente. Decían que en su juventud no pudo ingresar a la Escuela Militar y que por eso vestía el uniforme inferior de la Republicana. Su sueño había sido el arma de la caballería. Debía haber prosperado mientras servía en la suculenta frontera con el Ecuador en tiempos del gran contrabando de cigarrillos y whisky. Practicaba la equitación y se le creía dueño de buenos caballos. Se había fugado con una loretana, prima segunda de su primera mujer, a la que había hecho cuatro hijos. La selvática era veinte años más joven y lo llevaba loco. El general de la Policía Técnica se llevó los índices a la frente, imitando una cornamenta, y se escuchó una carcajada. Polay sonreía de esa típica sobremesa limeña. El general de los secuestros dijo que no valía la pena hablar con el comandante del presidio. Estaba próximo a cambiar de destino. Lo recomendaban para una jefatura en Iquitos, donde hasta los sargentos se volvían ricos con el tráfico de cocaína. Se acercaban los ascensos y la loretana lo quería con galones de coronel. Lo único que deseaba el comandante del presidio era largarse con una buena hoja de servicios. Se saldría con la suya. Y la cárcel tendría nuevo jefe antes de sesenta días. Entonces sería momento de imponer cambios.

El jefe del MRTA se había mantenido ausente de la conversación.
-Usted me va a disculpar, señor Polay, no es mi intención contrariar sus ideas o estimular una discusión en un momento tan agradable -el experto en secuestros elegía las palabras-, pero yo no siento al país en ambiente de revolución...
-Sí, pues, estamos en pleno humor democrático y electoral -estuvo de acuerdo el general de la Policía Técnica-, y en una época que rescata los valores del mercado y de la economía libre. Ya nadie habla de revoluciones.
-...Pareciera que ustedes van contra la corriente -dijo el general de los secuestros.
-Depende de donde se coloca usted para sentir el país, general -sonrió Polay. No quería llenarse de enemigos en su propio pabellón-, Estamos en una cárcel y sin embargo hemos disfrutado de una buena comida... ¿cuántos somos?
Los generales y los mayores se miraron.
-Seis -dijo el general de la Policía Técnica.
-¿Y nosotros seis podríamos hablar por toda la prisión o habría que preguntarle al resto de los mil quinientos reclusos, incluidos los que duermen en los corredores abrigándose con periódicos?...

Quedaron callados.
-...Hay que fijarse entonces dónde se pone uno para sentir al Perú, si arriba o abajo, con el uno por ciento o con el resto...
-Bueno, bueno... -el general de la Policía Técnica quiso servirle más vino.
-...gracias, general, estoy bien -los miró por turnos. Tres, cuatro años atrás, esos hombres también lo perseguían-. Dicen que nosotros empezamos la violencia. Y al pueblo lo vienen esclavizando y matando desde el comienzo de nuestra historia...
-Es la ley -dijo el general de los secuestros.
-La ley del sistema. Y el sistema genera una violencia superior a la de la propia subversión...
-No exagere, señor Polay -intervino uno de los mayores.
-...¿no lo cree usted? Cincuenta mil niños mueren cada año de hambre o a consecuencia de la desnutrición. ¿A quién pertenecen esos niños? ¿a la burguesía, a los ricos del Perú? ¿al pueblo?...
-Al pueblo -se apagó el general de los secuestros.
-...entonces tenemos un cuarto de millón de bajas populares en los últimos cinco años. ¿De qué murieron? De hambre. ¿Quién es el responsable? El sistema. ¿Cuántos han muerto en ese mismo tiempo a consecuencia de la subversión? Quince mil...

El jefe del MRTA aceptó un cigarrillo.
-...en cuanto al ambiente de revolución, les pido que recuerden a diversos autores que han escrito sobre la revolución rusa o la francesa. El mundo iba a estallar y ni los zares ni los aristócratas se daban cuenta. Estaban preocupados por otras cosas, la comida, la vestimenta, la moda, sus problemas familiares, las intrigas palaciegas. Los poderosos no perciben que debajo suyo se acumula una energía verdaderamente volcánica.
-Después, la guillotina -sonrió el general de la Policía Técnica levantando su copa de vino-. Salud a todos. Los generales no insistieron en el tema.

Aunque se había echado a dormir a las tres de la mañana, el jefe del MRTA despertó tan pronto rompió el día, sintiéndose observado. Lo atribuyó a la imaginación. Después de bañarse confirmó que había un nuevo inquilino en el tercer piso. Un hombrecito vestido con un overol azul mecánico, silbaba mientras barría el pasadizo.
-Hola... ¿eres Polay? -mostró una sonrisa toda llena de caries.

El jefe del MRTA parpadeó.
-Si, yo soy...
-Me llaman Mono, para servirte... -le extendió una diestra sudada. Siguió informando sin dejar de sonreír-: Me han asignado al pabellón para cuidar la limpieza...
-ajá.
-...no puedo salir al patio, ¿sabes? -se pasó un índice por la garganta-. Así es la vida. Sigue nomás, no quiero interrumpir...
Sólo eso faltaba: un soplón instalado en la puerta misma de su celda. Ya no podría hablar libremente con Mateo. Debía impedir que llenasen el piso de confidentes. Pensó en el general de los secuestros, arrinconado en el segundo piso. Se había quejado de no tener espacio para recibir visitas. Tenía tanto miedo de un ataque de sicarios, que se sentiría más tranquilo mudándose al piso más alto. Le envió un mensaje con el republicano que escoltaba a Mateo a la hora del desayuno.

-¿Soplón? -se tensó Mateo a solas con Polay.
-Ten cuidado -podían escucharlo contener la respiración en el pasadizo.
-El túnel empieza a correr -sonrió Mateo.

Polay se alegró. Al rato lo sorprendió el soplón.
-¿Buenas noticias? -irrumpió el Mono- ...Los abogados a veces obran milagros.

Se entretenía descubriéndole los estados de ánimo.
-Malas noticias, ¿no?... La familia, seguramente.

El jefe del MRTA supo que le descifraba el rostro. Necesitaba protegerse. No fue preciso convencer al general de los secuestros. Miró la deshabitada amplitud del tercer piso, la silenciosa puerta de Moróte. Se trataba del sitio más tranquilo de toda la prisión. De inmediato solicitó su traslado. Cuando se mudó el general, Polay supo que estaba cerca de ganar la reja de las escaleras. El general bajaba temprano a desayunar y subía tarde, después de la comida y la tertulia. Y cada vez que subía o bajaba, los guardias tenían que abrir, cerrar, cerrar, abrir. Al cabo de unos días, optaron por dejar la reja sin llave de siete de mañana a siete de la noche.

El soplón repartía su tiempo en los tres pisos del venusterio. Bastaba sin embargo que Polay saliese al pasadizo a estirar las piernas para que se corporizara con su perpetua y repugnante sonrisa y ; datos últimos, sus noticias frescas. Al mayor encargado del retén había pegado su mujer. Mañana, requisa. Los empleados del Poder Judicial irían a la huelga. De todo se enteraba. Si faltaba agua, el soplón conseguía un balde lleno. Llevaba mensajes a los ocupantes de otros pisos. Cuando Polay hablaba, el soplón se

convertía en ayayero. Formidable, decía. Admirable. Único. Qué claridad. El jefe del MRTA aguantaba la risa. A ver, Mono, cuéntame quién eres -ordenó una tarde en que estaban reunidos con el general de los secuestros. El otro sacudió la cabeza. Nadie. No era una persona. Era nada. Un perro va más. Venía de ninguna parte. No tenía padre, madre, familia. Ni siquiera sabía su lugar de nacimiento. Sus nombres y apellidos no eran verdaderos. Lo primero que recordaba en su vida era haber sido alquilado a los mendigos. Lo tenían flaquito para dar lástima y además porque era más fácil de cargar durante doce horas seguidas. Su trabajo consistía estarse inmóvil y dar pena. Desde entonces el Mono tenía ojos de ver y comprender.

-¿Ojos de comprender? -se interesó Polay.
-Tú sabes... a veces uno mira y sabe lo que pasa por dentro de las personas. A lo mejor están pensando distinto de lo que hablan. No puedes averiguarlo si no tienes ojos de conocer, ¿no?...
-¿Y puedes conocer lo que yo pienso?
-Desde entonces tengo la cara triste -eludió responder- ...¿no me crees? Por eso la paso sonriendo. No me gusta estar triste. Le doy contra a mi propia cara. Durante años tuve que dar lástima. Y se me quedó la expresión, pues, para toda la vida...

El soplón estaba sentenciado a varias muertes. Conocía bien su final a cuchillo, sofocado por su propia sangre. Nada podía cambiar un destino que ya había sido escrito. A la sombra de los más célebres poderosos inquilinos de la prisión, protegido por la guardia a la que mantenía informada, confiaba en seguir viviendo. Delante suyo, todos simulaban no darse cuenta de que era un soplón. Seguía dando lástima. Limpiaba, hacía mandados, se acuclillaba a la entrada de las celdas para escuchar conversaciones o aceptar un plato con sobras cuando ya los demás habían terminado de comer. Dormía en los pasadizos, una noche en el tercero, otra en el segundo piso, apenas abrigado por periódicos viejos. Era dueño de otro pantalón y otra camisa y de sólo ese par de sandalias incompletas, una roja y otra azul, cuyos colores delataban que habían sido impares antes de encontrar a su último dueño.

Fue el soplón quien reveló que los republicanos de la noche abandonaban el primer piso para irse a fumar pasta de cocaína en uno de los patios. Por eso cerraban las rejas de la escalera a partir de las siete de la noche. Entre uno y otro cambio de guardia, nadie vigilaba el primer piso.

-Aquí es fácil morir -se lamentaba el soplón, arruinando la paz de los generales-. Esa reja es peligrosa. Pueden vender la llave a un común. Tiene precio...
-Hay que hacer algo -al general de la Policía Técnica se le achataban los ojos.
-...un peligro de muerte permanente -gemía el soplón-. Yo he visto gente descuartizada por una venganza...
El general de los secuestros se estremeció.
A las seis y media de la tarde Polay hizo que los generales llamaran a los republicanos del primer piso.
-Comprendemos sus necesidades, pero vamos a tener que reportarlos a la comandancia por abandono de puesto -anunció el jefe del MRTA-. Estamos

recluidos en este pabellón de máxima seguridad también como una forma de proteger nuestras vidas. Y ustedes desaparecen tan pronto llega la noche. Cierran abajo y se van con la llave. ¿Que pasa si la pierden? ¿si se la quitan?
-Una tragedia -dijo el general de los secuestros.
-Nos matan a todos. Un escándalo.
-Se pueden ir si quieren, pero tienen que dejar las llaves -dijo el general de la Policía Técnica.

Los republicanos rezongaron. No era posible. Estaba prohibido.
-Con todo respeto, mi general, pero ustedes son presos y nosotros somos guardias -dijo un sargento-. No podemos entregar la llave de las rejas...
-No, no, no... -Polay rió-. ¿Cómo se le ocurre, sargento, que vamos a pedir la llave para nosotros?
... Los guardias estaban desconcertados.
-...Lo que queremos es que si salen, le dejen la llave al Mono que es de toda su confianza...
-En cierta forma es uno de ustedes...
-Es una buena solución, sargento -opinaron los exjefes de la Republicana-. En caso contrario, están abandonando su puesto.
-Está bien, mi mayor. Usted comprenda, es un problema de formas.
-Oiga, sargento, de aquí nadie va a estarse fugando a mitad de la noche. Haga usted lo que le dicen y se acabó la discusión -se impacientó el general de la Policía Técnica.

A partir de esa reunión, el soplón bajaba al primer piso antes de las siete de la noche a reclamar las llaves. Se convertía en dueño del pabellón hasta la mañana siguiente. De soplón a representante del gobierno y apoderado de los republicanos, había trepado de un salto varias categorías. No ignoraba, a la vez, que también dependía de los poderosos ocupantes del venusterio. Pero ya no se quedaba en la puerta de las celdas a la hora de comer, ni aceptaba sobras, aunque tuviese que seguir durmiendo en cualquier parte. Además dejó de pedir dinero prestado. Le daban espontáneas propinas casi todos los días.

La población del venusterio siguió creciendo. Otro general, esta vez de la Fuerza Aérea, llegó al segundo piso. En una época había sido una suerte de héroe nacional. El narcotráfico lo perdió. Resultó ser un personaje aún más solitario que Moróte. Unos días más tarde se instaló en el primer piso el recluso más famoso de Canto Grande, a quien todo el país conocía como el Padrino. Lo acusaban de haber corrompido a la mayor parte de los mandos policiales y de conducir un monumental tráfico de cocaína hacia México y Estados Unidos. Con el Padrino habían caído más de cien jefes y oficiales de los cuerpos policiales, que estaban en el llamado CENIN, una reclusión para expolicías que obtuvo hospedaje en el pabellón cinco de Canto Grande. Sólo la cocina de los generales se salvó con la llegada del Padrino. Al caer preso se había dedicado al estudio de las leyes para ejercer su propia defensa. Aprendió la abogacía desde el punto de vista de quien se sienta en el banquillo de los acusados. Era un auténtico maestro en derecho procesal. Le dieron permiso para instalar un"estudio jurídico" junto a su nueva celda del venusterio, a fin de ayudar a los reclusos que no tenían defensor. En los pisos de arriba, los generales enfurecieron. ¿Qué clase de seguridad tendrían ahora, con la planta baja

pululada por presos de todos los pabellones? El Padrino no se inmutó. En un gesto de amistad, hizo instalar un grupo electrógeno suficientemente poderoso para iluminar todo el venusterio. Los generales no se aplacaron. Querían que el estudio jurídico se fuese a otra parte.

El general de la Policía Técnica se la tomó contra el soplón. De haberlo sabido, habrían podido negociar con el Padrino. ¿Cómo era posible que no se hubiese enterado? ¿o no trabaja también para ellos? Lo echaban de ahí carajo para que le diesen su merecido en cualquiera de los patios. Polay tuvo que intervenir. No era culpa del Mono. Debían protestar ante el comandante del presidio. Acaso había llegado el momento de probar sus fuerzas y dar un pequeño golpe de estado.

-¿Un golpe?
-Si, un golpe -se dirigió al soplón-. No devuelvas la llave.
-Si no devuelvo, me castigan -se asustó el otro-. Me botan al patio...
-No te castigan nada. Estaremos contigo, acompañándote. Es una decisión en la que todos intervenimos.

Tomaron por sorpresa a los republicanos.
-El Mono se queda con la llave -anunció el general de la Policía Técnica.
-Así es. Ya ustedes no la van a tener. Mejor se queda con nosotros -terció Polay.
-Es por nuestra seguridad -dijo el general de los secuestros.
-Tienen que devolver -los republicanos estaban furiosos. Se fueron a quejar.

Regresaron con un capitán.
-Qué pasa aquí que no quieren devolver la llave... -tronó el oficial- ...a ver, ¿qué ocurre?
-Nada de eso -raposeó el general de la Policía Técnica-, la llave está a su disposición, capitán. Si quiere, se la entregamos ahora mismo, pero antes hay un problema de seguridad que debemos discutir. Si usted quiere asumir la responsabilidad, claro, no importa...
Nadie asumía responsabilidades en esa cárcel.
-No, no. Un momento. Explíquese usted, mi general...

El control de las rejas durante la noche ya estaba resuelto. Ahora. durante el día, la planta baja se llenaba de presos que pedían ayuda jurídica al Padrino. Por ahí se movían los republicanos con su llavero colgando del cinturón y desarmados.
-Se pierde la llave, se las quitan y ocurre una tragedia. Usted bien sabe que hay intereses... tenemos además al señor Polay, al señor Moróte en el cuarto piso,a quienes se supone protegidos, lo mismo que los señores oficiales que han pertenecido a la Guardia Republicana y cuyas vidas pueden correr peligro.
-Estamos de acuerdo con que se quede la llave -hablaron los que habían sido de la Republicana.
-Si durante la noche la tiene el Mono, también puede guardarla durante el día -insistió Polay.

El capitán se rindió. La llave quedaba en poder del soplón.

La derrota

A comienzos del verano austral de 1989, mientras corría con los topos en las playas al sur de Lima, Azucena había regresado muchas veces por la memoria hasta su infancia y al padre que le enseñaba a leer y escribir, a sumar y restar, diciendo verás hijita que en la vida hay que aprender a defender nuestra pobreza, al menos con libertad valía la pena la existencia. Humilde maestro de escuela rural su padre, auxiliar de enseñanza su madre y además dueña de un bazar ambulante con lápices y caramelos, envejecían vertiginosamente así, arrumados entre otros recuerdos, ni vivos o muertos sino detenidos en la distancia de los años. Su padre debió haber sido un hombre capaz de rebeldías, seguramente lleno de ambiciones, pero Azucena sólo había conocido al resignado y triste, el que no iba a llegar a ninguna parte. Recordaba su olor rústico. el pelo macizo ya no sabía si gris o polvoriento, su abrazo de ternura, su voz y su sosiego y lo sabía malherido, denigrado, sentenciado a muerte por la vida. ¿Aparte de ella, quién iba a acordarse de su nombre y su sonrisa? Uno entre millones y millones de infelices que pasaban vagamente de perfil, prematuros terrosos cadáveres sin edad ni verdadera residencia, disolución de la humanidad presente, felicidad sólo por un rato. Azucena trotaba, esforzándose por tomar la delantera, sintiendo que un cañón de sangre retumbaba en su cabeza y que la vida, única y robusta, la ocupaba a plenitud. Ahora, guerrillera. Su existencia política había empezado con cierta timidez en tiempos del general Velasco. La reforma educativa incitaba a los estudiantes a participar en las decisiones que comprometían el futuro del Perú. Azucena creyó en la posible unidad del pueblo y la Fuerza Armada, marchó por las calles para Jurar lealtad a la bandera junto a la guarnición de Lima. ¿Y para qué? El general no estaba cuando los jóvenes salieron a buscarlo. Todo deshecho, negado, todo marcha atrás, tiempo perdido. Todo mentira el Perú.

Helado y celeste en enero, el océano amorataba a los tupamaros al comienzo del baño. Azucena no entendía el furioso placer de los topos sueltos bajo el firmamento. Chapoteaban, se hundían en la espuma, salían con un brinco sólo para correr nuevamente en la playa o subir, bajar acantilados. Parecía imposible gobernar sus movimientos. A los treinticinco años de edad, Azucena se sentía un poco madre de esos muchachos de veinte o menos, a quienes iba a tener bajo su cuidado sólo Dios sabía durante cuánto tiempo. Sin poder explicarse la ternura que sentía. Azucena disfrutaba de la explosiva actividad de los topos. Desde que el partido la llamó una misión estratégica y dejó su trabajo de enfermera. Azucena los esperaba frente a su casa a las seis de la mañana. Pasaban a recogerla en una camioneta grande. Durante el viaje, los topos mantenían rigurosa compostura. A menos que Martín participara en la excursión, nadie hablaba hasta llegar a las playas. Volvían al atardecer, hambrientos, con la piel al rojo vivo. A fines de enero, Martín la presentó a Marcial.

-¿Mi esposo? -sonrió Azucena.

-El mismo...

-Mucho gusto -Marcial devolvió la sonrisa.

-...Van a simular que están casados desde hace cinco años -explicó Martín. Los observó juntos. Se les veía bien. Marcial era tres años menor que Azucena

pero aparentaba lo contrario. Ella tenía el pelo negro y grandes ojos marrones y Marcial la tez blanca y el ácido buen humor propio de los cajamarquinos.
-¿Y nos llevamos bien? -a su vez sonrió Marcial
.-Yo creo que son felices -replicó Martín.
Nada de machismos -advirtió la guerrillera.
-Marcial se dedica al negocio de las mudanzas y los transportes. Trabaja mucho. Y tú, Azucena, eres una esposa fiel y servicial. Lo esperas con el almuerzo listo. Son personas sensatas y contentas. Deben caer simpáticos, aunque sin dar excesiva confianza a los vecinos..
. -¿Cómo es la gente? -se interesó Azucena.
-Casi pared de por medio vive un señor Ayala. Es el rico del barrio. Deben ser prudentes porque Ayala hace negocio con los republicanos. Le han dado una concesión indebida para sacar arena de la zona de seguridad. Sus camiones tienen permiso para pasar de madrugada frente a la puerta de la prisión. Tiene sesenta años y vive con una mujer todavía más vieja que cuida de él. Un poco más lejos está la viuda de Chávez, una mujer chismosa que tiene un puesto en la paradita junto al penal y que conoce a todos los republicanos. Ella se entera de todo lo que ocurre adentro. El resto es gente confiable y sencilla
.-¿Cuándo establecemos la fachada? -se impacientó Azucena.
-Ya va a ser... todo está listo para recibirlos. Casi listo. Marcial necesitaba una licencia profesional de conducir. Habían decidido cambiar el Dodge de los años sesenta por un camión. Si el túnel iba a avanzar más rápido, tendrían que sacar de cuarenta a cincuenta bolsas diarias de tierra. Un mes atrás habían enseñado a Marcial a manejar automóvil. Cuando se presentó a pedir brevete, los trabajadores estatales se iban a la huelga indefinida. Nadie atendía nada. Un portero rompehuelgas sugirió que volviese al otro mes. Azucena y los topos seguían yendo a diario a las playas.
-Lleva para largo -desesperaba Marcial. El gobierno no quería dialogar, los huelguistas protestaban por las calles, la policía los rompía a garrotazos. El centro de la ciudad apestaba a sustancias químicas. Todos los días: gas lacrimógeno, llantas quemadas, emanaciones vomitivas-. Hay conflictos que no se resuelven nunca...
Los trabajadores del INPE no habían regresado a las prisiones. Su huelga continuaba apenas interrumpida por negociaciones que siempre fracasaban.
-¿No se puede conseguir por lo menos un permiso temporal? -se angustió Azucena.
Los burócratas no movían un papel. Tampoco expedían placas para que circulasen nuevos vehículos, ni nadie podía pagar multas. La huelga se extendía a puertos, aduanas, hospitales, las empresas de la luz y del agua potable. Hasta empezaba a rumorearse una huelga de policías.
-Seguiremos esperando -dijo Marcial a Azucena-. Hay que tener paciencia.
-¿Sabes qué pasó con la otra pareja? Sólo me han dicho que no servía...
-Desertaron -dijo Marcial.

El “gótico” y su mujer habían desaparecido diez días antes de la Navidad de 1988. Debían haberlo planeado bien, porque el MRTA no pudo rastrear sus huellas. Ninguno de ambos se presentó a los “puntos automáticos”, ni pidió contacto a la organización. En la base de Canto Grande, los topos se hundieron hambrientos en lo profundo del pozo. Ni siquiera podían abrir la puerta de calle sin que se arruinara la fachada y quedase al descubierto el plan

de fuga. El partido envió un automóvil a rescatarlos. Clausuraron puertas y ventanas. Abandonaban el túnel hasta nueva orden. Pero no acabó el año sin que un tupamaro reconociera al “Gótico” en una calle de Lima. Lo siguió hasta una vivienda. Ya acorralado, el”Gótico” aceptó encontrarse con los guerrilleros en una fonda del barrio.

Llegó tarde a la cita, con miedo.
Los bigotes de mongol de Martín se enredaban con las hilachas de humo del áspero cigarrillo “Inca” que sostenía entre sus labios agrietados. Nadie más esperaba al “Gótico”.
-¿Qué pasó? ¿por qué abandonaste?
-Tú sabes muy bien lo que ha pasado. No voy a quedarme para que un loco o un imbécil me mate...
-Tienes un compromiso con nosotros, no te puedes ir sin avisar, dejando botada a la gente...
-Martín se desprendió del cigarrillo, quiso ser razonable
- ...Somos una organización político-militar, conoces bien lo que significa.
-Mira, no me vengas con amenazas-se tensó el “Gótico”.
-Nadie amenaza, pero tienes que cumplir.
-He tomado mis previsiones. Si me llega a pasar algo, hay gente que se va a mover. Peor para ustedes.

Martín respiró profundamente. Se controlaba.
-¿Has pensado en la importancia que este trabajo tiene para nosotros?
La voz del “Gótico” subió de tono. Quería parecer resentido.
-Entonces debieron pensar muy bien cuál era el trato que me iban a dar. Yo no soy su sirviente. Han querido quitarme a la mujer...
-¡Eso no es cierto, no te lo permito!
-...¡La miran todo el tiempo! ¿Y para qué la miran?
-¿Y qué quieres? ¿que la gente ande agachada, mirando el suelo?
-¡Yo no sé! ¡no embrolles las cosas!
-Justamente te estoy aclarando.
-¿Es cierto o no que han tomado decisiones a mis espaldas? No cuento para nada. Encima amenazan con enterrarme en el túnel.
-Pero escucha...
-...¿Qué se han creído? Hasta aquí llegué. Ni un día más...
-...tú ofreciste...

El “Gótico” sacudió la cabeza, categórico.
-...No voy, no regreso. Entiéndeme bien. No pueden forzarme. Se acabó. Terminado. No hay discusión.
-El trabajo no se puede detener...
-Se ha detenido muchas veces-raposeó el “Gótico”-. Dicen que es una misión estratégica y ya tú ves, casi ocho meses han pasado y ahora están agrandando el túnel. Lo que han hecho no sirve para nada.
-No es cierto.
-Tienen que empezar de nuevo, ¿sí o no? Mejor me dejan tranquilo y cada quien sigue su camino. Yo me ofrecí para “frentear” dos o tres meses. Un año se cumple desde que compramos la casa. Yo creo que es suficiente. Si quieren hablo con otra pareja para que sirva de fachada...

-Está bien -se rindió Martín-, busquemos reemplazo, pero no se vayan de esta manera. Alguien tiene que presentar a los nuevos propietarios. Piensa en Ayala, en los vecinos.
-¿Acaso a mí tuvieron que presentarme? ¿Qué les pasa... no pueden ir solos?
Martín apretó los dientes. Prendió otro cigarro y se llenó de humo. -No seas jodido. Es lo último que te pido.-De acuerdo -el "Gótico" se sosegaba-. Busco otra pareja, ustedes también. La llevo a Canto Grande y hablo con el señor Alaya. Explico que hemos vendido y se acabó. Quedamos en paz.
-En paz.

El "Gótico" le ofreció la diestra.
-¿Amigos siempre?
-Amigos.

Martín no volvió a verlo aunque supo que el partido le había conseguido empleo a fin de tenerlo vigilado.

Daba pena el pozo a oscuras, los cuartos vacíos, el túnel abandonado. Era tan fácil quedarse a mitad de camino en el Perú. Nadie llegaba nunca a ninguna parte. Cada semana Rafael se escurría hasta el interior de la base sólo para sentir ganas de llorar. El pozo se llenaba de telarañas. Al final del túnel, Rafael golpeaba con los puños la pared de cascajo como si fuese posible rajarla, sintiéndola apenas como un obstáculo detrás del cual continuase la ruta subterránea. Para el jefe de los topos, el túnel tenía su propia vida, le hablaba en voz baja. Rafael se cuidaba de revelar que a veces el túnel contestaba. No podía explicarlo, pero respondía. Sólo los topos eran capaces de percibir el murmullo que salía de la tierra.

Lejos de Canto Grande, Rafael volvía a encontrarse con el Técnico. Esta vez sería diferente, ofrecía Rafael, el túnel tenía que estar bien hecho, partir y llegar a su destino. Cualquier dificultad determinaba la suspensión de los trabajos. No podían seguirse equivocando. El Técnico asentía. Había perfeccionado sus mediciones y con ayuda de una profesora, en la Universidad Nacional de Ingeniería, levantó planos del túnel como si se tratara de un socavón minero. Ya existía un dibujo del sistema de ventilación y, a pedido de los topos, en una fundición alistaban herramientas cortas, como las"patas de cabra" que usaban los ladrones, en punta un extremo y en forma de pala el otro, de modo que a la vez sirvieran para picar y cavar.

Mientras llegaba el momento de regresar al túnel. Marcial buscaba el camión que estaría al servicio de la base. Un viejo silencioso lo acompañaba en sus largos viajes por la ciudad. Ni siquiera tenía nombre. Le decían el Artista y sólo se interesaba por el ruido de los motores. Marcial le quiso conversar. Inútil. No prestaba atención. Tenía una idea bastante clara del camión que quería: pobre y viejo, fuera de moda, ruidoso y chancado a fin de no desafinar con la miserable periferia de Lima. Y, al mismo tiempo, de buen acero, capaz de recobrar una invisible juventud. Marcial se sorprendió del precio que conservaban los vehículos viejos. Todo cuanto rodara mantenía su valor. Todo tenía compostura o volvía a fabricarse. Eximios artífices pulían cilindros, adaptaban pistones, cambiaban números de serie, implantaban piezas ajenas.

Por las calles aceleraban ejemplares únicos, que el tiempo y la falta de repuestos no conseguían detener. Todas las marcas, todos los modelos circulaban humosamente por Lima, compitiendo en fantástico desorden por el próximo semáforo. Nada parecía satisfacer al Artista. Al fin se detuvo frente a un vetusto y sombrío volquete, un Fargo de 1951 al que golpeó en los guardafangos. Destapó el motor antes de encenderlo. Durante diez minutos lo escuchó funcionar, como si le tomase el pulso o le oyera la respiración. A Marcial le pareció un vejestorio. El Artista anunció que lo compraban. Costó cuatro mil dólares.

Entonces se inflamaron las pantallas de la televisión, acezantes locutores anunciaban a su modo la primicia: había sido capturado Víctor Polay, el jefe del MRTA. Azucena y los topos se hundieron en el desaliento. Cada mañana, los titulares de los diarios golpeaban dolorosamente a los tupamaros. Polay preso. Polay en la Prefectura. Polay se entregó al ejército. Polay a los tribunales. Mañana lo envían a Canto Grande. El comandante Rolando, una leyenda para los propios guerrilleros, aparecía retratado de frente y de perfil. Sólo cuando quisieron presentarlo a la prensa y frustró la función montada por la policía, los topos sintieron renacer su rebeldía.

Había terminado el verano cuando al fin Marcial pisó el acelerador del Fargo azul celeste rumbo al desvío de Canto Grande y a la casa abandonada por el"Gótico". En la noche llegó Azucena. Al otro día visitaron al señor Ayala. Azucena se presentó como tía de Giovanna. Los muchachos habían tenido un contratiempo y más tarde habían decidido cambiar de barrio. Ya conocía a Wilmer, un joven encantador pero más bien impulsivo. Ayala asintió. Impulsivo pero de buen corazón, había ayudado mucho a los vecinos más pobres. Azucena y Marcial sólo encontrarían amigos en el barrio. Era verdad. En los días siguientes llegaron de a uno, de a dos, a darles la bienvenida, a ofrecer ayuda, a preguntar por el "Gótico" y Giovanna. La nueva pareja de tupamaros no descansaba. Se había secado la cisterna. Marcial aprovechó para lavarla por dentro. Azucena sacaba brillo a las ventanas. Marcial se marchaba a las cuatro de la mañana y volvía a la hora de almuerzo. Todo ese tiempo quedaba la casa silenciosa, así que Azucena decidió organizar sus propios ruidos. De siete a nueve de la mañana, la radio. De diez a once y media, la televisión. Limpió el corral y lo llenó de gallinas, patos, cuyes. Hablaba con los animales en voz alta mientras les daba de comer. Apareció el Cholito, uno de esos perros peruanos sin pelo, que tiemblan de frío perpetuamente, y después Cusco, lanudo y negro, que mostraba sus pequeños colmillos a los transeúntes. Al atardecer, las telenovelas embargaban la atención de todo el barrio. Conforme se acercaban sus momentos culminantes, se reunían las vecinas para ver en grupo los últimos episodios. El mismo día en que entraron cuatro topos. Marcial consiguió un pequeño gato gris. Ayala sonreía de las ocurrencias de Azucena. Rezondraba a los cuyes, amonestaba a las gallinas si no ponían huevos, amenazaba comerse a los patos porque lo ensuciaban todo, mediaba entre los perros y el gatito, hablaba en el corral y también mientras barría la vereda. Su esposo trabaja mucho, decía Ayala, la deja mucho tiempo sola. Azucena sonreía con malicia. No crea usted que siento su ausencia, me basta con el rato que se queda en casa. Pronto los vecinos dejaron de preguntar por el "Gótico".

Más tarde azucena recordaría a Rafael pálido y desencajado cuando entró sorpresivamente a la base. En su primer encuentro, el jefe de los topos apenas si le dedicó una mirada ausente. Rafael traía malas noticias. El MRTA había sufrido un desastre militar en Molinos, cerca de Jauja, en la ruta que llevaba a la ciudad de Tarma, en el centro del país y a sólo unas horas de Lima. Esa misma noche llegó Martín. Se reunieron en la amplia habitación que servía de sala y comedor.

-Han muerto casi todos los compañeros que volvieron del Batallón América -explicó Martín. Los topos bajaron la mirada. En 1986, cuando el M19 perdió a sus mejores combatientes en Colombia, el MRTA había aportado tres compañías de guerrilleros para integrar un batallón internacional. Llevaban los nombres de tres peruanos: Juan Pablo Chang, muerto al lado del Che Guevara en Bolivia; Leoncio Prado, coronel de los patriotas que pelearon por la independencia de Cuba; y Diego Cristóbal Túpac Amaru, que combatió junto a Túpac Catari en Bolivia. Completaron el Batallón América insurrectos ecuatorianos de “Alfaro vive, carajo” y los indígenas del movimiento “Quintín Lame” colombiano. Unos cincuenta peruanos sobrevivieron a la campaña llamada “Paso de vencedores” que los llevó desde las montañas del Cauca hasta las cercanías de Cali, la segunda ciudad de Colombia. Habían regresado al Perú a tiempo de participar en la captura de Juanjuí. Muchos habían seguido después en la selva, extendiendo las operaciones guerrilleras. Otros pasaron a organizar un frente andino en la región central del Perú. Para la captura de Tarma, casi todos los veteranos de la selva se habían dirigido a la cordillera. El MRTA ponía en marcha una ofensiva nacional. Martín había pausado, poniendo en orden sus pensamientos-. Los compañeros han vuelto a capturar San José de Sisa en San Martín. Una victoria completa. También tomaron Contamana...

Los topos se reanimaban. Contamana era una población selvática de cierta importancia.

-...ahora mismo están atacando un cuartel en Lima...
-¿Y el compañero Miguel Córdoba?-exigió la voz de Rafael.-Muerto respondió Martín.

Rafael hundió la cabeza entre las manos. Nadie habló hasta que el jefe de los topos volvió a levantar la mirada.
-Fue mi jefe -explicó. Se apretaba la congoja en el rostro norteño de Rafael. Los topos se sorprendieron-. Llegó a capitán en la guerrilla colombiana. Estaba al mando de los “Héroes de Yarumales”. ¿Qué sucedió, cómo pudieron matarlo?

Las fosforescentes pupilas de los topos se clavaron en Martín.
-Córdoba había estado en la selva. Parece que los compañeros utilizaron rutas que no estaban exploradas para alcanzar el punto de reunión en la cordillera y llegaron en estado de agotamiento. Necesitaban descansar y aclimatarse. Alguna comunidad informó al gobierno la presencia de hombres armados.

Cuando han bajado a capturar camiones para dirigirse a Tarma, ya el ejército estaba llevando tropas por aire...
-¿Los emboscaron? -se apuró un topo.
-...Yo no diría que fue una emboscada. Se han encontrado en lo más negro de la noche, de un lado cincuenta compañeros y del otro trescientos o cuatrocientos soldados de los cuerpos especiales. El partido ya tiene algunos datos. Parece que estaba tan oscuro, que han combatido cuerpo a cuerpo. Unos y otros tenían que descubrirse al tacto...
-¿Tocándose?
-...Por el calzado. Si un compañero encontraba un borceguí de cuero, sabía que era soldado y disparaba. Los soldados sabían que eran los nuestros por las botas de caucho. Al amanecer la tropa estaba en retirada y los compañeros rompían el cerco. Sólo teníamos cinco heridos. Pero se terminaba la munición. Con la primera luz llegaron helicópteros...

Un sombrío silencio esperaba las palabras de Martín
.-...ahí empezó la cacería. Diez compañeros pudieron escapar. Al resto los mataron desde el aire o los tomaron prisioneros, heridos o sin balas. No quedó uno vivo. Es todo lo que sabemos... Las miradas de los topos ardían.
-...en uno de los camiones que habían capturado, el chofer viajaba con dos de sus hijos. Se trata de niños, once o doce años de edad. También los mataron...
Pareció que a Martín se le cortaba el aliento.
-...Hasta las comunidades cercanas están sufriendo la represión. Siguió un largo silencio.
-El compañero Córdoba soñaba con este túnel -dijo al fin Rafael-. Estuvimos juntos en Canto Grande...-Por poco tiempo -dijo Martín.
-...andaba organizando el frente en Junín, eso creo, y viajaba con documentos falsos. Pero le habían elegido un nombre que para mala suerte era idéntico al de un chiclayano pedido por la justicia por abandono de familia. Cayó por eso. La DIRCOTE se lo llevó... -ahora sonrió Rafael- ...olía a guerrilla, a MRTA. Lo colgaron, le dieron el baño y él, nada. Por algo le decíamos “El Gallo”. Acabó en Canto Grande, sin que dieran con su verdadero nombre. Ahí fue nuestro jefe. Hicimos juntos el primer túnel que salía de la cárcel. Tenía que irse en libertad. Lo llevaron a Chiclayo y la mujer abandonada dijo que no era su marido, así que lo soltaron.
-También ha muerto el compañero Meza -reveló Martín-. Antonio Meza Bravo. Una pérdida importante para el partido y un golpe duro para el comandante Polay. Estuvo con el comandante Lobatón y fue uno de los fundadores del MRTA, un hombre de mucho respeto...

Rafael no se movió cuando los topos se acomodaron para dormir en el pasadizo. Siguió sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y la vista en el vacío. Al cabo de un rato Azucena se le acercó con una taza de café. Rafael la miró verdaderamente por primera vez. -Gracias, compañera. ¿Usted viene a hacerse cargo del frente?
-asi es, compañero.
-El trabajo debe ser nuestra única respuesta. Hay que entrar a la prisión y liberar a los compañeros, al comandante Polay.
-Lo haremos, compañero -dijo Azucena.

Las llaves

El jefe del MRTA no iba a olvidar nunca a las mujeres de luto que llegaron a su celda después de la matanza de Molinos. La imagen televisada de los cadáveres empujados por la pala de un tractor se disolvía en su memoria, hasta mojar con el calor de la sangre los rostros tupamaros todavía de este lado de la vida. Aún muertos, volteados sobre un barro rojo, podía reconocerlos. Los más antiguos, los más atrevidos, los más fuertes. ¿Cuántos cayeron? Todos. Nombres, miradas, la misma pasión insurrecta, lenguas amoratadas, amasijo de brazos quemados y costillas rotas, trituración de huesos. Campesinos, mineros, albañiles, estudiantes de secundaria, vidas apenas por cumplirse. Hasta que fue un sábado, día de visita femenina. Las mujeres de luto se acercaban a su celda. Entraron cuatro. Luego tres. Y cuatro más. ¿Cómo medir el dolor detrás de sus rostros, esa trágica serenidad que seguía a las tormentas del alma? ¿qué referencia podía medir su llanto o su quietud? Oficialmente aún no había muerto nadie. Nadie que hubiese muerto de bala o bayoneta, nadie de explosivo, nadie de haber agotado su propia munición, nadie. A ninguno se le había expedido certificado de defunción. Pero estaban muertos. Salió al encuentro de las mujeres de luto. Una a una lo abrazaron con fuerza, pasaron sus manos agrietadas por su rostro. Habían ido a la prisión a consolarlo. Pobrecito, cómo se habrá sentido el comandante. Las madres, las hijas, las viudas, ellas recogían su congoja. Nada de recriminaciones, comandante. Vamos a vencer, no se preocupe. Dios y la historia están con el pueblo. Alguna vez harían justicia. Yo tengo más hijos, comandante -dijo una de ellas. Otra le susurró al oído: -mi familia ha dado dos mártires, todavía puede dar más combatientes.

El desastre de Molinos aplanó al jefe del MRTA. Todas las operaciones que debían efectuarse el primero de mayo de 1989 fueron suspendidas. Polay repasaba los nombres de combate de los caídos, hasta que su memoria los devolvía como de carne y hueso, intactos a mitad de la marcha de Juanjuí o aún nuevos en la escuela guerrillera de la montaña o ya distantes fundadores. Muerto Meza, insurrecto como sus padres y sus abuelos. Muerto Dorregaray, cuya sangre se había alzado en armas desde toda la historia del Perú. El MRTA ahora, con su jefe encerrado dentro de esas murallas. Antes, de la Puente, Lobatón. Y aún antes. Búfalo Barreto, al asalto de un cuartel en Trujillo. Y antes todavía, los campesinos de Malpaso, los comuneros de Huancané. Y antes-antes: los huelguistas limeños, los anarquistas. Y más lejos, cerca, cómo saberlo: el ejército indio de Andrés Avelino Cáceres combatiendo la invasión chilena. Y cerca, lejos, ayer mismo, en otros siglos, Micaela Bastidas y Túpac Amaru. Círculos concéntricos, palpitaciones de lo mismo, la piedra devorada por el agua inmemorial de la historia andina: la lucha apenas continuaba. No tenía plazo. No tenía fin. Era preciso escapar.

Sólo Mateo, jefe de fuga, y Amador, su asistente militar, conocían la existencia del túnel. El Tío Benigno había llegado preso a principios de enero. Ya eran tres. De las guerrilleras presas. Lucero era la única que participaba del secreto. Con Polay llegaban a cinco quienes se enteraban del progreso de la excavación. Una vez por semana recibían en el 2A la visita de un mensajero directo de Martín. Los topos se mantenían a quince metros de profundidad.

Hasta la matanza de Molinos habían avanzado cuatro metros por semana. A partir de entonces cavaban furiosamente, decididos a llegar antes. Nuevamente aparecían obstáculos, grandes piedras que tardaban un día o dos en remover haciéndolas estallar con asordinadas cuñas y golpes de martillo.

La idea del túnel hizo que el jefe del MRTA se irguiera nuevamente. Hay que salir, decía Mateo. Polay corregía: vamos a salir. Estaban a menos de un año de las elecciones generales. Vamos a escapar mientras gobiernen los mismos que nos han encerrado, decía Polay. Quería escapar con Alan García en la presidencia. El primer gobierno aprista de la historia llegaba a su final en medio del desaliento. El errático intento de estatizar la banca había inaugurado una verdadera insurrección por parte de los poderosos. García los acusaba de enviar masivamente sus ganancias al extranjero y de negarse a invertir en el Perú. Como réplica surgió la propuesta electoral de liquidar la inmensa influencia del Estado, transfiriéndola a la empresa privada nacional o extranjera. A esto, en buena cuenta, se llamaba la modernidad salvadora, el paraíso instantáneo. Con ella revivía políticamente la derecha peruana, reunida en el Frente Democrático, uno de cuyos propósitos, según había averiguado la inteligencia del MRTA, era dispersar a los subversivos que estaban presos, sacándolos de las cárceles para ponerlos en los cuarteles del país. Entonces sería imposible fugar en masa.

Desde sus primeros días en "El Hueco", Polay había ganado mucho territorio. Su primera victoria: no quedar encerrado en la celda del tercer piso. De ahí, el pasadizo. Luego, una reja y la libertad de moverse hasta el segundo piso. Faltaba otra reja y el techo. Según Mateo, tendría que subir cuatro metros para salir por el vecino pabellón 6B. Los compañeros irían por los ductos desde el pabellón 2A y arrojarían una soga para ayudarlo. Polay asintió. Del venusterio al techo sólo se podía llegar por una claraboya que se abría al final de la escalera. Varias veces había saltado hasta colgarse de ella, sintiéndola a la vez atascada y floja, como a punto de desplomarse con marco y todo.

-Tengo que salir a ver yo mismo -dijo Polay.
-Ni se te ocurra -advirtió Mateo-. Canto Grande ha tenido mucho muerto por andar en los tejados.
-Consigue que me roben la antena de televisión. Que se lleven la mía, las de los generales. Tendremos que poner nuevas y abrirán la claraboya.
-¿Estás seguro? -Haz lo que te digo.
Esa misma noche arrancaron la antena que estaba puesta encima de la celda de Polay. Al otro día desapareció la antena del general de la Policía Técnica.
-Aquí no respetan nada -enfureció el general-. No sé para qué hay tantos republicanos.

Robaron al general de los secuestros.
-Es inconcebible, somos víctimas de un saqueo -dijo el general.
-También me han robado -informó Polay.

Sin antenas aéreas, los televisores no servían para nada. Los cerros de Canto Grande deformaban y hasta borraban las imágenes. Se quejaron a la dirección del presidio. Al fin llegaron dos presos a poner las nuevas antenas. Abrieron la

claraboya para salir al techo. Polay trepó de un salto, sacó la cabeza, después medio cuerpo. La última vez que había tenido cielo abierto encima suyo había sido en La Oroya, cuando lo cambiaron de vehículo después de la gran nevada. Sintió que perdía el equilibrio así, a caballo sobre el pabellón de máxima seguridad. A primera vista no le pareció completo el cielo sino exageradamente grande. Pero no sólo era muralla y rejas la prisión, sino también fusil, ojo aplicado a la mira del vigilante. Se le adelgazó la piel mientras miraba en derredor en busca de centinelas. Nadie prestaba atención. Terminó de sacar el cuerpo y al cabo se irguió con lentitud. De pie, libre sobre ese rectángulo de cemento, observó el vecino pabellón 6B donde se alojaban más de doscientos narcotraficantes. Calculó que, en efecto, no tendría que subir más de cuatro metros para emprender el escape. Volvió a la claraboya, pulseando su fortaleza. La oyó crujir. Como en otras partes de la prisión, la mezcla de cemento era tan débil que habría de deshacerse al primer tirón de brazos.

El general de los secuestros ocupaba su nueva celda casi frente a la del jefe del MRTA. Aunque rara vez abandonaba el piso antes de las tres de la tarde, desde temprano vestía como si fuese a salir a la calle. Los días de visita, el general se ponía corbata. Era metódico, puntual, plano como una laguna, gris como el clima limeño. Nunca oleaje, jamás trueno y lluvia. Tendía su cama forcejeando con las cobijas hasta dejarlas templada como un tambor. Daba buenas propinas al soplón para que le abrillantase los zapatos luego de varias capas de betún. Su postura seguía habituada al mando. Se podía conocer la hora del día tan sólo con perseguir sus movimientos. Odiaba las telenovelas y se burlaba del general de la Policía Técnica porque era un ávido seguidor de llorosos folletones argentinos y venezolanos. Tan pronto había almorzado en el segundo piso, el general de los secuestros regresaba a su celda. Entonces Polay lo veía hundirse en el abatimiento. Tenía cincuenticuatro años. Con buena suerte, saldría de la cárcel casi a los setenta. Acaso nunca más volviese a ser un hombre libre. Leía revistas desde la primera hasta la última página. Una tarde Polay le prestó un libro. El general de los secuestros lo devoró en dos días. Pronto se hizo comprar las novedades de librería, empezó a leer novelas y ensayos. Al cabo de varias semanas confesó a Polay que de joven había odiado la vida de cuartel y que en verdad hubiese querido ir a la universidad y llevar una existencia civil. Necesitaba conversar y atravesaba el pasadizo en busca de Polay al ponerse el sol, mientras en los pabellones comenzaban a contar a los reclusos.

-A cualquiera no le está permitido gobernar este país-dijo una tarde-. Los peruanos no podemos sacar los pies del plato.
Al rato agregó con amargura:
-¿De qué soberanía podemos hablar los peruanos si casi la mitad de nuestro territorio está fuera del control del estado?

Polay asintió. Su expresión se había endurecido. Era verdad. Pero el MRTA no auspiciaba el desmembramiento del Perú sino un país distinto, superior, unido, con justicia para todos. Sin embargo, en los Andes y en la selva amazónica ya nadie sabía de dónde partían los balazos y los tupamaros tenían que combatir contra todos: columnas militares, senderistas, mercenarios pagados por los

carteles de la coca, guarniciones policiales que protegían un inmenso narcotráfico cuyo volumen ni siquiera podía imaginar la opinión mundial. ¿El general de los secuestros no se había involucrado en la exportación ilegal de cocaína? ¿los demás ocupantes del venusterio no se habían dedicado a lo mismo? ¿Y los trescientos y tantos oficiales encerrados en el CENIN? ¿cuántos aguardaban proceso en secretas cortes militares? ¿Serían todos o habría muchos más involucrados en una corrupción que llegaba a los más altos niveles del gobierno? ¿Y por qué iban a corromperse solamente los peruanos? ¿no debía estar pasando lo mismo en otras partes, incluyendo a los llamados países consumidores? Un silencio siguió a las preguntas de Polay. Al fin se reanimó el general.

-Es mucho dinero, amigo Polay, y el Perú lo necesita.
-No me venga con esa historia, general... -se molestó Polay.
-Oiga usted, que se jodan los gringos... ¿ellos son los que compran o no?
-Es que existen imperativos morales, general. Al menos para el MRTA la conciencia de los peruanos no está en venta. El crack, el bazuco, la pasta básica, la cocaína, toda esa porquería degrada a la gente. ¿Así que por unas migajas de dinero o por todo el oro del mundo vamos a alimentar la perversión universal?... -Polay reconoció un gesto de incredulidad en el rostro del general de los secuestros- ...La moral revolucionaria nos impide contribuir a la ruina de la humanidad. Trate de entenderme. La humanidad no está hecha de gringos y cholos por separado, sino de seres humanos iguales. No vamos a tomar las armas para que exista igualdad de justicia entre todos los hombres y a la vez dedicarnos al negocio de los estupefacientes porque los principales compradores hablen inglés, francés o alemán o tengan otro color de piel o el pelo rubio. El MRTA está en contra del narcotráfico, general...
-¿Y los gringos no son sus enemigos? La verdad que a veces no lo entiendo, señor Polay.
-...Seguramente me quieren muerto. Y exterminar al MRTA. Pero yo no quiero muertos a sus adolescentes, ni a los del Perú. Yo he visto flotar muchos cadáveres de niños, general, verdaderamente niños, asesinados por la pasta básica. Los arrojan al Ucayali, a los ríos de la selva, y nadie se horroriza, la policía ni siquiera hace preguntas porque está metida en el negocio. No quiero que suceda en mi país ni en ningún otro país del mundo... ¿Tiene usted hijos?
-Cinco y además un nieto.
-Entonces espero que me entienda.

El jefe del MRTA y el general de los secuestros se miraban a los ojos. De nuevo se hizo un silencio hasta que habló Polay.
-Usted habrá escuchado que ya existe un entendimiento entre el Cartel de Medellín y Sendero Luminoso y no ignora que esa comprensión va convirtiéndose en una alianza y usted mismo y otros generales han participado de muchas formas en el mismo negocio...

El general de los Secuestros movió afirmativamente la cabeza.
-...para Sendero todos los medios justifican el fin. Es parte de una pretendida racionalidad. Ya sabemos lo que es Sendero. Pero... ¿y ustedes? ¿Jefes, oficiales, suboficiales y también los representantes del gobierno y seguramente muchos grandes personajes... todos revueltos con el propio Sendero y con los

extraditables y con el Cartel de Medellín? Y para perseguirnos, hablan de la legalidad, como si a pesar de representar a una sociedad injusta e inhumana, al menos cumplieran con sus leyes. Entonces resulta que no sólo el orden social es ilegítimo sino que entrega protección a verdaderos delincuentes asociados al crimen internacional.
-El Cartel de Medellín es tan poderoso como el gobierno peruano, no lo olvide...
-Su poder está en la corrupción, general, y en la debilidad de nuestros gobernantes y de nuestras instituciones.
-...pues un día de estos nos van a meter tropas de Estados Unidos y entonces tendrá usted que revisar su razonamiento. Los gringos están detrás de un convenio que les permita entrar. Ellos quieren manejar todo -al general se le dibujó una mueca de sonrisa.
-Nosotros queremos un convenio con todos los países que son víctimas del narcotráfico. Si es una calamidad mundial, ¿por qué no intervienen las Naciones Unidas? Se habla de sustituir el cultivo de la coca por el de otros productos de la misma o mayor rentabilidad. ¿Se le ha pedido su opinión a los campesinos? ¿Y qué ocurre con el uso natural y legítimo que se da a la hoja de la coca en toda la región andina?... -Polay respiró profundamente-. No puede haber trato alguno si nuestros campesinos no participan en las negociaciones y las aprueban. Y si ellos son agredidos, más aún con intervención de tropas o asesores extranjeros, los defenderemos con nuestros fusiles. Entonces habrá más guerra...

Otra noche el general de los secuestros se siguió franqueando con el Jefe del MRTA. Había llegado a los rangos más altos del Ministerio del Interior. Conocía bastante bien la historia de la subversión.
-Hay una orden superior al resto de las órdenes que se imparten, que no es necesario repetirla y que a usted no le va a gustar, amigo Polay -dijo a modo de confidencia-. Siempre que no haya testigos, a los subversivos o a los sospechosos de serlo se les suprime de modo sumario...
Y otro día:
-Dicen que las ideas no pueden matarse y no es cierto. Muerta la gente, muertos sus pensamientos. Si las ideas vuelven, ya no son las mismas de antes.

Otra tarde recordó cómo habían perseguido al abogado Luis de la Puente Uceda.
-Lo conocí en la Prefectura, el año 1964. Me parece que fue en verano. Lo llevaron con las manos esposadas a la espalda. Yo acababa de ascender a teniente. No se le podía embrollar porque conocía las leyes y cuáles eran sus derechos y cómo debían desarrollarse los procesos de investigación...
Polay seguía escuchando.
-...nos preguntábamos por qué un hombre que venía de una familia de hacendados y que era pariente de Haya de la Torre, renunciaba a su futuro político en el APRA y prefería los riesgos de alentar una revolución...
Según el general, el gobierno había fraguado un complot con tal de acusar y encarcelar a de la Puente en 1964. Polay se recordaba un niño cuando se produjo la división aprista y de la Puente se llevó a los jóvenes a formar el APRA Rebelde, que a su vez se convirtió en Movimiento de Izquierda Revolucionaria. La unión del MIR y del Ejército de Liberación Nacional había

activado las guerrillas de 1965. Estaban pobremente armados. No habían acumulado fuerzas. Entre junio y octubre de ese año la guerrilla Pachacútec fue cercada y exterminada en el Cusco. Luis de la Puente había caído el 23 de octubre en la localidad de Amaybamba, en el Valle de la Convención. En el centro del país había corrido la misma suerte la guerrilla Túpac Amaru, cuyos jefes, Guillermo Lobatón y Máximo Velando, sucumbieron con casi todos sus seguidores. Esa historia había marcado la existencia del jefe del MRTA. En 1973 se había vinculado al MIR en los tumultuosos claustros universitarios de París. Dos años después había vuelto al Perú a trabajar en la reconstrucción del partido. En ese tiempo el general de los secuestros, ya ascendido a mayor, recibía entrenamiento en una escuela antisubversiva del extranjero.

-Qué raro es el destino -reflexionaba el general de los secuestros-. Usted y yo ahora, conversando tranquilamente...
-Lo mismo digo.
-Oiga usted, señor Polay, pero el MIR dejó de existir junto con la guerrilla. Lo borramos del mapa.
-No pudieron matar a todos -contestó Polay-. Algunos tuvieron la buena fortuna de ser encarcelados. Otros no eran conocidos.
-Un puñado de gente... -dijo el general de los secuestros.
Polay calló. De cada diez militantes del MIR, ocho habían muerto entre 1965 y 1966. Los sobrevivientes eran mucho más que un puñado de personas, pero se habían dividido. El MIR hizo explosión como una granada.
-...se dividieron tantas veces que la División de Seguridad del Estado se confundía, oiga usted, era difícil entenderlos y seguirlos...

Polay asintió. Con la década de los años setenta había nacido una “nueva izquierda” influida por la denuncia de los crímenes de Stalin y el rompimiento entre la Unión Soviética y China. También en el Perú los socialistas se habían dividido. Entonces el MIR se empezó a dispersar en grupos que se definían por oposición: no trotskystas, no maoístas, no soviéticos.
-...había MIR-El Rebelde, MIR-Juventud Rebelde, MIR-El Militante... -el general de los secuestros forzaba su memoria.
-MIR-La Voz Rebelde -ayudó sonriente Polay-, MIR-Victoria Navarro, MIR-Yahuarina, MIR-9 de Junio, MIR-IV Etapa...
-¿Y usted a cuál pertenecía, señor Polay?
-...Al MIR-El Militante.
-¿Qué hacían en ese tiempo, agitar en las fábricas? ¿De veras participaron en el paro nacional de 1977?
-Fuimos a combatir junto a los guerrilleros del PRT en Argentina, general -respondió Polay-. Así es como empieza la nueva historia...

El general de los secuestros confió que al gobierno lo había preocupado más el Partido Socialista Revolucionario que el MIR a fines de la década de los años setenta.
-Se sabía que en el PSR había gato encerrado, que no era lo que aparentaba. Y ya usted ve, el paso del tiempo lo confirmó...
Esta vez Polay sonrió. Dos partidos en uno, a semejanza de los montoneros argentinos: uno público, con políticos y personalidades que competían en las elecciones; y otro clandestino, dedicado a la revolución armada. El PSR abierto

había usado un lenguaje nacionalista y defendido las reformas del general Velasco. Al cabo de un tiempo, los “legales” quisieron imponerse a la porción clandestina y se produjo el rompimiento.
-No fue un secreto bien guardado. No podía serlo, si adentro se estaban peleando -dijo Polay.

Quienes querían revolución se habían separado bajo la denominación de PSR marxista-leninista y en junio de 1980 descubrían sus afinidades con el MIR-El Militante. Ambos partidos se habían reunido después en las afueras de Lima y con ellos se dieron encuentro hombres que procedían del MIR histórico. Se produjo la fusión. En setiembre acordaban reiniciar la lucha armada. Tres posiciones favorecían la violencia revolucionaria. En diciembre de ese año habían sido derrotados los llamados “putchistas” que querían una alianza con el ala izquierda del APRA y con los militares velasquistas que habían escapado a las purgas castrenses. En octubre de 1981 fue vencida una propuesta anarquista. El primero de marzo de 1982, cuando ya Sendero Luminoso se daba a conocer en Lima colgando perros muertos con letreros contra Deng Xiao Ping en el cuello, el MIR-EM y el PSR-ML habían adoptado el nombre de Movimiento Revolucionario Túpac Amaru para pasar a la lucha armada. En 1983, Víctor Polay había asumido la jefatura del partido.
-En cambio, al principio el MRTA nos tuvo desconcertados...
-¿De verdad creían que éramos Sendero?
-...claro que no. Pero se pensaba que se iban a desbaratar solos. Era mejor no hacerles propaganda...
-Lo que me suponía -dijo Polay.

A fines de 1989, el MRTA consumó un golpe espectacular, secuestrando a Héctor Delgado Parker, presidente de Panamericana Televisión y de Radioprogramas del Perú, el grupo de comunicaciones más poderoso del país, y además asesor presidencial y compadre de Alan García.

Los noticieros de la noche mostraron el Mercedes Benz blindado, acribillado a tiros de fusil, con una ventana rota a golpes de comba. Se presumía que Delgado Parker estaba herido en una de las llamadas “cárceles del pueblo”. A la mañana siguiente, el soplón se acercó dulzonamente a la celda de Polay.
-Ahora sí te vas... -sonrió, cómplice, el soplón.
-¿Por qué?
-El canje está anunciado. No hay que ser muy inteligente...

Polay por Delgado Párker. La mayoría del país pensaba lo mismo. Alan García tendría que ayudar. Una mañana los peruanos despertarían con la noticia de que el jefe del MRTA había escapado y listo. El soplón quería-que Polay lo llevase consigo.
-Tu ordenas ahora, estás al mando... ¿no te das cuenta? -incitaba con angustia-. No puedo quedarme. Estoy demasiado comprometido con ustedes...
-Es que no voy a ninguna parte...
El soplón soltó una risita aguda.
-No puedes engañarme, tienes que llevarme contigo. Si tu lo ordenas, estoy dispuesto a hacerme guerrillero.

Gracias a la reciente prosperidad que le deparaba la posesión de la llave, el soplón se había dedicado a fumar pasta de cocaína. A las noches llegaba tambaleándose, con voz torpe y hablar estropajoso. Si escaseaban las propinas, pedía prestado. El general de los secuestros le había tomado desconfianza. También podía entregar la llave a cambio de una bolsa de droga. No quería que se le acercase. Polay procuraba aconsejarlo. No podía perder la confianza sin perder la llave. El soplón sonreía lleno de suficiencia. A ver, quítenmela. No soy un baboso. Soy un tipo listo. Y además, leal...

Mientras tanto el túnel seguía acercándose a la prisión y la escuadra de Amador preparaba la salida de su jefe. Varias rejas se interponían entre los duelos de los pabellones 2A y 6B. La dirección del penal había ordenado sellarlas. Los guerrilleros aplicaban una pasta de sal de soda a las soldaduras. Producía una feroz corrosión. Al cabo de varias semanas, los barrotes se oxidaban y caían como si los hubiesen aserrado. Volvían a su sitio apenas sujetos por un pegamento que no era difícil remover.

En la prisión de Canto Grande ya no sólo se hablaba de un inminente canje de Polay por Delgado Párker, sino de la posibilidad de que se iniciaran conversaciones de paz.

-Fíjate, compañero... -el Soplón sacaba pecho. Se había mandado coser una suerte de escapulario político: de un lado, una remota imagen del Inca Túpac Amaru; del otro, el Che Guevara en rojo vivo. Lo llevaba al cuello.
-Sácate eso, no es para jugar...
-No estoy jugando -se indignó el soplón.
Al rato volvió a la carga:
-Dicen en la comandancia que en cualquier momento te vas...
-¿Adonde?
-...que ya tienes arreglo con el gobierno...
-No hay arreglo, no hay nada.

El soplón rió, repleto de complicidad.
-...¿Me vas a llevar?
-Yo estoy preso, no puedo llevarte a ningún lado...
-Oye, no te hagas. Entiendo que no puedas hablar. Pero si el Presidente de la República ordena que salgas, es un hecho. Te vas.
-...es que no me voy
-Si tú ordenas que me vaya contigo, tienen que obedecer. Depende de tu decisión.
-El soplón fumaba cada vez más pasta de cocaína. A veces tenían que buscarlo piso por piso para pedirle la llave y no siempre la quería entregar. Pasó a convertirse en un riesgo. Colmó la medida un día de visitas, que en la cárcel eran sagradas. Cualquier afrenta o amenaza se pagaba entonces con la vida. El soplón le había buscado pleito a los generales, a los mayores del segundo piso.
-Me parece intolerable -ardía el general de la Policía Técnica-. Está bien, no tiene educación. Pero ha violado la ley interna de la propia cárcel...
-Ya no se aguanta -dijo el general de los secuestros.
-Se acabó -dijo uno de los mayores.

El general de la Policía Técnica salió a la escalera y convocó a gritos a los guardias. Acudieron dos alarmados republicanos.
-Llame usted al comandante de Canto Grande -tronó su voz.
Los republicanos dijeron que llamarían al oficial de servicio.
-Quiero aquí mismo al comandante del presidio -fulguró el general-. No pido un favor. Estoy dando una orden. ¿Comprendido?
-SÍ, señor -se achicaron los rasos.
-Que se constituya de inmediato.
-De inmediato, señor. Con permiso, señor.
-¡Vivo, vivo!

El soplón se escondió en el tercer piso.
Había llegado un nuevo comandante a encargarse de la prisión, que parecía aún menos interesado que su predecesor en tener problemas con nadie. Se presentó al rato, escoltado por tres oficiales. Trataba con deferencia a los militares que estaban presos. Pareció consternado al constatar la furia de los generales. Intolerable. El soplón se había portado como un loco furioso, avergonzando a personas que no habían cometido ningún delito, que sólo estaban de paso.
-Usted conoce la ley interna... -dijo el general de la Policía Técnica.

El comandante parpadeó. No la conocía.
-...y ese desquiciado es un soplón que trabaja para usted -la queja aumentaba de tamaño.
-Un momento, espere usted. Yo no conozco a ningún maldito soplón. No tengo a nadie trabajando aquí para la comandancia...
-Entonces ha trabajado para el anterior comandante y por esa razón está refugiado en este pabellón, de modo que la comandancia sigue siendo responsable -precisó el general de los secuestros.

Hicieron buscar al soplón. Compareció ante el nuevo comandante en un estado de terror.
-No vayan a echarme de aquí, soy hombre muerto...
-Se ha portado como una bestia -no se compadeció el general.
-...Si salgo al patio soy hombre muerto, señor Polay, interceda usted por mí...
-Es que por su culpa vamos a acabar todos envueltos en una matanza, es un irresponsable -dijo el general de los secuestros.
-Aquí el problema es la llave -se oyó a Polay-. Este hombre no puede seguir teniéndola porque ha perdido la confianza de todos. Tampoco se puede volver al régimen antiguo...
-¿Y que propone? -interrumpió el comandante del presidio.
-...mire, nos dejan la llave y se acabó el fastidio...
-¿Dejársela?
-...entreguésela aquí al general y él se encarga de todo -Polay se refirió al general de los secuestros-. Listo. Se acabaron los dolores de cabeza.
-Eso es. Me parece muy bien. Y que se lleven a este desgraciado, no quiero volver a verlo -dijo el general de la Policía Técnica.
-Un momento, un momento... nadie se precipite -dijo el nuevo comandante-. Hay ciertas reglas...

-Reglas que no se cumplen y que ponen nuestras vidas en peligro -se oyó al general de los secuestros-. ¿Qué pasaría en el país si el señor Polay es asesinado en la propia cárcel?

El comandante del presidio meditó. Mataban a Polay o a los generales y a él le abrían proceso, lo crucificaban. La llave la tenía el soplón, que también era un preso aunque su caso era distinto. Los confiantes eran como empleados de la cárcel. Pero general era general. Aunque hubiese sufrido un desliz, seguía siendo un jefe imbuido de las tradiciones policiales.
-Está bien -dijo al fin-. General, la llave es suya. Usted sabe qué hacer con ella. Tenga cuidado...

Antes de una semana, el general había mandado hacer copias de la llave. Una para el segundo piso. Otra para el general de la Policía Técnica. En el tercer piso entregó su propia llave a Osmán Moróte y al jefe del MRTA.
-Cada quien se mueve como crea conveniente -dijo a Polay.
-Me parece muy bien. Es lo más práctico.

En diciembre se produjo un choque entre el MRTA y fuerzas del ejército. De nuevo el gobierno practicaba una guerra sucia, sin prisioneros. El partido recogió versiones escalofriantes del repaso de sus heridos. ¿Para qué entonces se pedía respeto por la Convención de Ginebra? ¿por qué no cobrar ojo por ojo cualquiera que fuese la circunstancia? La Dirección Nacional decidió ejecutar al general Enrique López Albújar que, como Ministro de Defensa, compartía una doble responsabilidad castrense y política. Cuando tiempo después López Albújar fue muerto a tiros en su propio automóvil, el comandante del presidio mandó avisar a Polay que vehículos del ejército se habían apostado frente a Canto Grande y que si intentaban llevárselo, no tenía la fuerza para impedirlo. Finalmente los militares se retiraron, al parecer presionados por el propio gobierno. Polay recordó entonces las palabras de un amistoso capitán de la Republicana:"No estás aquí prisionero sino de rehén".
Había llegado la hora de irse y el túnel no llegaba.

Azucena

Una noche azucena sintió que el túnel respiraba. No podía ser verdad. Sin embargo, un viento autónomo y suave entraba y salía del pozo escondido. Otra vez le pareció percibir una esponjosa contracción. Acaso la tierra había temblado. Estaban en la época del año en que solían producirse terremotos, soportables en mayo, devastadores en octubre. Los topos se sentían acosados por la idea del sismo. Los temblores llegaban sin avisar, precedidos por un espantoso estruendo subterráneo, como una avalancha interior, un aullido. En menos de un minuto podían aplastar el mundo. Los terremotos habían arruinado Lima dos veces cada siglo y aplanado el Perú muchas veces en su historia. Una ficticia sensación de seguridad crecía con el túnel a medida que colocaban horcones y vigas de eucalipto. Una vez que revistieron su techo y sus paredes con una capa de cemento y que cada tres metros brillaron luces de seguridad, pareció capaz de resistir cualquier cataclismo. Pronto se estableció una rutina. Desayunaban a las seis de la mañana. A las siete bajaban los topos jefaturados por Rafael. A la una de la tarde Azucena les daba

de almorzar. A las dos volvían al túnel. A las cinco terminaban la jornada. Ni tres metros avanzaron la primera semana. Casi cuatro, la siguiente. A la tercera, tres metros treinta. Azucena supo que se repetían los estremecimientos. En la punta del túnel, los topos tuvieron la impresión de una fuerza que ayudaba. Algo empujaba aparte de sus herramientas. Algo más que ellos roía la tierra. Como una voluntad les daba compañía. Los topos otorgaban identidad al túnel. No hablaban de un hueco o un socavón sino de un ser viviente, como de una persona. Azucena escuchaba en silencio. Una tráquea, el túnel. El tránsito de una respiración. A solas conservaba el rumbo. Rara vez se equivocaba el túnel. Y sin embargo era suyo, obra de sus golpes de pico y de la tierra que humedecían antes de recogerla en cortos azadones. No podía existir por su cuenta y riesgo, intacto y automático, ser a la vez la forma y el vacío. Pronto comprendió Azucena que los topos preferían el túnel a las tensas horas de descanso, ocultos en la casa. Ella dormía en la alcoba, a un costado, mientras en la cama de dos plazas descansaban Marcial y dos de los topos. Otros dos topos se tumbaban en el pasillo y Rafael se tendía en la sala, desde donde podía controlar la puerta de la casa. Al despertar, Azucena encontraba casi siempre a Rafael instalado en la cocina. Empezaba su primer vaso de leche a las cinco y media. Fácilmente daba cuenta de tres o cuatro litros diarios. Uno tras otro despachaba frascos de yogurt. Le encantaba el queso. Azucena bromeaba, decía que se había equivocado de misión, que no era topo sino ternero. Rafael compartía la obsesión por el túnel pero, a diferencia de los topos, aun prefería el mundo exterior, la conversación matinal con Azucena. Para ambos, cada minuto era el último de la vida y cada despedida un final inexorable. Si su condición de insurgentes era descubierta, sólo tenían dos caminos: escapar o morir en combate. Se rendían a veces, cuando ni siquiera tenían la oportunidad de empuñar el arma. Aún en ratos de descanso, Rafael vigilaba lo peor, el tiro por la espalda o la emboscada numerosa. Para el gobierno y los policías, Rafael carecía de derechos. Sus propias ideas eran prueba de culpabilidad. Lo pedían vivo o muerto. Pagaban recompensa sólo por conocer su rostro. De a pocos fueron contándose sus vidas. Rafael y Azucena venían del mismo tiempo, compartían parecidas experiencias, la misma desesperada adolescencia. Pero Rafael no conocía la universidad. Toda la vida había trabajado, cargando bolsas de cemento hasta los techos, carpinteando encofrados, haciéndose a la mar, viajando por la cordillera. Había sido peón, albañil, pescador, chofer de camión, ayudante de mecánico. Para Azucena, los encuentros con Rafael se convirtieron en costumbre. Le alegraban la mañana. Podía conversar en la media voz de los guerrilleros y a la vez preparar los alimentos de los topos. No volvía a concederse distracciones hasta el otro día. Rafael y los topos partían semidesnudos a trabajar en su caverna mientras Azucena acumulaba refrescos y jugos de fruta y verduras para atenderlos a su regreso. Colchones, frazadas, ropa, todo desaparecía ordenadamente tras el doble fondo de un ropero, donde había espacio para que en la noche durmieran al menos dos personas. Ya la entrada al pozo había sido modificada. En vez de la trampa oculta por una falsa chimenea, se usaba un pasaje en el baño, permitiendo que las bolsas de tierra fuesen sacadas por atrás, directamente al camión Fargo azul celeste. Partían los topos y las habitaciones quedaban limpias de toda sospecha, con Azucena ventilando la casa mientras parloteaba con los animales en el corral.

A las once de una mañana se acercó a la casa un sargento de la Republicana. Traía el fusil terciado, la pistola en el cinturón, los cachetes enrojecidos por la caminata. Cholito y Cusquito lo recibieron ruidosamente, ladrando y mostrando colmillos. Azucena había oído a otros uniformados que conversaban con Ayala. Oprimió un interruptor que apagaba las luces del túnel y activaba una señal roja intermitente. Los topos quedarían inmóviles. Azucena se asomó por una ventana.

-Buenos días, señor sargento... ¿en qué lo puedo servir?
-Hemos tenido una fuga, señora... ¿todo está bien?
-SÍ, sí, todo bien, no se preocupe. Gracias por avisar.
-De nada, señora...
-¿Y quién se les escapó?
-...un narco, señora, parece que salió disfrazado.
-¡Qué tal sinvergüenza! ¿Y es peligroso?
-Todos los narcos son gente mala, señora. Buenos días, señora.
-Buenos días... cuídese mucho, señor sargento.

Antes de una semana regresaron los guardias. Esta vez un cabo insistió en entrar a la casa. Azucena abrió la puerta, aunque sin franquear el paso. Era muy joven, acaso de diecinueve años. El cabo pidió disculpas, necesitaba el baño. Claro que sí, dijo Azucena, pase usted señor cabo. Tuvo que dar unas palmadas a los perros para que dejasen de molestar al policía. El muchacho se quitó cortésmente el quepí. Azucena fue a la cocina. Sin que le temblara la diestra, cogió su pistola, ocultándola con un secador y luego con el delantal. El policía orinó y se refrescó. Estaba a un metro de la entrada al pozo y no podía verla. De nuevo se disculpó cuando salía. ¿Qué ocurre? -preguntó ella. Rutina, dijo el cabo, seguían buscando al prófugo.
-Avísenos cualquier movimiento sospechoso, -dijo el joven de uniforme-. Vendremos de inmediato, señora.

Azucena asintió. Por supuesto. Todos los vecinos vigilaban. Estaban atentos. Gracias, gracias.

Los republicanos también conocían a Marcial. Dos o tres veces por semana, el Fargo azul celeste seguía trabajosamente la trocha que llevaba a la arenera, a mitad de camino entre las casas y la prisión de Canto Grande, a cargar el volquete por cuenta de Ayala. Nunca nadie preguntó qué hacía con los palos de eucalipto que a diario llevaba a su casa. Cada madrugada cambiaba de ruta y de destino para encontrarse con Martín. El jefe de la operación se encargaba directamente de conseguir los materiales para el túnel. Cada mañana Marcial entregaba su pedido. Si era urgente, lo recogía esa misma tarde. Siete, ocho semanas. El túnel se atollaba, algunos días no llegaba a crecer ni treinta centímetros.
-No es posible -desesperaba Martín, golpeando el pavimento con sus zapatos-. Algo ocurre y me lo quieren ocultar.
-Nada de eso -se apuraba Marcial-, hay mucha piedra...
-Ya lo dijeron hace una semana.
-...piedras de noventa, cien kilos.
-¿Qué tienen encima?

-La casa de la viuda de Chávez, la chismosa.

Martín quería aumentar el número de topos. Rafael decía que no era necesario. Doce, trece semanas. El túnel sólo había crecido la mitad de lo previsto. Ciento veinte, ciento veintidós días. Rafael pidió con urgencia máscaras para proteger la respiración, tubería para agua, un carrito con capacidad para dos bolsas de tierra. Azucena necesitaba vitaminas, penicilina inyectable, cortisona. El túnel volvía a apurarse, pero los topos enfermaban. Sufrían alergias, tenían los pulmones deshechos por el encierro. Tres volaban de fiebre con una infección en las amígdalas. Todos tenían magulladuras, cortes, huesos golpeados. El túnel no botaba tierra o arena, sino un grueso cascajo, demasiado ruidoso para el sigilo de la operación. Por fin Rafael demandó refuerzos.

Los topos salieron a descansar una semana. Eran seis cuando volvieron. El Tío Benigno se les había reunido. Casi extasiado el viejo recorrió los veinticinco metros de túnel. Parece una avenida, dijo, y los topos rieron susurrantes. Largos, oblicuos animales de oscuridad, avanzaban a saltos dentro del túnel, esquivándose cuando echaban la tierra hacia atrás, por entre las piernas. Unos escarbaban furiosamente, impacientes por avanzar. Otros jadeaban, como puestos en lenta ebullición, embistiendo la maciza profundidad con sus picotas sólo para penetrar unos centímetros, mientras sus cuerpos despedían un grueso vapor que disolvía sales y cuajaba en un sudor espeso como el sirope. El más alto empezó a quejarse de fuertes dolores en la espalda. Le era imposible estirarse en el túnel, se le agarrotaban los músculos. Otro, a quien habían golpeado en la cabeza mientras estaba preso en Lurigancho, sufrió varios desmayos. Insistió en quedarse. Ya los topos habían sentido que el túnel adquiría por ratos una extraña vibración, acaso el eco de pulsaciones más profundas. Algo avisaba a la vanguardia si esperaban piedras por delante. Tal vez fuese verdad que unos hombres tenían en el Perú extraños poderes sobre la roca viva. Los dioses peruanos no subían al cielo sino que volvían a las montañas a consumar el misterio de la petrificación. Pero Rafael sólo creía en lo que sus ojos podían ver. No lo podía negar, las piedras, que antes parecían comprimidas, opuestas a su avance en obstinadas hileras, saltaban ahora con relativa facilidad. Hemos aprendido a removerlas, insistía Rafael, nosotros somos el túnel. Los topos lo dejaban hablar. Ciento cincuenta días. Estaban a punto de concluir el primer tramo de treinticuatro metros. Tres topos llegaron. Ya eran nueve. Rafael reorganizó los turnos. Tres topos por cada uno. El trabajo empezaba a las seis de la mañana, concluía a las siete de la noche.

El veintitrés de octubre de 1988, el túnel cambió de dirección. Ahora apuntaba directamente a una de las torres del presidio. El Técnico efectuó sus mediciones. Son ciento cuarenta metros exactos, anunció. El terreno debía mejorar o buscarían otra profundidad para continuar el túnel. Había tenido que diseñar su propio sistema de ventilación, con mangas de plástico que irían extendidas arriba y a la derecha del socavón. Antes de que estuvieran terminadas, el Técnico hizo varias pruebas para bombear aire en el túnel.. Todas fracasaron. Un motorcito a gasolina, cuyo tubo de escape salía fuera del pozo, estuvo cerca de asfixiar a los topos. Al fin, la profesora de la Universidad Nacional de Ingeniería dio la solución: conectar al revés un extractor de aire movido por un pequeño motor eléctrico. Así, en vez de succionar, la hélice

bombearía una fuerte corriente de aire a una distancia de sesenta metros. Podría alargarse de acuerdo a las necesidades.

Día y parte de la noche: el túnel. Quince horas diarias picaban, molían, excavaban. Después dejaban que un chorro de agua fría los empapara. Dormían con un sueño duro, en masa, impenetrable.

No siempre sabía Azucena a cuántos tupamaros iba a encontrar hambrientos a la hora del desayuno. Partían y llegaban "compartimentados" en los viajes siempre más frecuentes del pobre Fargo azul celeste. Aparecían piezas de equipos disimuladas en las canastas de víveres. Tendían cables, ampliaban el dormitorio. El túnel volaba al encuentro de la prisión. Once topos perforaban un territorio por fin arenoso. Casi siete metros la última semana de octubre, casi ocho metros la primera semana de noviembre. Rafael cambiaba de carácter. Con Martín en el exterior, había quedado al mando de la operación. Los topos se quejaban en voz baja, parecía un capataz. Hablaba de producción y rendimiento. Sacar la tierra enloquecía a los topos. Seguían llenando sacos de yute al interior del socavón. Usaban después un carrito de fierro con ruedas de caucho para el viaje subterráneo que cada vez se hacía más largo. Pese a que el Tío se la pasaba reparando baches, aún sufrían volcaduras. El esfuerzo de empujar bajo tierra una carga de cincuenta a sesenta kilos dejaba un vaho de calor húmedo detrás de los topos. Trabajaban en taparrabos, con toda la piel terrosa arañada, los codos raspados, las gargantas irritadas por el polvo espeso de la excavación. De la mañana a la noche parecían secarse debajo de la piel. Azucena los veía momificarse entre el almuerzo y la comida. Y cada mañana, Rafael proponía una nueva meta imposible, un metro y luego un metro diez para esa jornada. Era el último en subir. Se quedaba midiendo una y otra vez el túnel, hasta que el Tío Benigno lo calmaba, no se va a escapar el túnel durante la noche, ni se va a encoger. Vamos, todos a descansar.

Un dolor súbito y acalambrado postró a Azucena una noche de noviembre. Nunca había estado realmente enferma, no al extremo de gemir, desesperada como ahora. No podía estirar las piernas sin sentir que la acuchillaban. Su espalda quemaba. No encontró postura que le permitiera descansar. A las cuatro de la mañana quiso caminar. Imposible. Víctima de un dolor total, tuvo que apoyarse en los muebles para llegar a la cocina. La enormidad del día por delante la deshizo en llanto. Consigo misma eran catorce personas. Marcial sudaba para descargar canastas de víveres cada mediodía. Azucena había ampliado el corral doméstico. Sus mejores gallinas terminaban ahora en la cacerola. Tenía que preparar el desayuno, distribuir medicinas entre los topos, revisar magulladuras. Luego, el almuerzo, los heridos, los intoxicados. Más tarde la última comida, las noticias en la televisión. No iba a llegar tan lejos, de pie todo ese largo día tan común: consiguió sentarse en un taburete, sólo para preguntar qué pieza se le había desprendido del lugar exacto, por qué de pronto tanta desventura. Se asustó sintiendo las piernas adormecidas. Rafael la encontró bañada en un llanto rabioso, con el rostro descolorido y profundas ojeras amoratadas. Azucena quería cumplir con su deber. No iba a abandonarlos. Rafael le acarició tiernamente la cabeza. Yo te voy a cuidar, dijo, ahora tienes que descansar.

¡Azucena enferma! Los topos la miraban consternados. ¿Qué tiene? Una enfermedad extraña. Se le paralizaban las piernas, el dolor arrancaba estremecimientos de un cuerpo que no conseguía estarse quieto. Todos pensaron en el túnel. Acaso por la oscuridad subterránea había llegado alguna forma de maleficio. Rafael adivinó su pensamiento. El túnel no tenía nada que ver con la enfermedad y todos los topos iban a regresar a su trabajo. Preguntó quién sabía cocinar. Varias manos se levantaron. Eligió a dos para que ayudasen a Azucena. Dos días más tarde, cuando un médico del partido dijo que debían llevarla a un hospital, el túnel alcanzó setenta metros de profundidad.

Tres topos se desmayaron. Otros tenían señales de sofocación. El túnel se había calentado más allá de lo tolerable, decían los topos. No llegaba la compañera que debía auxiliar a Azucena. A Rafael lo aturdían los contratiempos. Nunca habían estado mejor y de pronto se le derrumbaba la gente. Pidió ayuda a Martín.

Sonia se presentó esa tarde en la base de Canto Grande. Azucena la conocía. Diez años más joven, Sonia pagó el taxi y cargó una pesada maleta de cartón hasta el interior. ¿Qué tienes, te ves cansada? No lo sé, me duele mucho. He venido a ayudarte, dijo Sonia, seré tu sobrina. Tenía órdenes de unirse a la operación hasta que quedase terminada. Al rato Azucena la presentó al señor Ayala.

-Lo que yo veo es que su esposo trabaja mucho pero la tiene abandonada -repitió Ayala-. Hay que cuidar la salud..
. -Ya me pondré bien... -dijo Azucena con una mueca de sonrisa.
-...eso que usted tiene es muy raro, tiene que ver a un médico, ir al hospital –Ayala siguió amonestando a su vecina-. Con toda la vida por delante... y usted -se dirigió a Sonia- cuídela bien. ¿Tienen todo lo que necesitan? Avíseme, ya lo sabe...
-Gracias, señor Ayala, lo tendré informado.
-Y cuando aparezca Marcial, dígale que le quiero hablar.
-Así lo haré, señor Ayala.

Marcial llegó cuando había oscurecido. Traía a Martín y al Técnico escondidos en el Fargo azul celeste. Encontraron a los topos desparramados en la cámara subterránea. Sólo cuatro trabajaban en ese momento cargando bolsas de tierra. Habían sufrido un atraso en la limpieza y Rafael optó por detener la excavación hasta que no saliese la última bolsa de desmonte.

Martín y el Técnico escucharon a Rafael
-La gente se desmaya por el calor. Hemos tenido cuarenta y dos grados en la punta del túnel. Es demasiado. Paf. Quedan privados. Se les pega la lengua al paladar. Parece que ya se nos hubiesen asfixiado. ..
-¿Cuarentidós grados? -el Técnico consultó su libreta- Afuera hemos tenido dieciocho, más bien frío.
-No me equivoco, cuarentidós -insistió Rafael-. Al Tío lo tengo chequeando desde que empiezan a trabajar. Ayer llegamos a cuarenta. Se pone peor cuando el túnel cambia de dirección. Necesitamos ventilar...

-Mañana podemos traer las mangas. En una semana, el extractor el Técnico-. ¿Cuánta gente entra al túnel al mismo tiempo?
-Los vamos intercalando para que no se acabe el aire. Si entraran juntos, en una hora habría que salir corriendo. Un grupo de tres en la punta, otro a cargo del desmonte a treinta metros. El resto espera al pie del pozo. Cada turno dura dos horas.
-¿Cuántas veces han salido a descansar desde que empezaron en mayo ? -se oyó a Martín.
-Dos -dijo Rafael-, una semana cada una.
-Descansaron en julio y en setiembre -dijo Martín-. ¿No te parece poco?
-Tiene que hacerse, hay que entrar a la prisión. Después descansaremos...
-No, Rafael, la gente no aguanta. Aún si sus mentes quisieran, sus cuerpos caerían. Hasta el metal se rompe cuando se cansa.
-...pero estamos avanzando casi diez metros por semana, no es momento de parar -se exasperó Rafael.
-Que empiecen a salir por grupos -ordenó Martín.
-Enero será más caluroso que de costumbre. El túnel puede ponerse insoportable, como entrar a un incendio. Pienso en una situación extrema -se preocupó el Técnico.
-Sería mejor darles descanso en Navidad -en Rafael afloraba un evidente instinto gerencial-. Si lo hacen ahora, querrán salir dos veces... cuestión de días.
-Ya veremos -apaciguó Martín-. Como están ahora, no pueden continuar.

El primero que necesitaba alejarse del túnel era el propio Rafael. La enfermedad de Azucena, que aún no encontraba diagnóstico satisfactorio, lo había alterado. No era, además, el único pretendiente de la guerrillera. Otro de los topos la acosó con soltura y audacia y le confesó su amor. Azucena no supo que responder. Martín sabía que ella prefería a Rafael. Sin embargo no quiso estimular una rivalidad que pudiese acabar en conflicto. Ahora Rafael presionaba y ella sólo quería curarse, aprovechó una reunión para agradecer las atenciones de ambos.
-Los respeto mucho -dijo Azucena mirándolos-, pero prefiero no tener relaciones con ninguno de ustedes. En otras palabras, quiero mi independencia y mi libertad.

Rafael no habló hasta encontrar un momento a solas con Azucena. -Te seguiré cuidando -dijo-. Te amo. No me doy por rendido. Algún día podrás quererme.
Otro tupamaro se incorporó a la fachada de Canto Grande. Se llamaba Jorge y representaba el papel de esposo de Sonia. Tan pronto se hizo cargo de la compra diaria de víveres para la base, Marcial pudo llevar a Azucena a los médicos. Nadie descubría la enfermedad. Aunque pareció escapar de una crisis, nada calmaba los dolores.

En diciembre, los topos trabajaron a media máquina. Pese al calor extremo y a la falta de ventilación, el túnel creció otros veinticinco metros.
Se acercaba a los cien metros cuando el Tío Benigno salió a descansar. La verdad, le daba lo mismo estar en el túnel que afuera. Siempre estaba de paso, tal era su secreto. No aspiraba a quedarse en ninguna parte. Tampoco tenía urgencia por partir o llegar. Nunca le había importado la comodidad. Cualquiera

que fuese la aventura, estaba listo para embarcarse en ella, ligero de equipaje. Ni siquiera preguntaba cuándo iba a regresar. Todos sus bienes entraban en un cofre de madera de alcanfor. No tenía casa, apartado postal, teléfono. Arrendaba la misma habitación desde hacía veinte años, en casa de un anciano a quien conocían como el Carpintero, buscado por la policía desde los tiempos de la guerrilla del MIR. Martín había entregado dinero al Tío para que mandase hacer otro vagoncito. El que usaban en el túnel estaba a punto de desfondarse. Con el andar casi socarrón que caracterizaba a los tupamaros -nunca con prisa aunque siempre al mismo paso- el Tío visitó al herrero, a quien entregó el plano, las dimensiones y un adelanto. Después fue a buscar a su amigo. La policía lo esperaba.

Martín pudo averiguar la desaparición del Tío Benigno gracias a la Tía Rosa. El Carpintero había caído por pedir un certificado de domicilio, creyendo que después de tantos años se habrían olvidado de él. No había cargos serios contra el anciano, pero la División contra el Terrorismo perseguía hasta el fin todas las pistas. Pronto interrogaron a los vecinos. Ellos recordaron que cada dos, tres meses, el Carpintero recibía la visita de otro viejo. Montaron guardia. El Tío Benigno no había demorado en aparecer.

-Abandonen la base de inmediato -ordenó Martín tan pronto confirmó que el Tío estaba en los calabozos de la DIRCOTE- ...todos afuera.
-No se puede dejar tirado el túnel -protestó Rafael. Los topos no creían que el Tío Benigno fuese a delatarlos. En ausencia de Rafael, él lo había reemplazado en el mando. Había entregado toda su vida a la revolución. Martín no se conmovió. El tío había sido parte de la primera fachada en Canto Grande. Si la policía encontraba cualquiera de las pistas que el Tío había dejado tras de sí en casi cuarenta años de revolucionario, la DIRCOTE iba a descubrir rápidamente el plan de fuga. Dependían ahora del silencio del viejo. No era la primera vez.

La alarma

En el verano de 1990 empezaron a escasear los alimentos en la prisión de Canto Grande. El gobierno de Alan García se acercaba a su fin mientras se disparaban los precios a una velocidad desconocida aún para América Latina. Había quienes comparaban la inflación peruana con el desastre alemán en los años veinte. Todas las actividades económicas tenían que reacomodarse de una semana a otra. Pero nadie modificó las cantidades que el presupuesto fiscal destinaba a la alimentación de los presos. Las cocinas de la cárcel de seguridad máxima nunca habían funcionado. El Ministerio de Justicia encargaba la comida de los reclusos a los “comedores populares” que dependían del Ministerio de Salud Pública. Solía llegar tarde, con la grasa coagulada, en enormes ollas viejas transportadas por un camión ruinoso.

En el Perú imaginario, un reglamento establecía la ración de calorías y proteínas que el estado se comprometía a proporcionar a los presidiarios. En el Perú real, las raciones eran escuálidas y nunca nadie se tomaba la molestia de estimar su contenido. Según el reglamento, la población penal debía recibir tres comidas diarias. En la realidad le repartían dos panes y engrudo de avena para

desayuno y una sola vez el mismo menú siempre: un maloliente estofado de sebo, huesos, papas y verduras y un masacote de arroz casi siempre infestado de gorgojos. Pero en enero de ese año desaparecieron los panes y las papas y en febrero los huesos y el sebo y hasta ralearon las verduras. En fin, disminuyó el número de ollas y un día simplemente no llegó el camión con el rancho. Cada vez más los presos dependían del auxilio de sus familiares y amigos. Pero centenares de ellos estaban solos en el mundo o nadie los visitaba. Acabarían por morir de hambre.

-No me gusta nada, cualquier día va a estallar el motín, puede haber muertos y a lo mejor nos cambian de sitio -se preocupaba Mateo.
-No tienen adonde llevarnos -lo aquietaba Polay-. Lo mismo ocurre en todas las prisiones. Nadie se preocupa...
-Los pelícanos ya empezaron a asaltar pabellones. El CENIN parece una fortaleza. En el 6B están protegidos por un ejército de sicarios. A los pabellones de Sendero ni siquiera te puedes acercar...

Mateo llegaba al venusterio por territorio de la Republicana o lo hubiesen matado en el camino para arrebatarle la portaviandas.
-...dicen que en Lurigancho empezaron los desórdenes, que los presos han tomado los techos...

Polay asintió. Gracias al grupo electrógeno instalado por el Padrino, el antiguo venusterio era el único pabellón que no se oscurecía con intermitentes apagones y el jefe del MRTA podía seguir las noticias en la televisión. Ya no era necesario que Sendero Luminoso derribara torres eléctricas. No se aplacaba la sequía, adelgazaba el caudal de los ríos, era preciso racionar la energía.
-...y además Lurigancho está sin agua, las visitas tienen que llevarla en bidones.

A Mateo no lo abandonaba una preocupada expresión. No podía borrársela del rostro. Varias veces el soplón había preguntado a Polay que le pasaba al compañero, si tenía un familiar enfermo. Pero aparte de informar sobre el desastre carcelario, Mateo transmitía buenas noticias. El túnel a cinco metros de la muralla. Cuatro días después: ya está debajo del torreón 8. Y al día siguiente: los topos entraron a la prisión. Debían encontrarse a quince metros de profundidad.

-¿Han calculado cuánto tiempo más van a demorar?
Faltaba poco para las elecciones presidenciales de abril. El 28 de julio cambiaría el gobierno. Polay insistía en fugar mientras Alan García estuviese en la presidencia.
-Tienen que atravesar media prisión, son más de cien metros hasta el pabellón... Cien días, pensó Polay.
-...fines de julio, principios de agosto -calculó Mateo, pesimista.

La televisión se había convertido en el gran campo de batalla electoral. La derecha la saturaba con un bombardeo publicitario, pero el Fredemo seguía perdiendo puntos en los sondeos de opinión. En diciembre pasaba de 50 por

ciento. Había resbalado a 37. Por primera vez las encuestas mencionaban a un misterioso independiente, Alberto Fujimori, que parecía haberse colocado por encima de los dos candidatos de la izquierda dividida, aunque sin llegar todavía al diez por ciento. El país llegaba a las elecciones en un estado de agotamiento. La democracia armada seguía cosechando desaparecidos. Los servicios públicos se desmoronaban de puro viejos. La luz y el agua, racionadas. Los hospitales, cerrados por huelga. Los autobuses, detenidos por falta de repuestos. Abandonada la vigilancia en las calles. Todos los días se devaluaba la moneda. La inflación volaba. La mitad de la población se alimentaba de ollas comunes. Y nada en qué creer, nada en qué soñar. Nadie que al menos convocara el respeto nacional.

Sólo el descubrimiento de un túnel podía distraer a los presos de sus privaciones en víspera de las elecciones generales. En su celda, Polay no quiso creerlo.
-¡Túnel, hay túnel!

Eran las seis de la mañana y los presos se daban la noticia de un pabellón a otro. Lo descubrieron, pensó. Corrió en busca de una ventana. Un enorme tractor hacía temblar la tierra de nadie. Fuera de la prisión se movía otra máquina pesada, a ratos golpeando el suelo con su pala de acero. Volvió a mirar. Gruesas orugas trituraban la tierra de nadie. Habían empezado a abrir una zanja profunda.

El general-héroe de la Fuerza Aérea y el general de los secuestros habían salido al pasadizo. También llegó el soplón.
-¿Qué pasa? ¿qué tanta bulla? -se molestó el héroe.
-Sí, ¿qué van a construir?-preguntó Polay.
-No construyen -dijo el Soplón-.Todo al revés... están rompiendo un túnel.
-¿Un túnel?-se asombró el general de los secuestros.
-...¿túnel?-como un eco se escuchó a Polay.
-Todavía no saben bien de donde sale -explicó el soplón-. Seguramente tendremos requisa. Hay que prepararse...

Al rato se encontraron con el bien enterado general de la Policía Técnica.
-¿Sabían que hay túnel?
-Sí, sí.
-Parece que habían llegado lejos. Los han escuchado desde el torreón 8... casi estaban afuera.
-Oiga usted, qué pena...
-¿Y de dónde sale? -se interesó Polay.
-El comandante Polay seguro sabe -dijo resentido el soplón.

El jefe del MRTA echó a reír.
-Dicen que del pabellón 6A-dijo el general de la Policía Técnica.
-¿Pegado a nosotros?

Todos los ojos de la prisión se concentraron en el MRTA. Polay supo que se trataba de su túnel. Pero nadie imaginaba que venía de afuera. En los días que siguieron, la Republicana inspeccionó la prisión palmo a palmo. En vano

registraron intactos subterráneos. Con maquinaria pesada abrieron zanjas de hasta cinco metros de profundidad. El nuevo comandante del presidio se obstinaba. Todos los centinelas que habían estado en el torreón 8 reportaron ruidos subterráneos. Tenía que haber túnel. De nuevo los guardias bajaron a los ductos. Esta vez golpeaban piso y paredes pero en ninguna parte sonaba a hueco. Entonces mandó traer a unos huaqueros. Si podían descubrir tumbas preincaicas subterráneas, también debían ser capaces de encontrar el túnel.

En la parte fofa de la tierra de nadie, hundieron en vano su largas barretas de acero. Nada. Sólo al cuarto día Polay pudo descansar. Había llegado un mensaje desde la base. El túnel seguía avanzando a pesar de todo. El jefe del MRTA ya no tuvo lástima de sus topos. Calculó que se encontraban entre el tanque de agua y la cocina, dirigiéndose hacia el pabellón 1A. Había llegado el momento de alistarse. Hasta entonces se había preocupado por mantenerse fuerte, bien alimentado. Estaba subido de peso. Pronto tendría que trepar paredes, saltar techos, meterse por un agujero en la tierra. Se puso a dieta y cambió sus costumbres. Había sido el más diurno de los prisioneros en el antiguo venusterio. Empezó a dormir siesta y a trasnochar. Se quedaba hasta el amanecer conversando con el general de la Policía Técnica. A las tres y media, las cuatro regresaba al tercer piso, procurando hacer ruido. La guardia se acostumbró. Ahí va Polay, decían. Era parte de la rutina.

El domingo 8 de abril, el favorito Vargas Llosa y el desconocido Fujimori ganaron el derecho de decidir la Presidencia de la República en una segunda vuelta. Casi un empate.

El soplón observaba al jefe del MRTA haciendo una hora de gimnasia en la mañana y otra al anochecer.
-¿Adonde vas a ir? -preguntaba.
-A ningún lado.
-¿Y para qué pierdes peso?
-Porque estoy gordo.

Todos pensaban en el MRTA. ¿No era sospechoso el buen humor de los guerrilleros? Sin embargo no podía ser. Llevaban una vida más que tranquila que antes. Organizaron un torneo de pelota y bajaban a entrenar después de almuerzo. Dejaban que otros presos los visitaran en el pabellón 2A. Podía vérseles completos a todas horas.

Por unos días el comandante del presidio se convirtió en asiduo visitante del venusterio.
-¿Cómo están hoy, muchachos? -saludaba al entrar.
-¿Qué dice el túnel? -fastidiaban los generales-. ¿Todavía no lo encuentra?

Un día el comandante del presidio no se aguantó, encaró a Polay: -No se me haga, usted tiene que saber...
-¿Qué cosa?
-...el túnel.
-Ah, el túnel.
-Sí, el túnel. Mi gente no se deja llevar por la imaginación...

-A lo mejor estaban fumados. Los generales rieron.
-Oiga, por qué no hacen una zanja grandota en derredor del penal. de cinco a seis metros de profundidad, y se olvidan de las fugas...
-Como los fosos de los castillos -dijo el general de los secuestros.
Polay perdió cinco kilos de peso.

El comandante del presidio se lo quedó mirando.
-¿Qué pasa con usted? Lo veo frágil, delgadito. ¿Las compañeras no lo visitan? ¿nadie le lleva comida?
-Me he adelgazado para salir bien por su túnel -replicó Polay. En derredor suyo estalló una carcajada. El comandante del presidio no volvió a hacer preguntas.

Torreón 8

Sólo cuando estuvo seguro de que el túnel seguía siendo un secreto, Martín permitió que los topos volvieran a Canto Grande. La DIRCOTE había retenido al Tío Benigno hasta mediados de enero, catorce días más de lo permitido por la ley. El viejo no soltó palabra. Durante todo ese tiempo, Martín había vigilado de lejos. Nada extraordinario pareció ocurrir en el barrio. Nadie se acercaba a la base, con su inofensivo aspecto de casa pobre. Los perros y el corral habían quedado encargados a una buena mujer que cuidaba de un marido hemipléjico y jubilado. Al dejar la base. Marcial había pedido al señor Ayala que le cuidara la propiedad. Explicó que Azucena debía internarse en un hospital y que también él estaría ausente para atenderla. La huelga de los trabajadores de Salud Pública lo forzaba a no separarse de su esposa. Como quien sufre un olvido, se llevó las llaves de la casa. Al caer la noche, Ayala se limitaba a comprobar que las puertas exteriores siguieran trancadas. Mañana y tarde, la señora Fermina usaba el portón lateral para alimentar a las gallinas y los patos.

Martín desconfiaba, pero todo seguía igual. El barrio despertaba entre tres y cuatro de la mañana. Salían los hombres a reunirse en grupos para la larga caminata rumbo a los paraderos de micros y autobuses. Algunas señoras se instalaban a vender en su paradita antes de las cinco. En el barrio quedaban viejos, mujeres y por ahora niños de vacaciones escolares. Al caer la noche empezaban a regresar los vecinos. Quienes no tenían televisor pagaban su entrada para ver las telenovelas en casas pudientes. A diario subían devotos a rezar y poner florcitas a la Virgen en lo alto del cerro. Nada interrumpía las novenas, ni las devociones dominicales o las funciones de cine en la parroquia. El barrio seguía existiendo sin prestar mucha atención a la prisión de máxima seguridad.

Una vez que entraron los topos y que Marcial y los “sobrinos” se instalaron en la casa de fachada, Martín llegó con el Técnico. Se les agotaba el tiempo. Un pequeño y asordinado generador eléctrico funcionó mejor que el anterior. El Técnico instaló las mangas de ventilación a lo largo de sesenta metros de túnel. Un día demoró en colocar el extractor de aire puesto al revés, de modo que empujase un ventarrón hacia lo más distante de la excavación. Al fin echó a andar y las mangas de plástico se templaron de un tirón, transportando un chorro continuo de aire fresco al interior del socavón. El aire salía con tanta fuerza, que rebotaba al final del túnel.

-Ahora sí... -Rafael daba saltos al salir del túnel.

Martín imaginó la superficie. Todavía estaban en la pampa, aunque cerca de la muralla. Mientras todos se duchaban en la cámara subterránea, Rafael anunció que trabajarían día y noche.
-¿Y el ruido? -se preocupó Martín.
-Son quince metros de profundidad, ¿no es cierto. Técnico?

El Técnico asintió. Tenían que avanzar más de un metro diario si querían abrir el túnel antes del cambio de gobierno.
-Se puede correr el riesgo -contestó.
-No lo sé -Martín dudaba-. No me gusta.
-Nadie va a oírnos -insistió Rafael.
-Es un presentimiento...

Los ojos de Rafael recorrieron la inmensa cicatriz que bajaba desde el esternón de Martín.
-¿Qué fue eso, compañero?... Te abrieron como una res.
Martín quiso sonreír pero le salió una mueca.
-Tres balazos a quemarropa.
-¿Quién te lo hizo? ¿cómo ocurrió?

También el Técnico y los topos observaron de cerca la cicatriz de unos treinta centímetros de largo.
-Ya pasó... fue hace tiempo. Todo por repartir zapatos...
-No jodas... ¿zapatos?
-Zapatos -repitió Martín-, Empezaban las clases y todo el mundo se quejaba del precio de los zapatos. Los habían subido al doble o al triple. Así que salimos con varias escuadras a capturar zapaterías para que el pueblo las saqueara. A mí me tocó el centro de Lima... -¿Y qué pasó? ¿los recibieron a balazos?
-No te rías -advirtió Martín al jefe de los topos-. Todo salió bien. Se tomó el local, se redujo al personal, no hubo heridos ni muertos. La gente de la calle entraba feliz. En diez minutos limpiaron la tienda. Hicimos pintas y dejamos volantes. Yo me fui caminando de lo más normal, tranquilo...

La sombra de una mala memoria cubrió el rostro de Martín.
-...Nunca antes había tenido contratiempos. De puro confiado no me di cuenta que un empleado de la tienda me estaba siguiendo...

Martín ocultó la cicatriz con la camisa. Los topos se secaban atentos a su relato.
-...cuando vio a un policía cerca, el empleado empezó a gritarme terrorista y me señalaba con el dedo. El policía no hizo preguntas. Sacó su revólver y me disparó. Yo estaba armado y contesté dos disparos. Pensaba ya me jodí, un sábado a las siete y media de la noche en pleno mercado central... estaba perdido. Me perseguía el guardia y otros policías que se le iban agregando. Me disparaban, yo disparaba, la gente se tiraba al suelo, gritaban como locos. Ya estábamos en plena avenida Abancay, frente al Ministerio de Economía. Los ambulantes salían en estampida, los micros paraban en seco y yo no tenía

adonde dirigirme. Seguí corriendo hasta que se me acabaron las balas. Entonces guardé el arma, doblé una esquina y me puse a caminar como si no tuviese nada que ver con el tiroteo. Los policías se habían quedado atrás, como cien metros. Yo trataba de pensar. Recuerdo que había una librería y en la puerta un policía de tránsito. Un gordo medio viejo. Me vio empapado en sudor y sospechoso. ¿Sus papeles? Y yo: ¿por qué. guardia, qué he hecho? En ese momento aparecieron los otros policías. ¡Agárralo, agárralo! Me encañonó...

-¿Y disparó?
-...no, el gordo era un tipo tranquilo. Los otros me tumbaron a patadas. Eran cinco. Me rompieron la nariz, los dientes. Me quitaron los documentos, el reloj, el dinero. Me esposaron. Conversaban entre ellos. El que había peleado conmigo al principio era el más furioso. Yo me lo bajo, decía. Los otros lo calmaban. Pararon un taxi y tres de los guardias subieron conmigo. El furioso se sentó junto al chofer. Los que estaban atrás me seguían pegando. ¿Dónde están las armas? ¿con quién vas a verte? Yo callaba. El de adelante dijo que tenía experiencia con los terroristas. Sacó su arma y me apuntó. Te voy a matar conchatumadre, dijo. Yo pensé que me quería asustar pero le vi un brillo raro en la mirada. Y así, medio de costado, me reventó el balazo en el estómago. El tiro me salió por la nalga izquierda. Yo estaba sorprendido de seguir viviendo y de la facilidad con que te podían matar completamente indefenso. Era como ser dos personas dentro de mí. Una sentía el dolor, la otra estaba muda, observando a los policías. El chofer ni miraba. Seguía agarrado al timón. El de adelante vociferaba, me has querido matar, asesino de mierda. Toma, dijo, y volvió a disparar. La bala me entró caliente todavía. Me rompió una costilla, me tocó un pulmón y quedó alojada cerca del hígado. Fue como si me estuviesen reventando las tripas. No me desmayé. Pensé que era el final. Sentía írseme la sangre por todas partes. Y entonces, bam, el tercer balazo, aquí en el medio. Se quedó sin balas y los policías de atrás, que también habían quedado mudos, aprovecharon para calmarlo. Ya está bien, ya se va a morir. Vamos a la comandancia y ahí le damos. Pero estaba el chofer de testigo y yo me desangraba, me daban convulsiones, yo mismo creí que entraba en agonía...

-¿Te desmayaste?
-...Seguí consciente. En la entrada del hospital me dijeron bájate. No podía moverme. Uno de los policías me jaloneó hasta sacarme del taxi y me tiró al suelo. Querían que caminara y me pateaban. Yo estaba todo mojado en sangre pero no se notaba porque la ropa era negra. Al fin llegó una camilla y me subieron esposado. Lo último que recuerdo es que discutían con un médico porque no querían sacarme las esposas...

-¿Y después?
-...Desperté el lunes a las cinco de la tarde. Habían tenido que cortarme parte del estómago y un metro de intestino. Aún tenía una bala adentro. Nadie creía que iba a vivir. Parece que los policías me dieron por muerto. En los diarios se informó que habían liquidado a un subversivo en un enfrentamiento con la policía. Publicaron mi nombre y apellidos. Mi familia no imaginaba que yo

pertenecía al MRTA. Al cuarto día apareció mi madre. Venía a recoger mi cadáver. En total estuve veinticuatro días en el hospital...

-¿Y la DIRCOTE? -preguntó Rafael.
-...Quiso sacarme del hospital para llevarme a sus calabozos pero los médicos no lo permitieron. Estaba con sondas y con un tratamiento masivo con antibióticos. Tenían que alimentarme por la vena. Y así querían llevarme a interrogar. Por suerte para mí, en esos días la DIRCOTE tuvo una buena cosecha de sospechosos y cuando acabó de torturarlos, el plazo de mi investigación había concluido.
-¿Cómo saliste?
-Estuve en Lurigancho. Escapé por los cerros. Los compañeros me esperaban.
Todos callaron por un rato. Cada quien parecía pensar en su propio destino.
-Yo vi matar a un compañero a sangre fría -dijo uno de los topos.- Lo obligaron a arrodillarse y le dispararon a la nuca. Fue en un parque, a las nueve de la noche. Yo estaba escondido pero lo vi. Y otra gente también lo vio. Pero nadie habla. Nadie dice nada.
-Todos hemos echado una mirada a los infiernos, ahora debemos mirar hacia adelante -Martín prefería que no se entregaran a los recuerdos-. Ya tenemos ventilación. Ahora es preciso apurarse. Técnico, ¿por qué no hacemos el túnel un poco más bajo y más angosto? Yo creo que se puede...

El Técnico asintió. Valía la pena ensayar. Cuanto más se alejaban. más pesado era el trabajo de sacar la tierra. -¿Estaría bien un metro veinte de alto por uno de ancho?

Los topos respondieron afirmativamente.
el técnico decidió quedarse con los topos. El amanecer lo sorprendía detrás del agujero abierto en la pared posterior de la casa, manipulando el teodolito para confirmar sus cálculos.
-¿Cuánto falta? -desesperaban los topos.
-Ya les voy a decir -el Técnico desconfiaba de sus propios estimados. Tenían que estar cerca.

Llegaron cuatro topos más. Traían consigo dos pequeños vagones de fierro con ruedas de caucho.

El Técnico repetía sus mediciones. A solas con Rafael abrió sus planos. Con lápiz rojo aparecía el túnel. En negro había dibujado el perímetro de la cárcel. La líneas casi se tocaban.
-El rumbo es bueno -dijo el Técnico. Estamos cerca del torreón 8 y del tanque de agua...
-¿Cómo se puede confirmar?
-...Por la humedad. Hay filtraciones. Imposible no darse cuenta. El túnel alcanzó doscientos metros de longitud.
-Habría que inscribirlo en el libro de los récords mundiales-sonreía el Técnico-. Es el túnel de fuga más largo de la historia.

Lo preocupaba qué pasaría después de llegar al torreón. La forma hexagonal de la cárcel confundía ciertas mediciones encargadas a los compañeros que

estaban presos. Las brújulas que habían introducido al pabellón 2A se volvían locas dentro de la prisión repleta de rejas y puertas y mallas de fierro. El Técnico había tenido que entrar a Canto Grande confundido con las visitas para hacer algunos cálculos personalmente. Por pequeño que fuese, un error en el cambio de rumbo podía resultar catastrófico. El túnel corría riesgo de abrirse en otro pabellón o en el retén, rodeado de republicanos.

Rafael entraba con cada grupo de topos. Su cuerpo humeaba cuando salía a descansar. Aún iluminado, una vez que tomaba el rumbo Sur 35 grados Este, el túnel parecía perderse en lo profundo de la tierra. Los topos ya no llevaban cuenta de los días. Al subir por el pozo ni siquiera averiguaban si era de día o de noche. Roían el cascajo, pulían el techo, arrancaban pedruscos con las manos para seguir cavando. Sólo cuando la atmósfera se caldeaba, el Técnico hacía funcionar el sistema de ventilación. Los topos se habían acostumbrado a trabajar con una temperatura de hasta cuarenta grados. Durante una semana, el túnel voló a una velocidad desconocida. Estaban a un paso de la prisión cuando apareció la primera piedra de gran tamaño. Casi bloqueaba el paso del túnel. Rafael miraba atónito la enormidad del obstáculo: una verdadera pared de granito. Tendrían que romperla, dijo el Técnico. Dos días demoró hacerla añicos. Un metro más lejos se dieron contra otra piedra todavía más grande. Casi a la medianoche los topos consiguieron introducirle una cuña para rajarla. A las dos de la mañana salió el primer pedazo. Rafael trituró rabiosamente lo que quedaba. Los topos se caían de cansancio. Martín ordenó a Rafael que se fueran a dormir.

El túnel había llegado a doscientos doce metros. Como un disparo de cañón retumbó la tierra. Otro grupo de topos se disponía a entrar a las seis de esa mañana. Bum. De nuevo un cañonazo. Después de medir el avance del túnel, Rafael se había echado a descansar en la cámara subterránea. No tenía fuerzas ni siquiera para subir el pozo. El estruendo tardó en despertarlo. Miró en derredor suyo. Bum. Van a hundir el túnel, gritó Rafael enfurecido. Sin titubear entró al subterráneo. Corrió a gachas, a oscuras, reconociendo de memoria el tortuoso territorio, a trechos sintiendo repetirse el golpe y la detonación. Cuando se achicó el túnel supo que se acercaba a los doscientos metros. No habían concluido de colocar postes y vigas de eucalipto en el último tramo. Se repitió el golpazo en la superficie y abajo se sintió un sacudimiento, hilos de arena se filtraron a través de ínfimas rajaduras. Los topos llegaban detrás de Rafael. Brilló una linterna.
-¿Qué ocurre?
-¡Silencio! ...nos han descubierto...
Otro golpe, una trepidación encima de sus cabezas.
-Es un tractor -susurró uno de los topos.
Nos buscan -dijo otro.

Rafael recordó que habían hecho pedazos una piedra de acaso media tonelada, sin cuidarse del ruido. Estaban justamente debajo del torreón 8. Arriba pululaban guardias republicanos, tenían que haberlos escuchado. Apretó los puños, furioso consigo mismo. Su culpa. No podían cometer otro error y ya estaba hecho. Habían llegado a tocar la prisión y acaso tuvieran que

abandonar nuevamente, hasta que ya fuese demasiado tarde para liberar a sus compañeros.

Los golpes se sucedían a intervalos, como si dejasen caer un peso sobre la superficie. Más tarde Rafael iba a enterarse que se trataba de una enorme pala mecánica que sacudía el suelo de la prisión. Otro temblor de tierra se acercó. Llegaban más máquinas para sumarse a la búsqueda. A la luz de la linterna, los topos palpaban el techo recubierto por una delgada capa de cemento. El túnel soportaba la catástrofe.

Hubiesen mirado encima y habrían descubierto orugas de acero, la enorme excavadora cuya pala deglutía trozos de pampa, bocadeándola cada vez más hondo. La escuchaban triturar piedras, masticar metros de tierra, siempre más cerca y siempre demasiado lejos para atraparlos con sus dientes de acero. Una multitud de guardias vigilaba arriba. Los topos se apiñaban ahí donde concluía el socavón, al parecer dispuestos a defenderlo con sus propios cuerpos.

El Técnico informó que la punta del túnel había llegado a la tierra de nadie. Unos metros más adelante se encontraba el tanque de agua. Entonces modificarían el rumbo.
-¿Qué ocurre encima nuestro? -a Martín lo preocupaba la posibilidad de un rastrillo policial en el vecindario.
-Parece una excavadora -dijo Rafael.

El Técnico estuvo de acuerdo.
-Son varias máquinas... tienen que haber escuchado. Deben pensar que es un túnel que sale de la cárcel, no creo que nadie piense en un túnel entrando a Canto Grande -mostró los dientes con una preocupada sonrisa-. Quédense quietos...
-Son quince metros de profundidad -recordó Rafael-. No nos pueden alcanzar.

Los topos no abandonaron su túnel. Como si pudiesen ver a través de la tierra, miraban a lo alto rastreando el movimiento de las máquinas y la importancia de las zanjas.

Al otro día llegaron noticias: los republicanos rastreaban un túnel en Canto Grande. Habían escuchado a los topos. Buscaban el comienzo del túnel en la prisión. Voltearon los ductos en busca de la excavación. Nada. Abrieron zanjas de hasta cinco metros de profundidad. Nada. Las máquinas escarbaban la pampa y la tierra de nadie en locas direcciones. Nada. Al tercer día, Martín ordenó a los topos que siguieran trabajando. Sin un ruido volvieron a llenar de tierra los sacos de yute. Recorrían el túnel con pisadas de felpa. El Técnico sugirió que envolviesen con trapos las puntas de las barretas. Antes del fin de semana, los topos avisaron que se mojaba el terreno. Habían llegado al tanque de agua.

Doscientos treinta metros. El Técnico marcó un nuevo rumbo: Sur 20 grados Oeste. Debían mantenerse setenta metros en la misma profundidad. Atravesaban la prisión por debajo.

El derrumbe

Una semana después de sufrir una operación a la Columna vertebral, Azucena pudo caminar. A comienzos de junio regresó a la base del MRTA en Canto Grande. Esa misma noche aceptó convertirse en compañera de Rafael. Le pareció que volvía a vivir. Le habían removido una hernia lumbar. Pero ocho veces había fallado el diagnóstico de los médicos. Todos los hospitales estaban en huelga, amigos y parientes tenían que cuidar a los enfermos, en las veredas se amontonaba la basura, nubes de moscas pululaban la ciudad. Una radiografía tardaba una semana. La gente se aglomeraba en los servicios de emergencia. Los casos de tifoidea se contaban por centenares. No faltó quien deshauciara a Azucena. A lo mejor se trataba de un tumor maligno. Por fin identificaron el origen de sus males. Ya casi no caminaba. De pronto quedó curada. Cuando bajó de un taxi destartalado, los perros salieron ladrando a su encuentro. Fue un escándalo. Hasta el señor Ayala abandonó su casa para averiguar qué sucedía. ¡Azucena, qué bueno verla! ¡Qué alegría verlo, señor Ayala! Había estado delicada y ya usted ve, había sanado. Venía a quedarse. Corría a saludar a los sobrinos y a todos sus animalitos.

Con la llegada de Azucena, la pequeña casa de Canto Grande cobijaba a veintidós personas. Sólo cuatro podían ser vistas por el vecindario. Además de Martín y el Técnico, en el túnel trabajaban quince topos y Rafael. El camión Fargo azul celeste salía a las cuatro de la mañana y regresaba al amanecer con frutas y hortalizas en costales. En la base consumían treinta litros de leche diarios, ciento veinte panes, de diez a doce kilos de carne o pescado, ocho kilos de arroz, unos cuarenta litros de jugos de frutas y hortalizas. Día y noche humeaban cafeteras en las que Azucena destilaba una tintura de inigualado café cusqueño. Los compañeros del frente de Junín enviaban quesos del Mantaro, del norte venían panes de chancaca hechos con pura melaza de caña de azúcar. Los topos ya no se detenían. Trabajaban sin fijarse en los relojes. Escarbaban y movían tierra las veinticuatro horas del día. Aunque funcionara con más frecuencia el sistema de ventilación, al fondo del túnel la temperatura casi nunca bajaba de treintiocho grados. Ninguno de los topos había salido la base en los últimos tres meses. Azucena les administraba generosas dosis de vitaminas. Protestaban cuando los hacía tragar cucharadas de aceite de hígado de bacalao. Tres veces al día bajaba a la cámara subterránea para tomar la presión a los cansados. Si exhaustos, los topos buscaban su regazo como si Azucena fuese la madre de todos ellos. Bebían jarras de líquido pero seguían secándose. Se les endurecía la piel, como un pergamino, y debajo de ella podía sentírseles músculos fuertes pero magros y alargados. Mientras cruzaban la prisión por debajo tenían que cavar en silencio. Separaban la tierra de los guijarros con las manos desnudas. Los más jóvenes de los topos ya habían aprendido a escuchar lo que ocurría encima. Desarrollaban un instinto que permitía señalar cualquier rumbo a ciegas, sin necesidad de brújulas. Un cerro de bolsas de tierra se amontonaba en la boca del túnel. El pobre Fargo azul celeste hacía hasta cuatro viajes diarios para llevárselas de Canto Grande.

El túnel alcanzó doscientos cincuenta metros. Aunque al Perú todavía le faltase nuevo presidente, el cambio de gobierno se les venía encima. El Técnico no lograba dormir, pensando que podía haber equivocado sus cálculos

y que culpa suya el túnel acaso no llegara a destino antes del 28 de julio. Pidió permiso a Martín para visitar a sus amigos de la Universidad Nacional de Ingeniería. Allí mostró sus planos. En vez de una muralla, aparecía un abismo.

-¿Con qué margen de error has trabajado? -preguntó la mujer que lo ayudaba.
-Ocho grados -dijo el Técnico.
-Yo creo que son treinticinco -dijo ella.
-¿Treinticinco?
-La desviación final puede llegar a diez metros -dijo ella.
-¿Qué puedo hacer?

Ella no sospechaba, todavía.
-Sigue con el mismo rumbo, treintiséis metros. Luego corriges una sola vez... ¿qué hay aquí?
-La veta -mintió el Técnico.
-La distancia final está por encima de trescientos cuarenta metros... -la mujer observó largo rato el dibujo del socavón-. ¿No han pensado en un túnel para sacar a los compañeros de Canto Grande?

El Técnico se rindió.
-Este es el túnel -dijo.

La mujer rompió a reír.
-Algo me decía que esta mina era un negocio medio raro... ¿han avanzado tanto?

El Técnico asintió. Estaban en el tramo final.

De regreso a la base, el Técnico anunció que mantendrían el mismo rumbo. Cuando el túnel alcanzara doscientos ochentiseis metros, harían la corrección.
Azucena y Rafael salieron cuatro días para su luna de miel. A su regreso, los topos habían colgado un letrero en el dormitorio que decía:"Bienvenidos al túnel del amor". A Rafael lo maltrataban los sueños. Soñaba que al túnel se le abrían grietas, que lo sostenían con las manos. Se derrumbaba con todos adentro. Azucena lo sacudía hasta despertarlo empapado en sudor. Soñaba también con la prisión, como si pudiese estar, a la vez, en el túnel y fuera de él. Se veía en la tierra de nadie, desarmado y visible, y entonces pugnaba por enterrarse, volver a su existencia subterránea.

A los doscientos sesenta metros empezó a ralear la arena. En su lugar aparecían guijarros cada vez de mayor tamaño. Ya dentro del perímetro de la prisión, el ruido podía delatarlos. Las piedras frenaban la excavación, malhumorando a los topos. Nada importaba a Rafael. Hay que avanzar. Dejen de quejarse. No hagan bulla pero avancen. Los topos lo odiaban. Pero Rafael era el primero en entrar, el último en salir. Vivía dentro del túnel. A los treinta años de edad el pelo empezaba a ponérsele blanco, la piel se le arrugaba y adquiría lentamente la apariencia de un saurio. Mucha piedra, protestaban los topos. Así era, pues. Igual tenían que llegar a tiempo. Rafael no se conmovía. Golpeaba con los puños las paredes del túnel. Apúrate, decía, no te detengas. Parecía que el túnel escuchaba.

El país de arriba empezaba a quedar paralizado. En Roma se había inaugurado el campeonato mundial de fútbol y, aunque el Perú no intervenía, los juegos podían verse en transmisión directa por satélite y todo, negocios, trámites, transacciones, debates, tránsito de vehículos y hasta servicios de emergencia, todo se detenía. La gente se apiñaba frente a los televisores como si estuviese en un estadio italiano. Calles y avenidas quedaban desiertas, en las tiendas se agotaba la cerveza. Una vez iniciados los partidos, era imposible conseguir un taxi o comprar un diario. El mismo grito saludaba los goles en toda la amplitud de ciudad. Ahora la empresa estatal de electricidad se cuidaba de no cortar el suministro mientras llegaban las transmisiones del campeonato. Sin embargo, Canto Grande no parecía librarse de obstinados apagones. En la prisión, los del CENIN se habían hecho instalar un estrepitoso grupo electrógeno. Pronto fueron imitados por los secuestradores del pabellón 3A. En el venusterio funcionaba el generador del Padrino. Existía además, el enorme motor que iluminaba la parte exterior y alimenta las dependencias de la Republicana. El ruido favorecía a los topos. Cuando se jugaban partidos, rascaban furiosamente la tierra acelerando la excavación. Pero los topos protestaron. Las televisoras repetían dos y tres veces cada juego y también ellos querían presenciarlos. Martín accedió a instalar un televisor en la cámara subterránea. Los topos podrían ver el campeonato por turnos, sin que el túnel se interrumpiera. Rafael intentó oponerse.

-Se van a distraer -dijo acalorado-. Para nosotros no hay mundial, no hay nada más que el túnel.
-¿Acaso entran todos al mismo tiempo? -Martín conocía bien el explosivo temperamento de Rafael-. No. Entonces, los que no pertenecen al turno de trabajo, pueden sentarse y ver su partido. No tiene nada de malo.
-Vas a frenarlo todo, lo vas a malograr -Rafael no se convencía. Quería que sólo la obsesión del túnel existiera para los topos.
-Somos una república de futbolistas sin suerte -dijo Martín.
Cientos de miles salían a pobres canchas a jugar los fines de semana. Se anotaban goles casi a ras del océano y en lo alto de la cordillera, a cuatro o cinco kilómetros sobre el nivel del mar. En las zonas rurales los zapatos de domingo eran casi siempre bien engrasados “chimpunes” que lo mismo servían para ir a misa y para la tarde de fútbol-. Déjalos que vean. Lo único que no pueden hacer es ponerse a gritar gol.

SÁBADOS Y DOMINGOS, CUANDO SE JUGABAN los mejores partidos, los republicanos aflojaban el control de los visitantes. El MRTA aprovechó para introducir por piezas tres walkie talkies. Uno estaba destinado a Mateo. Otro le fue entregado a Lucero. El último era para el jefe del MRTA, aunque sólo debían llevárselo la víspera de la fuga pues sospechaba que registraban continuamente su celda del venusterio. Martín recibió otro walkie talkie. Debía usarlo a las ocho de la noche. Se le anudó la voz cuando escuchó a Mateo que respondía la clave de contraseña desde el pabellón 2A. Al rato entraron en la misma frecuencia las tupamaras del pabellón femenino. Intercambiaron datos rápidamente. El túnel se acercaba a su destino, había llegado el momento de prepararse para escapar. Martín pidió que empezaran los ensayos del grupo folklórico musical organizado por los tupamaros. Tarde o temprano escucharían

la música y podrían guiarlos hasta el patio y el baño para visitantes que habían construido en la planta baja. Allí el piso era delgado y sería fácil romperlo desde abajo. Quedaron en que los ensayos se harían a partir de las cinco de la tarde. Mateo informó que las acciones militares internas del MRTA el día de la fuga estarían al mando de Amador. Martín lo recordaba. Un tipo fuerte y silencioso. Amador había atacado el palacio presidencial con cohetes instalaza. Unos días después lo habían capturado con toda su escuadra en un automóvil repleto de pruebas inculpatorias: fusiles de asalto, explosivos, hasta el lanzador de cohetes que acababan de utilizar para averiar la residencia de Alan García y, a la noche siguiente, la maestranza del ejército. Sus abogados simplemente no tenían cómo defenderlos. Amador y sus comandos estaban sepultados en la prisión de Canto Grande para no menos de veinticinco años. Sólo Mateo y Lucero podían usar la radio. Martín confirmó que Lucero y Mateo ya habían memorizado el santo y seña y las claves para identificarse durante los siguientes siete días. Acordaron comunicarse a la misma hora. Martín informaría sobre el avance del túnel. Los otros mantendrían al tanto al jefe del MRTA. El túnel llegó a doscientos setenta metros. Los topos habían olvidado la extensión del día. Daba lo mismo que hubiese luz o que fuese de noche. Bajaban, excavaban, acarreaban tierra, cumplían doce horas en el subterráneo, se bañaban en la ducha, subían, se alimentaban, dormían. El cansancio los tumbaba como si el sueño fuese una muerte. Se desplomaban en la negrura total, más profunda que la del propio túnel. Y en sueños, el túnel les hablaba, crecía por sí mismo, se enteraba de los obstáculos, decidía. Ayer, arriba, después. Noche como un abismo. Día como una caverna. Daba lo mismo el sol invisible, el firmamento apagado. Subían, bajaban los topos sin llevar cuenta de las horas y los días. Se cumplió mayo. Junio se extinguía. Afuera, arriba, se acortaban las horas para la elección del nuevo presidente. Se volteaba la tortilla. Los pobres, los más numerosos, preferían a Fujimori. Sus adversarios perdían los papeles. Decían que un hijo de inmigrantes japoneses no podía ser presidente del Perú, que lo apoyaban los protestantes para destruir a la Iglesia Católica, que prohibiría las procesiones y perseguiría el culto a la Virgen María. Lo acusaban de haber evadido el pago de impuestos, lo insultaban en centenares de miles de volantes sin pie de imprenta. Pero nada parecía cambiar la tendencia de los electores.

Rafael había dejado de prestar atención a las noticias. A ratos se sentía incapaz de responder cuál era su nombre verdadero. Pese a los esfuerzos de Azucena para obligarlo a descansar, vivía en la punta del túnel. Seguía golpeando la tierra con los puños, ordenándole que se abriera, que el túnel se apurase. ¿Quién era? Nadie. Un topo, una sombra, una entidad invisible, un murmullo. Se disolvía en la oscuridad. Para ir más rápido, habían vuelto a achicar el túnel. El cambio de tamaño lo confundía a veces, de modo que se raspaba los brazos, la espalda. Quienes empujaban los vagoncitos se machucaban los dedos. Nadie se quejaba. Lo peor era no recordarse, no saber siquiera si antes también habían existido o si la luz roja del atardecer y los oros andinos del sol que salía por las montañas eran parte de un sueño que no podía ser vuelto a vivir.

Doscientos ochentiseis metros. El Técnico modificó el rumbo. Estaba seguro de dirigir el túnel directamente al pabellón 2A.

Una tarde -estaba seguro que eran las cinco de la tarde- los topos se detuvieron.
-¿Qué pasa? -se alarmó Rafael.
-¿No escucha usted, compañero? -susurró un topo. Señalaba adelante y arriba-. Música.

Una hilacha de música se filtraba a través de la tierra. Zampoñas. Un bombo. Una sonrisa iluminó el rostro de Rafael. Reconocía la canción.
-"Aquí están los tupamaros"... -cantó bajito.
-...«festejando con su pueblo» -se animaron los topos.

En lo más estrecho del túnel, los topos bailaron. Repartían abrazos. Les pareció que daban la mano a los compañeros presos. Rafael galopó en busca de Martín y el Técnico.
-¡Están cantando, podemos escucharlos! -dijo arrastrándolos al fondo del túnel. Con la oreja pegada a la tierra, se escuchaba nítida aunque débilmente

La guerra de nuestro pueblo
es la fiesta popular...
los hombres y las mujeres,
salgan todos a bailar..

Se anudaron sus gargantas. Para oír esas voces se habían enterrado vivos por más de un año o dos.
-Los tenemos al frente, el rumbo está bien -dijo el Técnico.
-Un poco a la derecha... -objetó Martín.
-Lo vamos a corregir. Mantengan el rumbo.
-¿Ya podemos levantar?
-Todavía no. Demasiado pronto..

Todas las tardes, durante una hora, al túnel llegaba la música del grupo folklórico de los tupamaros. Treintinueve guerrilleros juntaban sus voces para hacerse escuchar bajo tierra. Se acompañaban con instrumentos andinos. Durante una hora, el bombo de los guerrilleros latía como un corazón que cada día se escuchaba más fuerte en el túnel.
-Sigan tocando, se les oye mejor y más fuerte -decía Martín por la radio.

El Técnico no cesaba de revisar sus mediciones. A los doscientos noventicinco metros volvió a corregir el rumbo. Calculó que se encontraban a unos dieciseis metros de profundidad.
-Ahora sí. Empezamos a subir...-dijo por fin.
-¿Cuánto falta?
-Tres o cuatro semanas...

Martín consultó un pequeño calendario.
-Entre el quince y el veintidós de julio... con las justas.
-...después tendremos que seguir la losa de concreto hasta dar con el baño que está en el patio.
-Entonces será en agosto -se preocupó Martín.

-Hay que subir un metro por cada tres. Suspendemos el trabajo nocturno. Nada de ruido.

Los topos empezaron a tallar una larguísima escalera. A medida que salían a flote, Rafael fijó un nuevo horario, de seis de la mañana a seis y media de la tarde.

Trescientos veinte metros. Los peruanos eligieron presidente al ingeniero Alberto Fujimori con más del sesenta por ciento de los sufragios.

La tierra se ablandaba delante de los topos. Ahora abrían un agujero de apenas setenta centímetros de diámetro. Aquí, allá, Rafael lo reforzaba con pedazos de eucalipto. Aunque funcionara el sistema de ventilación, el fondo del túnel ya no se enfriaba. Nadie duraba más de media hora sin desplomarse con síntomas de asfixia.

Trescientos treintitrés metros. El Técnico repitió la medición. Tres veces tres. Le gustaba el número. Como un trébol de cuatro hojas, se dijo, buena suerte. Debían estar a unos cuatro metros de profundidad. A las cinco de la tarde del domingo 8 de julio se despidió de los topos y regresó al otro extremo del túnel. Martín terminaba de ducharse. El lugar se había impregnado de humanidad. Olía a gente, ya no a subterráneo. Las paredes estaban pintadas con lemas del MRTA y retratos de Túpac Amaru, el Che Guevara y Luis de la Puente Uceda. Observó al Técnico que se hundía de nariz en su cuaderno de cálculos.

-¿Cuándo crees que estaremos entrando? -lo interrumpió.
-No lo sé. En dos días o tres debemos chocar con la losa de concreto. De ahí habrá que buscar el baño. Vaya uno a saber. Es como andar con un bastón de ciego...

La fuga tenía que producirse cualquiera de los días en que entraban visitantes a la prisión. Familiares y amigos dejaban dinero víveres, jabón, ropa. No bien caía la noche, gran parte de todo eso se convertía en pasta de cocaína. Hasta la madrugada, cientos de reclusos velaban, al acecho de cualquier ruido, mientras cigarrillos cargados de coca daban la vuelta por las celdas.

-¿Sabes cuántos compañeros están presos? -preguntó El Técnico.
-Cuarentisiete. Hay nueve mujeres.

No bastaba que el túnel desembocase en la prisión. Tenían que pasar armas y salir de Canto Grande ordenadamente, en vehículos que aún no estaban a disposición de Martín.

Los topos de asueto se apiñaban frente al televisor. Alemania era el nuevo campeón mundial de fútbol. En ese momento repetían el partido de la víspera entre italianos e ingleses.

-¿Puedes creer? No he visto un solo partido... -sonrió Martín.
-Yo vi jugar a Camerún -confesó Rafael.
-Aún podemos fracasar -dijo Martín de pronto.

Con ropas limpias, lavado del polvo que flotaba al interior del túnel, Martín se tendió en una colchoneta, mirando de reojo el fútbol en la pantalla del televisor. Arriba ya humeaba la comida de los topos. Cerca suyo tenía el walkie taikie. La noche anterior habían acordado que la comunicación quedase abierta.

-¡Compañero, venga... tiene que acercarse, urgente!

Martín y Rafael se miraron antes de pararse de un brinco. El topo había desaparecido por el túnel luego de despachar su mensaje.
-¡Me acabo de bañar! -protestó Martín-. ¡Sólo falta otra desgracia, carajo!

Treintiocho metros en una dirección. Ciento setenta en línea recta. Setentiocho entrando por debajo de la prisión. En fin. cuarentisiete metros en leve zigzag y subiendo por largos escalones. Esta vez Martín no tuvo que pegar la oreja a la tierra. Quenas, zampoñas, charango, guitarras, bombo y voces resonaban como si estuviesen en una habitación contigua. Repetían la canción "Aquí están los tupamaros" para que no hubiese lugar a dudas.
-Es toda una orquesta -sonrió orgullosamente Rafael.
-Estamos bien cerca -se preocupó Martín. Tendría que avisar rápidamente al partido que la fuga se apuraba.
-Sí. estamos a un paso -se admiró el Técnico.
-Revisa tus cálculos -dijo Rafael-, No me parece que falten diez días para llegar.
-No he dicho eso.
-Bueno, una semana. Este túnel revienta ahorita.
-Mañana o pasado mañana -dijo uno de los topos. El grupo folklórico de los tupamaros pasaba a una verdadera explosión de zampoñas y tambores.
-A lo mejor creen que no los escuchamos -sonrió Martín.
-Van a reventar los compañeros -siguió alegre Rafael.
-Hemos llegado... -repetía el Técnico.
-Sí, hemos llegado. Lo hiciste bien.
-Todos lo hicimos bien. No creí que acabaríamos...
-Nunca íbamos a llegar y llegamos.
-Quisiera celebrar pero no se puede.
-No, no hay tiempo...
-Celebraremos cuando hayan salido los compañeros-dijo Martín. Ya estaba el túnel. Ahora tenían que escapar desde tres pabellones. Faltaba lo más difícil pero no quiso decirlo.
-Vamos...
-Terminen de limpiar toda esa arena y váyanse a dormir -dijo Rafael a los topos-. Yo me encargo del carrito.

Martín y el Técnico lo ayudaron a tirar del vagoncito.
-Hay que cambiar el camión -murmuró Rafael mientras apilaba los sacos a la entrada del pozo-. Pobre, ya no da más.

El Fargo azul celeste amenazaba desfondarse.
-¿Te has vuelto loco? -empezó a reír el Técnico.
-No vale la pena -dijo Martín-. Acabamos y adiós Canto Grande.

Rafael se sentó sobre una de las bolsas, de pronto desalentado. Claro, lo olvidaba. Se había encariñado con el túnel. Una vez que escapasen los compañeros, no lo volverían a ver.
-No se rían de mí-confesó-. Me da pena dejarlo. Después de todo es nuestro túnel. Una obra de ingeniería.
-Te entiendo -dijo Martín. Había sentido tan cerca la música de sus compañeros que le pareció necesario cuidar el final del túnel. Esa noche pondría centinelas. Se preguntó si sería prudente usar la radio tan temprano. Decidió esperar hasta las ocho. Tenía que avisar: llegarían en cualquier momento.

Una vez que acomodó las bolsas, Rafael consultó su reloj: las seis y veinticinco. Los topos no salían. Decidió ir al otro extremo del túnel.

Martín volvió a lavarse. Se frotó después vigorosamente con una toalla. De nuevo se vistió. Esperaba a Rafael y los topos para subir a la casa. Incansable, el Técnico repasaba sus números. Una bombilla despedía su luz amarillenta casi encima suyo. Los topos no se separaban del televisor. Ya estaban adentro. Trescientos treinta y tres metros,ochocientos cuarentiocho días de excavación, más de setenta mil horas-hombre.

Reapareció el mismo topo. Estaba cubierto de tierra.
-¡Compañero, pronto! ¡urgente... rápido!
-Si están tocando más música, ya los escuché... -dijo sin moverse.
-¡No, compañero... venga usted, rápido! El topo desapareció por el túnel. Martín lo siguió sin mucho entusiasmo. La travesía tomaba unos ocho minutos. Los últimos veinte metros estaban a oscuras. Encontró a los topos agazapados.

Percibió otro olor, no la habitual atmósfera subterránea.
-¿Qué ocurre ahora?
Olía a humedad y basura. De pronto percibió un repugnante tono dulzón en el aire que se enfriaba velozmente.
-¡Cállate! -Rafael lo tomó de un brazo y lo arrastró consigo-. ¡Ahí, arriba!
Miró: el cielo de las seis y media de la tarde, casi la noche de invierno limeño. -¡Se abrió! -Rafael estaba eufórico.-
¿Quién hay encima?
-No sabemos. Había una gente... -la voz de Rafael sonaba a zafarrancho, a guerra- ...se han ido.
-Hay que salir -murmuró un topo
-Estaban fumando pasta y pusieron una frazada marrón encima del agujero, como escondiéndolo -dijo otro topo.

Terminaban de limpiar el último escalón cuando se produjo el derrumbe. El primer topo quedó medio enterrado. Cuando lo rescataron, descubrieron a dos reclusos que miraban por un hueco, a unos cuatro metros sobre sus cabezas. El final del túnel parecía un tobogán. Apareció otro preso a mirar. Luego se fueron. Nada más había ocurrido. Seis y media de la tarde del domingo 8 de julio. Aún era presidente Alan García. Con el arma en la mano, Martín subió unos dos metros. La abertura se desmoronó un poco más. Decidió esperar. Pasaron diez minutos hasta que asomó una silueta negra. Tenía que jugársela.

-¿Quién vive?

La sombra titubeó. Después habló con voz firme.
-Patria o muerte...

Martín respiró aliviado.
-...Venceremos -respondió.

La fuga

Todas las mañanas, Amador miraba la tierra de nadie preguntándose dónde se encontraba el túnel. Sólo Mateo y él, y, claro, el Tío Benigno, sabían que la excavación se acercaba. El domingo 8 de julio, el jefe militar del escape escudriñó las inmediaciones del pabellón 2A. Los topos no podían estar lejos. Habían avisado que posiblemente la fuga tendría lugar dentro de cinco días. Ocurriría un viernes 13, día de mal agüero. Amador creía en la fatalidad pero no lo asustaban los viernes y los treces y, de abrirse el túnel, no pensaba quedarse en la cárcel, paralizado por la mala suerte. Hacia occidente se apiñaban nubes tormentosas, un cielo intensamente lila derramaba un fulgor tristísimo. Era el peor momento del domingo, cuando se iban los visitantes y los reclusos se hundían memoriosamente en sí mismos. Pero ese domingo la prisión estaba de juerga. Por suerte no habían cortado la electricidad. La cárcel quedó inmóvil a partir de la una de la tarde, cuando empezó el partido final del campeonato mundial en el estadio olímpico de Roma. Argentina jugaba contra Alemania. Las estaciones de televisión sólo transmitían fútbol: el encuentro por la copa, el partido de ingleses e italianos, los mejores goles, el resumen del campeonato. Contagiados por la epidemia de fútbol, en los patios de los pabellones se multiplicaban los peloteros. Los tupamaros no se dejaron conmover. Como todas las tardes desde hacía varias semanas, se hicieron un sitio para cantar y tocar sus instrumentos durante una hora. Se reunían ahora en el cuarto piso a examinar sus ropas limpias, los víveres y medicinas que habían recibido. Sólo sábados y domingos no cocinaban su merienda. Compartirían las golosinas llevadas por los familiares. Antes de dispersarse a ver televisión, debían recoger su bandera. No podían izarla en lo alto del edificio, así que la colocaban desplegada, en la pared principal del cuarto piso. Formaban sin necesidad de ordenárselo. Amador les dedicó una larga mirada. Treintisiete. Se les veía erguidos y fuertes. Hasta el Tío Benigno mostraba buena musculatura.

-¡Grupo, descanso! -vociferó Amador-. ¡Atención! ¡Vamos a proceder a arriar nuestra bandera! ¡Palmas, compañeros!

Se escuchó un aplauso que crecía en oleadas.

Dos tupamaros recogieron la bandera del MRTA. Era una insignia rojiblanca, como la del Perú, que en vez del escudo tradicional tenía estampado un rostro de Túpac Amaru con una maza incaica y un fusil automático a cada uno de los lados. De menos a más enfurecían las palmadas, sólo para detenerse y volver a empezar.

-¡Túpac Amaru!... -se escuchó la voz de Amador.
-...¡Vive! -contestaron los tupamaros.
-¡Túpac Amaru!...
-...¡Vencerá!
-¡Somos del pueblo!...
-...¡Rebelión!
-¡Junto a tu pueblo!...
-...¡Revolución!
-¡Con tu ejemplo!...
-...¡Venceremos!

Otra vez aplaudieron.
Rompieron filas después de cantar el himno de Túpac Amaru.

El Tío Benigno no sabía explicarlo, pero había sentido la aproximación del túnel desde hacía varias semanas. Bastaba que cerrase los ojos y empezara a dormirse, para bajar a la amistosa profundidad en la que había existido hasta caer preso. Le parecía estar contenido por el túnel. Lo sintió orientarse, tantear obstáculos antes de pasar debajo del torreón 8. Compartió la sensación de un bombardeo cuando intentaron derrumbarlo. Avanzó aceitosamente con el túnel hasta escurrirse bajo la muralla, cambió de dirección al topar con la humedad que se derramaba del tanque de agua, pasó por debajo de la cocina y de los pabellones 1A y IB y entró, fatigado, a la tierra de nadie. Quizá habría podido señalar exactamente el punto final de la excavación pero nadie se lo preguntó.
La tierra de nadie tenía dueños entre los pabellones 1B y 2A. No sólo la frecuentaban para fumar pasta de cocaína, sino que reclusos sin celda habían terminado por establecer ahí sus chozas y sus vidas. El lugar estaba repleto de basura y todos lo consideraban peligroso. Por esa razón el delegado del cuarto piso no quiso salir cuando el preso Chuqui-runa le dijo que quería mostrarle algo con urgencia.

-¿De qué se trata?
-Ya tú sabes -raposeó Chuquiruna-. No te hagas. Se trata de algo que pasa por debajo de la tierra de nadie, ¿ah?...

El delegado se aturdió.
-¿Túnel?
-...el túnel de ustedes... -siguió sonriendo Chuquiruna.

¿De quién más podía ser? En el pabellón 1A estaban recluidas las senderistas. Los del 1B estaban desorganizados y además eran pobres. El 2A pertenecía al MRTA. Los hombres de Sendero estaban lejos, en el 4B. No necesitaba hacer muchas preguntas. Los tupamaros se estaban escapando y se les había caído el techo del túnel justo donde los amigos de Chuquiruna fumaban esa tarde su pasta de cocaína. Uno de ellos pisó tierra blanda. Se le hundió el pie. Los reclusos vieron luces abajo, como linternas. Chuquiruna ordenó que ocultaran el hueco con una frazada marrón y fue en busca del delegado.
-...un túnel vale oro -razonó Chuquiruna.

Cuando Mateo y Amador vieron al delegado que volvía al cuarto piso, pensaron que había ocurrido una desgracia. Traía la mirada desorbitada, los ojos locos.
-¿Qué ocurre?
-¡Túnel! -dijo el delegado-. ¡Me han contestado patria o muerte, venceremos! ¡Es nuestro!
-¡Reventó! -a Mateo se le apuró el corazón. Había llegado antes de tiempo-. ¿Adonde? ¿quién más sabe?

El delegado señaló la tierra de nadie.
-Chuquiruna y otros dos presos. Han tapado el agujero con una manta. Quieren dinero...
-Tráelo -dijo Mateo-, y que nadie se entere. Nadie.

Los ojos del jefe de fuga no miraban realmente a ninguna parte. Quedaron quietos, enfocados en un vacío distante. Amador lo sacudió suavemente, forzándolo a regresar.
-Nos tomaron por sorpresa -dijo al fin Mateo.
-Imposible esperar con el túnel a la vista -se preocupó Amador.
-Tenemos que salir hoy mismo, pero no puede hacerse a la loca. Prepárate para ir por el comandante -se refirió a Polay.
-Ten lista a tu escuadra.

Se preguntó por qué no se habían comunicado aún por la radio desde la base de Canto Grande.

Amador asintió. Cuatro debían acompañarlo esa noche. Serían los últimos en salir. Eran los mejores combatientes, veteranos, de sangre fría. Lo comprendían por la mirada. Se agruparon en torno suyo. Estaban listos para cualquier empresa.
-Mande usted, compañero...
-Preparados en diez minutos -dijo Amador. Vestirían ropas negras. Las armas llegarían por el túnel pero se reservó esa información-. Iremos al pabellón 6B.
Los de la escuadra comprendieron que la gran hora se acercaba. Muchas veces habían ensayado el viaje por los ductos al pabellón 6B. El jefe del MRTA sólo saldría para un motín o una fuga. Se dispersaron en silencio.

El resto de los tupamaros observaba desde las celdas. Nadie hablaba. El televisor funcionaba sin nadie que mirase la pantalla. Vieron al delegado entrando con Chuquiruna a la celda de Mateo.
-¿así que descubrieron un túnel? -Mateo dio la mano a Chuquiruna. Lo consideraba amistoso. Era una suerte de jefe en la tierra de nadie. Con frecuencia le encargaban mandados. Chuquiruna y los suyos se movían como sombras por la periferia de los pabellones, llegaban a todas partes.
-Yo sabía que era de ustedes -mostró los dientes Chuquiruna-. Para eso estamos los amigos. No te preocupes. Nadie va a decir nada. Nomás sigan cavando...

Mateo respiró aliviado. Chuquiruna creía que el túnel salía de la prisión.
-...Hay otros dos muchachos –dijo-. Ellos me dieron la voz. Hay que darles su dinerito. Y no te preocupes. Nadie los va a delatar.

-Claro que sí, estarán bien atendidos...
Chuquiruna infló el pecho.
-Si hay para todos...
-Para todos, para ti también -tranquilizó Mateo.

Si la Republicana se enteraba, podía emboscarlos en plena fuga. Amador despachó a los de "su escuadra a que observaran a los guardias. Todo parecía normal. Los soldados no se perdían la repetición de los partidos de fútbol. En el pabellón 6A, los narcotraficantes daban una fiesta a la que se sumaban los centinelas. También los expolicías del CENIN estaban de juerga. Media cárcel estaba beoda, lamentando la derrota argentina.
Listos, murmuró Amador junto a Mateo.

El jefe de fuga prefería evitar que la noticia volara por el pabellón. Instintivamente buscarían sus pertenencias. Los presos se aferraban a pequeñas memorias. Acabarían escapando atiborrados de papeles, cartas, pequeños mamarrachos sentimentales. Ni siquiera querrían dejar los instrumentos musicales. Precavido, Mateo había ordenado destruir todo lo que pudiese comprometerlos o dar información a su enemigo, alegando que pronto habría una requisa. Debían comportarse con toda normalidad. No quería que mil o sólo Dios sabías cuántos presos se metiesen en estampida al túnel y lo echaran todo a perder.

¿Y el primer piso? Bajo control, dijo Amador. Desde la construcción del baño para visitantes, los tupamaros eran dueños de una ventana en la planta baja. Daba a la tierra de nadie. Un mes atrás habían aflojado la reja. Ahora podían entrar y salir sin que el resto del pabellón se enterase de sus movimientos.
Mateo seguía preocupado. Oye, Chuquiruna, ¿nadie más sabe? Los muchachos allá, afuera. ¿Cuántos son? Sólo dos. ¿Están fumando? Los otros fumaban jefe, usted disculpe. Muy bien, aquí hay dinero. Que compren lo que quieran. Cuando se les acabe Chuquiruna, sólo tienen que pedir. Muy bien jefe, así se porta uno jefe. Eso sí, por esa noche los tendremos vigilados. No importa jefe, comprendemos jefe. Me quedaré en el pabellón con ustedes jefe. Como usted diga jefe.

-Un día perfecto -dijo Mateo-, lo que se había planeado.
En realidad los topos se habían propuesto abrir el túnel ese domingo, aprovechando la distracción del fútbol, pero se había atrasado.
-No pareces contento -dijo Amador cuando quedaron a solas.
-Pensaba... -la diestra de Mateo describió un círculo por el aire- ...todo esto. Salir de aquí es sólo parte de la fuga. Se necesitan casas de seguridad, vehículos, documentación, armamento. Todo eso existe pero el túnel debe haber tomado a todos por sorpresa... -por primera vez Amador lo vio sonreír- ...sólo falta que tengamos que irnos en taxi.
-El partido sabe lo que hace -Amador tenía ciega confianza.
-Quisiera saber si tendrán tiempo de reunirlo todo... ¿Y la Republicana?
-Tranquila. Los narcos están de fiesta. Hay borrachera en el CENIN. En el 2B invita el Che Carlitos -se refirió al más célebre de los secuestradores-. Hasta el retén se está emborrachando. ¿A qué hora nos vamos?
-Conforme al plan. Todo trabaja a favor nuestro...

Después del cambio de guardia de las tres de la mañana, así estaba previsto.
A las siete y media de la noche, Mateo entró por la radio. Respondió Martín. Sí, había reventado antes de tiempo. En la base aún no estaban listos. Acababan de despachar a tres de los topos llevando aviso al partido. Al final del túnel, el resto de los topos ampliaba la abertura. Martín pidió que el jefe de la escuadra de contención se acercara a la boca del túnel a fin de pasarle armas.
Martín no dijo que hasta ese momento no lograba establecer contacto con la Dirección Nacional. Tendría que dirigir el escape por su cuenta, con sólo los medios que tenía a su alcance. Preguntó por Polay. Mateo dijo que hablarían más tarde.

Dejó al Tío Benigno encargado del walkie takie. Amador se escurría escaleras abajo hacia la tierra de nadie, acompañado por su escuadra. Nadie les prestaba atención. Mateo escondió las piezas de otro radio dentro de una muñeca de paja. Con ella en la mano se dirigió a la puerta del pabellón. Ni un republicano. Los llamó a voces. Tardaron un rato en acercarse. Voy al venusterio, dijo. ¿A esta hora? A diario Mateo llevaba el almuerzo a su jefe, pero las tupamaras se encargaban de la cena. Esa noche las compañeras no podían salir de su pabellón, explicó Mateo, tenían varias enfermas. Está bien, pasa -se impacientó un republicano. ¿Y esa muñeca? Para mi comandante, dijo Mateo con cara de tonto, se la han dejado de regalo. El guardia se encogió de hombros. \

Atravesó la reja. Ya lo conocían. A su paso saludaba a los soldados con un movimiento de cabeza. Observaba. Nadie podía imaginar que se hubiese abierto un túnel. Nadie devolvía el saludo. Se trataba apenas de un recluso, un miserable hombrecito. Ni siquiera lo miraban. Atravesó la rotonda. Los guardias habían cruzado apuestas, discutían. Ninguno observaba verdaderamente el interior de la prisión. ¿Acaso algo extraordinario podía suceder al final de ese domingo? Eran los dueños de esa moderna fortaleza y de las vidas de quienes estaban encerrados en ella. Una que otra mirada militar despreciaba a Mateo que medio arrastrando los pies llegó al pabellón femenino. Lucero se acercó.

-Se abrió -dijo Mateo con un murmullo. En cinco años de prisión, nunca había sonreído. Ahora daba la sensación de estarse riendo en silencio.

Lucero no parpadeó.
-Escuché por la radio. ¿A qué hora nos vamos?
-A la noche... -no se apagaba la sonrisa-.

Estén listas. En veinte minutos hay comunicación con el comandante.
-Comprendido.

No quiso demorarse. Un error y todo se les vendría abajo. Regresó sobre sus pasos. En el primer piso del antiguo venusterio un grupo de republicanos se apiñaba frente a un televisor prestado por el Padrino.
-¿A quién buscas? -el republicano de la reja despedía un tufo a ron barato.
-Al comandante Polay... -Mateo mostró la muñeca-. Para él...

Sin mirar abrieron la reja. A nadie se le ocurría revisar nada. Apuró el paso escaleras arriba. Encontró a Polay en su celda.
-Se abrió -dijo en voz baja-. En tierra de nadie. Lo tenemos vigilado...

El Jefe del MRTA se llevó las manos a la cabeza. Al fin... Esa misma noche, libres. Tenía que ser una fuga limpia, sin violencia. Sonrió con amplitud y abrazó a Mateo.
-¡Lo hicieron! ¡yo sabía que lo harían!
-...te traigo una radio. Hay comunicación abierta con la base y con nosotros, también con las compañeras.
-Comprendido... ahora vete. que no sospechen...

Polay se emocionó al escuchar la voz de Martín brotando del walkie takie entre crujidos de estática. El MRTA presente, mi comandante. Hemos llegado a sacarlos. Ochocientos treinta días cumplían bajo tierra. Casi nada los separaba de la libertad. Polay había encendido el televisor para que su vecino Moróte no escuchara la conferencia por radio. Mateo entró después al circuito y finalmente lo hizo Lucero. No tienes por qué disculparte, dijo Polay a Martín, se abrió en buen lugar. Entonces Martín preguntó: ¿Tomamos la prisión, esperamos o salen de acuerdo al plan? Mateo aseguró que controlaba la situación. En la tierra de nadie creían que la excavación recién comenzaba. Se sentían dueños de una mina de oro. Suponían que el MRTA habría de darles dinero hasta que el túnel hubiese salido de la prisión. Que no sospechen que entra en vez de salir, recomendó Polay. ¿Y las compañeras? Preparadas, comandante. También el jefe del MRTA tenía todo listo para partir. La mayor parte de presos y carceleros se había emborrachado. El limitado alcance de los transmisores portátiles hacía imposible que interceptaran la conversación. Lucero expresó sus preocupaciones: tenía dos reclusas en el pabellón que no pertenecían al MRTA. ¿Las llevaban o las dejaban? Sólo se van tupamaros, dijo Polay, pónganlas a dormir. ¿Sería posible que les pasaran armas? No, dijo Mateo, sólo cuando lleguen al tópico. A Martín le faltaban vehículos. El comando de propaganda no podría tomar un video de la fuga, pero al menos había conseguido una cámara fotográfica. Tenía armas y una docena de topos dispuestos a jugarse la vida. Está bien, dijo Polay. Seguiremos el plan. Las siete de la noche y cuarenta y nueve minutos. Sincronizaron sus relojes. La fuga empezaría media hora después del cambio de guardia de las tres de la mañana.

El jefe del MRTA se sorprendió a sí mismo mirando con ansiedad el reloj apenas a los tres minutos. Faltaban casi ocho horas. Tendría que controlarse o enloquecía antes de llegar al túnel. Imaginó a los topos asomando a ratos fuera del socavón para husmear rencorosamente la cárcel. A las cinco de la mañana siguiente no quedaría un solo tupamaro en la prisión. Disfrutó por anticipado de la sorpresa. Las siete y cincuenticinco. El tiempo se detenía, vuelto de plomo, irrespirable. Polay se cuidaba de no conservar consigo nada que pudiese ser de utilidad a carceleros y policías. Sólo guardaba anotaciones en clave en su pequeña libreta de apuntes, que siempre llevaba en un bolsillo. Sin embargo empezó a revisar la celda. Partía sin equipaje, como había sido su costumbre. En veinte años no había acumulado tantas cosas como en esos dieciseis meses de cárcel. Recién ahora revisó las bolsas que habían dejado los

visitantes dominicales. Pensó regalar los víveres al soplón. No debía alterar sus costumbres. Dejaría todo en la celda, aunque más tarde se lo repartiesen los republicanos. Nueve de Julio, tres y cuarenticinco de la mañana: la partida. Recordó la vizcosa frialdad de las madrugadas limeñas y eligió ropa abrigada para salir del pabellón, un suéter, bufanda, una chaqueta holgada, la gorra que le habían regalado las compañeras en navidad. Las ocho y dos minutos. Se sintió detenido en un tiempo sin significado. La inutilidad de las horas que tenía por delante lo exasperó. Había sobrevivido, sólo eso importaba. Un año y cuatro meses recluido: no era mucha vida si lo consideraba con frialdad. Su enemigo querría enterrarlo para siempre en esa prisión, abrirle las puertas cuando ya se le hubiera agotado toda rebeldía. Pese a todo se iría casi nuevo, intacto en sus ideas. Pareció mirar un espacio aún por ser vivido, preguntarse qué vendría después de la prisión, de qué tamaño su propia existencia, cuál era el plazo que le estaba concedido, hasta cuándo revolución, catacumba, muerte, en qué momento libertad. Lo acechaba el peligro de no ser lo que quería. A diario lo emboscarían la cólera, la amargura, el odio, la venganza, el error. Movió la cabeza sacudiéndose de sus cavilaciones. Las ocho y ocho minutos.

Decidió visitar al general de la Policía Técnica. Desde temprano los pobladores del venusterio se habían repartido entre el primero y el segundo piso. El Padrino y el general de la Policía Técnica eran compadres espirituales. Se visitaban con frecuencia pero parecían haberse distanciado. Cada quien organizó su propia velada para presenciar el partido por el título mundial. El general de los secuestros se había instalado en el segundo piso. Los republicanos que eran vecinos del general de la Policía Técnica habían pasado a los aposentos del Padrino. Los generales saludaron a Polay ruidosamente. Esta vez bebían a lo macho, corto y puro. Sírvase, señor Polay, póngase cómodo, está en su casa. Despojado de su pasada importancia, el soplón sonrió todavía con esperanza. Antes de las elecciones, el MRTA había liberado a Delgado Párker. Cuando Néstor Cerpa, el veterano de Juanjuí, apareció con uniforme tupamaro por la red nacional de Panamericana Televisión a leer un manifiesto, en Canto Grande recobró fuerza la creencia de que se acercaba un canje, que Polay se iría pronto. Promete que vas a llevarme, gimoteaba el soplón. ¿Adonde? ...no voy a ninguna parte. No mientas, insistía el desdichado, te vas en libertad y yo soy tu amigo, sácame de aquí. Polay lo saludó con pena. No podía ablandarse y poner en riesgo la fuga. Sólo se iban tupamaros. Además, el soplón se caía de borracho. Hicieron sitio a Polay frente al televisor. En la pantalla volvían a encontrarse los seleccionados de Argentina y Alemania. ¡Foul y penal! A los treintiocho minutos del segundo tiempo, Andreas Brehme colocaba el solitario gol de la victoria. Dentro de un rato repetirían el partido de la víspera que Italia había ganado a Inglaterra por dos goles a uno. En la celda del segundo piso parecían a ratos una familia burguesa apoltronada frente a la programación del domingo. Polay callaba. Nadie quería ver los espacios políticos. Durante un rato soportaron las noticias. A partir del día siguiente, racionarían la electricidad doce horas diarias. Sólo eso faltaba, se malhumoró el general de la Policía Técnica. Dejarán a oscuras Canto Grande. Los barrios residenciales y comerciales quedarían sin luz de seis de la mañana a cinco de la tarde. Las zonas industriales, de cinco de la tarde a seis de la mañana. Seguía sin llover en la cordillera. El Jurado Nacional de Elecciones se

disponía a reconocer al ingeniero Fujimori como Presidente Electo. Será más noticia la fuga del MRTA, pensó Polay sin mostrar sus emociones. No tenía hambre ni sed, no necesitaba nada como no fuese esperar a que se cumpliera el plazo. Miraba a los otros presos como seres remotos con los que accidentalmente había tropezado y compartido un pedazo de vida y que ahora se alejaban rápidamente, disolviéndose sin que aún se hubiese cumplido su partida. Al fin hartos de fútbol, los generales eligieron una película de Spielberg. Brindaban por cualquier cosa, discutían, fumaban. Casi nadie miraba la pantalla. Pasaron después a "La hora de Alfred Hitchcok". El de la Policía Técnica repuso botellas vacías por otras llenas, pidió ver uno de sus programas favoritos: "Historia del crimen". Siguieron hablando: el pasado, la policía, los políticos, la moderna industria de los narcóticos, las traiciones, la administración de justicia, los sobornos, los precios de la gente. Antes de que empezara el largometraje "El pájaro con las plumas de cristal" se despidió el comandante Polay. Lo miraron brumosamente. La noche es joven, dijo el de la Policía Técnica. Era la una y cuarenta de la mañana del lunes 9 de julio.

Azucena salió al corral y luego de mover un ladrillo, miró por el agujero que usaba el Técnico para efectuar sus mediciones con el teodolito. La prisión de máxima seguridad se veía como un conjunto de luces en el centro de una vasta negrura. Nada parecía tener forma allá en la distancia, ni la cárcel, ni los cerros amontonados detrás, ni la hondonada por la que bajaban desvencijados camiones a cargar arena. Por primera vez en muchos años, Azucena se había sentido transitoria ocupante de un hogar. Había sido su casa, su querencia. Ni siquiera podría quedarse a conocer a los compañeros liberados. Faltaban vehículos. Ella tendría que salir por delante. Tapó el agujero y miró en derredor suyo. Hasta siempre corral, gallinitas, cuyes, patos. Volvió sobre sus pasos. Había metido los apuntes del Técnico en una caja de cartón, el cuaderno en el que llevaba la cuenta de los víveres, las cartas que le había escrito Rafael mientras estaba enferma. Con un ojo en el reloj cambió sus ropas de ama de casa por un atuendo de combate. No olvidó revisar la pistola militar de catorce tiros, enfundándola debajo de su chaqueta de invierno. Los "sobrinos" estaban listos. Sólo Marcial quedaría en la casa. Ya no sería necesario que se pusiera al timón del viejo Fargo azul celeste. El partido enviaba choferes expertos para encargarse de la evacuación.

Rafael había perdido la cuenta de las veces que había viajado esa noche de un extremo a otro del túnel. Por grupos, los topos se preparaban para salir. Tocaba que también se fueran los ocupantes de la casa. Martín regresaba a la base. Pidió permiso para acompañarlo. Encontró Azucena a punto de partir.
-Nos veremos mañana -intentó sonreír Rafael-. No te preocupes.
-Me preocupo, no lo puedo remediar...
-Azucena le acarició el rostro. Sus vidas se apartarían y reunirían muchas veces. Se le ovilló entre los brazos.
Nunca antes Rafael la había visto más hermosa.
Frente a la casa se estacionaban una camioneta grande, con baranda de madera, y un pequeño Volkswagen escarabajo.
Azucena miró por ultima vez las habitaciones apiñadas. Dentro de esas paredes había cambiado su existencia. Sin embargo, también serían visitadas por el olvido.

-Vamos -dijo-. No me gustan los finales...
Salieron con lentitud. En la puerta esperaban Cholito y Cusquito. Estaban sentados, inmóviles. Presentían la separación.
-¿Qué hacemos con ellos?...
-¿Y qué quieres que hagamos?
-...han estado con nosotros desde el principio, no puedo dejarlos.
-Se quedan -se endureció Rafael-. No vamos a escapar cargados de animales.
-Son nuestros perros -protestó Azucena.
-No puedes llevarlos.
-¿Qué dice el partido? ¿cuáles con las órdenes? -Azucena no se doblegaba.
-Sólo salen tupamaros, esa es la orden.
-Muy bien. Son perros tupamaros. Han cuidado la base. Han trabajado... ¿estás de acuerdo?
Los topos rieron. Uno de ellos dijo que acababa de ver al gato en el túnel, se ofreció a traerlo.
-Los vecinos los conocen -dijo Rafael-. Se harán cargo de ellos.No hay sitio, imposible.
Se humedeció la mirada de Azucena. Rafael la acarició mientras subía al escarabajo. Ella lo miró y después a los perros que seguían quietos en la puerta, esperando que los llamara.
-Adiós Cholito, adiós Cusquito -dijo con suavidad.
-Podrían venir, no veo el peligro -se compadeció un topo.
-Haga lo que le ordenan, compañero -se oyó a Martín.
-Comprendido, compañero.
-Hasta la victoria final...
-Patria o muerte, venceremos.
-Te espero -dijo Azucena.
-Hasta pronto -respondió Rafael.

Los reclusos de la tierra de nadie habían vuelto a pedir dinero a los tupamaros. A las dos y media de la mañana estaban tumbados en derredor de su covacha, completamente borrachos, sin fuerzas siquiera para llenar más cigarrillos con pasta de cocaína. Amador caminó con lentitud hasta la boca del túnel. Sólo a tres o cuatro pasos de distancia pudo ver al topo que asomaba. Rápido, compañero, agarra la punta. Le entregó una cuerda y desapareció. Sintió que daban dos tironcitos y empezó a recoger la soga. Cuando el resto de su escuadra se le reunió, ya había sacado una canasta fuera del túnel. Los topos le pasaban cuatro pistolas y cargadores de repuesto. Bajó, subió la canasta. Ahora un fusil AK47 en piezas y cargadores curvos repletos de balas. Otra vez abajo, de nuevo arriba. Más munición y granadas de mano. Por el agujero se acercó el topo. ¿Está bien? ¿necesitan algo más? Suficiente, dijo Amador. Era exactamente lo que había pedido. Eligió para sí una pistola y entregó el resto de las armas a su escuadra.

Mateo esperó las dos y media de la mañana para anunciar a los tupamaros el plan de fuga.

El recluso Chuquiruna no salía de su asombro. Un túnel había entrado tranquilamente a Canto Grande y por ahí escaparían todos los presos del MRTA. Más aún, los tupamaros podían pasar armas y hasta entrar por el túnel para adueñarse de la prisión de máxima seguridad. Sin embargo querían una fuga limpia. Nada de balazos, ni un solo muerto. Escuchó a Mateo dar pausadamente sus instrucciones. Eligió a veinte que saldrían por delante. Quince se irían con el comandante Polay. Al final escaparían las mujeres y la escuadra de contención. No debían dejar atrás papeles personales, cartas, diarios o apuntes. Nada. Chuquiruna se preguntó cuál sería su destino. Había escuchado decir que sólo salían tupamaros. Pero él estaba ahí, en medio de los fugitivos, dueño de su secreto.
-¿Y yo?... -se asustó Chuquiruna.

Mateo se lo quedó mirando. Casi lo había olvidado.
-Tendremos que llevarte.
-...¿Y qué voy a hacer allá afuera?
-¿No quieres salir? Calle es calle, piénsalo bien.
Chuquiruna no estaba preparado. Dirían después que se había metido con los subversivos, pondrían precio a su cabeza. La DIRCOTE lo torturaría cada vez que lo capturasen.
-No tengo adonde ir -se quejó Chuquiruna.
-No te vamos a dejar en cualquier parte -razonó Mateo-. Te daremos dinero para que te puedas esconder. Después...
-¿Después qué?
-...después depende de ti.

Chuquiruna se había vuelto un peligro. Mateo ordenó vigilarlo de cerca. No podía acercarse a las escaleras o bajar a los baños. Sin un ruido los tupamaros se preparaban para la partida. Los primeros veinte se agruparon junto a la puerta del cuarto piso. Por ahí bajarían para salir a la tierra de nadie. El resto se apostó al otro extremo, vigilando el pabellón. Aún podían oír conversaciones, el sonido de televisores, la cercana parranda en el pabellón de los narcos. Mateo activó el walkie talkie, Polay estaba de regreso en su celda. Las tupamaras esperaban la señal. La base informó que había empezado la evacuación y que contaba con los vehículos necesarios para dejar Canto Grande. En la prisión empezó el cambio de guardia. Por primera vez en la noche Mateo aflojó los músculos, desmadejado sobre un colchón, mientras en el televisor se extinguía “El pájaro de las plumas de cristal”, última atracción de la madrugada. Lo entumecía el infinito cansancio de cinco años de cárcel. No se había dejado ganar por el desaliento. Un millón de veces había repetido consignas, afirmado su convicción, reconstruido el pasado. Túpac Amaru no era sólo una estampa para Mateo. En el inca descuartizado encarnaba la idea del Perú, el destino que debían superar. Por un momento pensó en dejarse llevar por la fatiga, dormir de pronto libre de sus preocupaciones. Tuvo que recordar que aún no habían escapado, que lo más peligroso estaba por delante, para poderse incorporar y asumir por última vez la jefatura de la fuga. Tomó entre sus manos la bandera del MRTA plegada militarmente y la entregó al grupo que saldría por delante.

Las tres y media de la mañana.

Lucero escuchó a mateo informando por radio que había empezado la fuga. Los primeros veinte tupamaros bajaban por la escalera hacia el patio. Antes de cinco minutos habrían terminado de escurrirse dentro del túnel. Lucero fue a la celda donde estaban las reclusas que no pertenecían al MRTA. Temprano habían puesto somníferos en su comida, pero sólo una de ellas dio cuenta de la cena y cayó profundamente dormida. La otra observó alarmada como las tupamaras quemaban papeles. ¿Que pasa, qué están haciendo? Y luego: ¿adonde se van? A ningún lado. No se convenció. No me engañen, dijo, quiero saber. Y en fin: ¿van a fugarse? Lucero tenía demasiados problemas para estar respondiendo preguntas. Nos vamos, le había dicho, pero no puedes salir con nosotras, tendremos que amarrarte y amordazarte por las buenas. La otra se dejó maniatar. La dejaron junto a la reclusa dormida. Ahora les dio una mirada: estaban quietas. Corrió hasta la puerta del pabellón. Las tupamaras formaban de a uno en fondo. Tenían una enferma y otra que acababa de dar a luz. Lucero abrió con lentitud. El pasadizo estaba desierto.

Polay escuchó llegar el relevo de la guardia. La tropa llegaba fatigada. En quince minutos, la mayoría estaría dormitando. Había pintado un viva el MRTA en la pared de su celda. En su diestra se calentaban las llaves del pabellón. Entonces vio la estampa de Sarita Colonia sobre la mesa. La víspera, día de visitas femeninas, la madre de un tupamaro se la había llevado. Acéptela usted compañero, había dicho. Obraba milagros. Sarita Colonia había muerto en la década de los años cuarenta. Era una joven ancashina que había sido empleada doméstica en la capital. En toda su vida sólo se tomó una fotografía en un parque, acompañada por sus padres. La tradición contaba que la habían querido violar y que Dios la auxilió borrándole el sexo. Nacido en el Callao, el comandante conocía bien el barrio porteño que llevaba el nombre de Sarita. El pueblo iba en peregrinación adonde se suponía que la habían enterrado. Según la creencia popular, las estampas de Sarita tenían que ser regaladas o robadas. Polay sonrió. Bien, acompáñame -dijo con afecto y guardó la estampa en el interior de su chaqueta.

Tres de los topos habían salido del túnel y estaban agazapados con sus fusiles en la tierra de nadie. Hubiese brillado una luz y se habría comprobado su rara apariencia, terrosos y en paños menores, dos de ellos con un pañuelo anudado en la frente y el otro a medio enmascarar. Todavía del otro lado de la ventana del primer piso, el Tío Benigno reconoció la proximidad de su túnel. Le pareció percibir una bocanada subterránea, como un aliento. También el túnel se alegraba de sentir al viejo. Las tres y media en punto. El Tío Benigno se hizo a un lado para que los tupamaros empezaran a salir.

En el corredor de la primera planta dormía un puñado de atorrantes. Los dueños de nada. abrigados con periódicos viejos, empezaban a abrir los ojos, a darse cuenta. Uno de ellos se hacía el dormido, pero miraba por lo bajo. El Tío Benigno lo empujó con un pie. Tú, al fondo, muévete. ¿Qué pasa, tío? Vamos, sal de aquí y no hagas ruido. Sí, tío. Era el bufón del 2A. No se preocupe, tío, no he visto nada.

Al fin llegó su turno. Saltó por la ventana y trotó en la oscuridad. El viejo tenía ojos de topo así que vio a los otros topos que cuidaban la entrada y supo exactamente donde estaba el hueco en la tierra fofa de esa pampita inmunda entre los pabellones. Iban a decirle cuidado, la primera caída es casi vertical, la espalda contra la tierra y los pies por delante, cuando los topos lo reconocieron. Hola, tío. Bienvenido a casa. Benigno se sintió conmovido. Se hubiese dicho que el túnel se acomodaba para recibirlo. Sintió un vacío en el estómago mientras caía de pie. Luego le pareció llegar a un tobogán. Supo que subía la temperatura, se caldeaba el aire. Su mirada de topo descubrió una luminescencia al final de la caída. Sus manos palparon la rugosa garganta del túnel. El olor a tumba le era familiar. Tierra seca y profunda, guijarros que no veían el sol desde hacía millones de años. Calculó que había bajado unos cuatro metros hasta encontrar algo así como un escalón en curva. El tobogán frenaba su cuerpo. Creció la luz hasta obligarlo a parpadear. Ahora sí, estaba en el túnel. Los Topos habían abierto un espacio subterráneo de apenas dos metros de ancho, iluminado por una bombilla eléctrica. El Tío Benigno respiró contento el espeso aire subterráneo. Una mano fuerte lo aferró de la camisa. ¡Tío, te estábamos esperando! Reconoció a Rafael. Se abrazaron.

Exactamente a las tres y media de la mañana, el jefe del MRTA salió por el pasadizo del cuarto piso. Con su puerta cerrada, Osmán Moróte parecía dormir. El general de los secuestros roncaba acompasadamente. Polay se detuvo brevemente en la escalera. Abajo aún escuchaban televisión, los del segundo piso no habían dado por concluida su visita al primer piso. La reja delantera había quedado abierta. Tuvo que abrir la segunda. No hizo ruido. Miró la claraboya. Sólo ahora se preguntó qué haría si no lograba desprenderla. De un salto se colgó de los fierros. Subió con una flexión y dejó que todo su peso cayera después. Con un crujido se desfondó la reja. La mezcla era tan pobre que se deshacía en polvo. Nuevamente saltó y sus manos salieron fuera. Se izó con facilidad, aplastándose contra el techo del pabellón de máxima seguridad. La sangre golpeaba en sus oídos. Temía los balazos de la guardia. El techo quedaba por debajo de los pisos altos de otros pabellones y de la rotonda llena de republicanos. Uno de los reflectores de la prisión iluminaba justamente la parte superior del antiguo venusterio. Al principio se sintió deslumhrado e indefenso. Esperaba voces de alto. Nada. No lo habían visto. Avanzó rampando hacia el sitio donde su pabellón se encontraba con el 6B. Pudo ver a dos guardias en una ventana. Le daban la espalda. No terminaba la fiesta de los narcotraficantes. Siguió avanzando. Cincuenta mil dólares valía su cabeza en un país cuyo salario mínimo era de setenta dólares mensuales. Las luces de la cárcel apenas conseguían amoratar el cielo de invierno. La helada humedad limeña empezaba a condensarse. Pronto se sintió mojado y sin embargo transpiraba. En el momento mismo en que llegó al borde del pabellón 6B caía a su encuentro una soga con nudos, forrada en tela.

Minutos atrás, Amador había numerado a los integrantes de su escuadra. Iba de “Uno” y llevaba una pistola y dos granadas de mano. “Cuatro” vigilaba la rotonda con el fusil automático. “Cinco” se encargaba de la soga. “Dos” y “Tres” mantenían libre el escape a los ductos. El comandante Polay no esperó que lo ayudaran. De nudo en nudo de la soga subió los cuatro metros.

-Patria o muerte -saludó Amador.
-Venceremos -sonrió Polay.

Sus cuerpos se achataron sobre el techo del pabellón 6B.
-La ruta es por los ductos -informó Amador-, pero tenemos que usar la escalera y ahí pueden vernos. Hay que bajar pegados a la pared... -Muy bien -dijo Polay.
-...iremos por los ductos al pabellón 2A y de ahí a la boca del túnel.
-Como usted diga -dijo el comandante.

Amador se colocó delante de Polay. Primero avanzaba “Cinco”. El resto de la escuadra cerraba la marcha. Bajaron casi adheridos a la pared. Al pasar el segundo piso, el jefe del MRTA casi habría podido estirar una mano y tocar a un republicano de espaldas. Después los ductos. Polay se sintió aturdido por la oscuridad total. Amador lo guió hasta la reja a la que habían removido uno de los barrotes.

-Pase por aquí, hay suficiente espacio -dijo Amador. Y después-: Siga, siga.
Con lentitud se adaptaban las pupilas de Polay a tanta tiniebla. Una vez en el ducto, brillaron linternas de mano. Amador marcaba el paso. En ese momento estaba al mando. Siga, siga -repetía al comandante. Ya no caminaban, trotaban. A Polay se le hacía interminable. No había sospechado el tamaño de la prisión. El sudor empezaba a mojarle las ropas. Si no le digo nada, usted siga -volvió a hablar Amador. Ahora trepaban por una escalera estrecha y mugrosa. El pabellón 2A anunció Amador. Siga, siga. Ahora volaban los minutos. Apúrese. En cualquier momento la Republicana va a enterarse de que se está vaciando el cuarto piso. Rápido. No se demore. Al fin Polay salió a territorio del MRTA. ¡El comandante, llegó el comandante!

Después de catorce meses de prisión, el jefe del MRTA entraba por primera vez al pabellón de los tupamaros. Miró sonriente el rostro de Túpac Amaru pintado en una pared, las consignas. Se extendían manos a estrechar su diestra. A muchos recién los conocía. Casi todos eran jóvenes. Los había cholos, negros, chinos, mulatos. Polay pidió que le mostraran las celdas. Pasaba revista al cuarto piso. Se sintió satisfecho. Dejaban todo en orden, hasta las camas hechas.

-Llegó el primer grupo a la base -informó Mateo después de conversar por el walkie talkie-. Te están esperando.
-Los compañeros aquí salen después de usted, comandante -explicó Amador-, Podemos bajar.

Esta vez usaron la escalera del balcón al patio del 2A. Amador avanzaba delante de su jefe, guiándolo hasta la ventana abierta a la tierra de nadie. De este lado quedaba la prisión para toda la vida. Del otro, la libertad no importa que clandestina, la insurrección demorada, la vida a todo o nada. Saltó fuera del pabellón intuyendo su camino en la penumbra. Patria o muerte, venceremos. Bienvenido, comandante.

Los topos no habían dejado de cuidar su túnel.

-Estírese para entrar, comandante -dijo uno de ellos-. Es un poco angosto.

No miró atrás. Un pie primero, el otro después, la caída. Se hundía en la tierra Polay, llevándose consigo una costra de recuerdos, la monotonía de la cárcel, sus peligros. Caía y caía y salían a su encuentro fogonazos de memoria, rostros que había olvidado, momentos perdidos. Como una muerte, comandante. Como esos moribundos que se cree recogen sus pasos. Caía y le regresaba la vida en imágenes exactas y fugaces que casi no conseguía capturar. Pudo pensar que se constataba a sí mismo. Volvió a la realidad sólo cuando llegó al fondo. Rafael y otro topo saludaron militarmente.

-¡Lo estamos esperando, comandante!
-El compañero Martín se encuentra al otro extremo del túnel, comandante... -informó Rafael. Le extendió una pistola Browning capturada al ejército-. Para usted, comandante.

El topo estaba armado con un fusil AK47. Lo mismo que Rafael, no había tenido tiempo de vestirse. Uno vestía un pantaloncito corto, el otro estaba en calzoncillos. El topo se colocó adelante.
-Por aquí, comandante. No se detenga.
-Al principio es angosto, sólo tiene setenta centímetros de diámetro -advirtió Rafael.

Las cuatro y cinco de la mañana.

Polay se encorvó para entrar al túnel. Tenía que avanzar doblado en sí mismo, con las piernas encogidas. Pronto sintió un calor insoportable. En los primeros metros se golpeó la cabeza, perdió la gorra que llevaba puesta. Otro topo había salido a su encuentro, se evaporó hacia la salida de la base. El jefe del MRTA se asombró de la facilidad con que los topos transitaban esa estrechura subterránea. Cada diez metros se renovaba la luz, cada cinco aparecían horcones y vigas de eucalipto. Un aire denso se coagulaba en la garganta del fugitivo. El túnel se le apretaba en derredor suyo. Lo ganaba el cansancio. Se le acalambraban las piernas, la espalda. Siguió trotando. El primero de los topos se deslizaba delante suyo, de trecho en trecho mirando atrás. Lo cuidaba. El otro iba y venía anunciando al jefe del MRTA. Las cuatro y ocho. El túnel crecía, dejaba de presionarlo. Después de dos cambios de dirección, lo sintió recto y estable. El aire quemaba. Se quitó la bufanda sólo para perderla unos metros más lejos. Ya no volvió por ella. Mantuvo el trote como si quisiera alcanzar al topo. imitando sus pisadas, su modo de curvarse llevando el ritmo. Pero el topo lo ganaba, parecía un cazador persiguiendo una presa. Se hubiese dicho que los topos se movían sobre patines. El bochorno del túnel ya no los hacía sudar. Se les veía secos, enjutos, un poco ajados, de color terracota. Un metro de ancho, un metro veinte. El túnel empezaba a tomar otra apariencia, ya no una conejera sino un socavón. Al fin pudo mirar adelante. De pronto se sintió en un lugar hospitalario, amplio y aliado. Hasta el suelo se alisaba y endurecía como un pavimento. Las cuatro y diez. Pesadamente lo alcanzó un movimiento de aire. Faltaba mucho para salir. Las mangas del sistema de ventilación estaban infladas. Al acercarse, el jefe del MRTA sintió refrescarse la atmósfera del túnel. Al fin le dio de lleno un chorro de aire

helado. No se detuvo. Otros dos topos se habían aproximado al comandante. ¡Bienvenido, comandante! ¡por aquí, siga usted! Los vio desaparecer delante suyo. Pareció que el túnel terminaba. Un metro veinte de ancho, casi su estatura de alto. Las cuatro y trece. Nos acercamos, dijo el topo que no se le había separado. Todo ese inmenso agujero había sido abierto con las manos, con pequeñas barretas, con lampas para trincheras; y la tierra reunida costal por costal, cargada sobre hombros o en pequeños vagones, empujada con lentitud hasta la salida, levantada a pulso a la boca del pozo. Veintidós personas multiplicadas por veinte mil horas de oscuridad, de silencio, de cansancio extremo. Había de haberles parecido interminable. Cambiaron de rumbo por última vez. Un súbito ventarrón alcanzó a Polay. Esa parte estaba mejor iluminada. En la primera estancia subterránea esperaba Martín.

Las cuatro y quince.

-Misión cumplida, comandante.
Se dieron un abrazo. Polay miró en derredor suyo. Tenía el aspecto de una fortaleza subterránea.
-Sólo tenemos dos transportes -explicó rápidamente Martín-, En el primero se van veinticinco. Por el camino te espera un auto... -Gracias. ¿Y el resto?
-...saldrán con el volquete. Todos a la misma base de seguridad. No he podido ponerme en contacto con la dirección nacional...

Mateo entró por la radio.
-¿Llegó el comandante?
-Sí, aquí está.
-Empieza la evacuación del segundo grupo y van por las mujeres -chasqueó la voz de Mateo.
-¿Nos han descubierto? -preguntó Martín.
-Nada, todavía nada -respondió Mateo
-Asombroso -dijo Polay.

Le mostraron el pozo de salida. El jefe del MRTA subió con cautela. Cuanto más alto, más oscuro. A los dieciocho metros sintió la mordedura de esa madrugada de invierno austral. Por aquí, comandante. Nos vamos, compañeros. En silencio, los del primer grupo saludaron a su jefe. Polay estrechó la mano de Martín. Nos vemos. Buena suerte. Hasta la victoria final. En la plataforma de la camioneta no entraba una persona más. Se acomodó en la cabina, entre el chofer y un tupamaro armado con una pistola ametralladora. Tosió el motor todavía frío. Era un vehículo viejo, aunque no tanto como el Fargo azul celeste que esperaba estacionado en la penumbra.

Mateo metió el revólver entre sus ropas, ajustó bien su cinturón, se dispuso a partir. Amador recibió el walkie talkie. Quedaba al mando. En el corredor, los presos seguían encogidos en el suelo, inmóviles pese a que casi todos ya habían despertado. La mirada de Mateo encontró a Chuquiruna entre los tupamaros que esperaban para salir. Ven conmigo, le dijo, no te vayan a botar del túnel. Contó a sus compañeros. Eran doce, trece con el propio Mateo. En la prisión de Canto Grande quedaban las nueve compañeras y los cinco de la escuadra de contención. En la boca del túnel sólo quedaba un topo armado de

un fusil. Mateo empujó a Chuquiruna por el agujero, sonrió al escuchar su lamentación mientras caía. Miró después la amplitud de la cárcel. Te dejo, dijo, ojalá que sea hasta siempre.

Lucero salio del pabellón de mujeres por delante. A SU derecha estaba abierta la puerta que daba al ingreso de la cárcel, donde se registraba y admitía a los reclusos. Escuchó las voces: había guardias de ambos sexos. Miró su reloj. Las cuatro y veintiuno. Un minuto antes Amador había avisado por la radio que irían por ellas. A su izquierda quedaba la reja hasta la que llegaría la escuadra de contención. Calculó que tardarían de cuatro a cinco minutos en llegar por los ductos y el tópico. Detrás de Lucero salían las tupamaras, cinco de ellas armadas de botellas. Se agruparon junto a la reja. Los republicanos no sospechaban, seguían conversando. A las cuatro y veinticinco vieron abrirse la puerta del tópico y apareció Amador con dos tupamaros. Uno traía un fusil, el otro una gata mecánica. La pasaron entre los barrotes. Debían usarla para abrirse paso, pero en ese momento se le escapó a la guerrillera de las manos y cayó con estrépito al piso de losetas.

-¡Vamos! -reaccionó Lucero, corriendo hacia la otra puerta.
-¿Qué fue eso? -decía un republicano.
-Voy a ver -decía otro.

Atravesó la puerta y una botella se hizo añicos contra su cabeza. El soldado dio un alarido. Las miró sin decir palabra y salió corriendo. Sin dudar. Lucero lo siguió. En la siguiente habitación, los guardias se incorporaron de un brinco y retrocedieron. Las guerrilleras tenían fama de implacables. Entraban al ataque y ellos estaban desarmados. Las policías escapaban.
-¡Cuidado, tienen explosivos! -gritó uno de los republicanos..
-¡Motín! -vociferó otro guardia arrinconado.
-¡Por aquí! -gritó Lucero abriendo un portón
¡Vamos, vamos! Todavía se volvió para mirar a sus espantados custodios.
¡El que se mueva es hombre muerto!

Se la tragó la oscuridad. Ningún republicano la persiguió. Las tupamaras formaron en tríadas. Sólo una de ellas tenía una “molotov”. Lucero había imaginado infinitas veces esa ruta alternativa. Por primera vez la recorrían. Un pasadizo, primero. En menos de dos minutos llegaron al pabellón 2A. Ayudaron a la enferma y a la recién parida a subir por la malla de alambre que daba al “gallinero” y al patio. De ahí a la tierra de nadie. Solitario, el topo con su fusil se sobresaltó al sentirlas llegar. Preguntó por la escuadra de contención. Lucero ignoraba su suerte. Le tocaba bajar al túnel por delante. Desde abajo, los topos ayudaron a las últimas compañeras.

Antes de abandonar los ductos, Amador escuchó que la voz de motín se propagaba por la rotonda. Sin embargo no sonó la alarma. Todo siguió quieto, a oscuras. Esta vez sus pisadas desconfiaban al bajar al patio y salir a la tierra de nadie. En la boca del túnel esperaban Rafael y un topo armado.
-¿Quién falta, compañero?
-Nosotros.
-Vamos, Amador, métete al túnel, se va el MRTA...

Amador mostró una blanquísima sonrisa.
-Se va el MRTA... -siguió Rafael como si fuese conductor de un tren-
...todos adentro de una vez, nos vamos...

Los de la escuadra de contención desaparecían por el túnel. Al final quedaron Rafael, Amador y el topo con su fusil. La prisión había enmudecido. Bajo el friolento cielo negro, nada se movía.
-¿No falta nadie? -era Rafael.
-Nadie -murmuró el topo. Amador entró al túnel.

Rafael sintió que tiritaba. Estaba semidesnudo. Nadie los seguía, nadie miraba. Golpeó al topo en la espalda.
-Sígueme -dijo regresando al túnel.

El camión fargo azul celeste echó a rodar a cinco para las cinco de la mañana. Antes de partir, Rafael apagó las luces y cerró la puerta con llave.

El gato no se movió del pozo donde había aprendido a vivir. Cusquito ,y Cholito persiguieron las ruedas del Fargo hasta cansarse. Regresaron después. Rafael los vio perderse en la oscuridad de la madrugada.

En la tolva viajaban las guerrilleras, la escuadra de contención, los tupamaros del segundo grupo con Mateo y Chuquiruna. Y los topos aún armados con los fusiles de asalto.

Una vez que se acabó la calle que todos conocían como «la Parkinson», el camión Fargo azul celeste se apuró por Santa Rosa y dobló a la derecha por la calle Tacna. Nuevamente cambió de ruta, ahora por la avenida San Martín. Las cinco de la mañana. Rebaños de obreros caminaban por los filos de las avenidas. Pequeñas luces ardían en casi todas las ventanas. Un apetitoso olor a panadería crecía en Canto Grande. A trechos se cruzaban con ruidosos autobuses y colectivos de obreros. La ciudad de los pobres estaba despierta.

Un kilómetro adelante quedaba un cuartel de la Policía Técnica. A esa hora seguramente ya habían retirado las tranqueras que impedían el libre paso de vehículos. El anciano volquete seguía acelerando. Ni siquiera quedaban centinelas en la puerta. Los fugitivos pasaron tranquilamente frente al cuartel.
Trescientos metros más lejos, el pobre camión golpeó un desnivel en la pista. Lo sintieron escorarse, naufragar. Se detuvieron. Bajó el chofer a mirar las llantas. Habían roto uno de los amortiguadores pero tendrían que continuar. No podían quedarse ahí, con la prisión aún a sus espaldas y la tolva repleta de gente sin documentos.

Todo el Fargo sonaba como si fuese a deshacerse. Impasible, el tupamaro que iba al timón eligió la carretera de evitamiento. Salió más allá de Acho, no lejos del palacio presidencial. De la carrocería brotó entonces una gruesa humareda. Pareció que se incendiaba. Se calentó el motor, dijo el chofer, necesitamos agua. Entró a una estación de servicio para llenar el radiador. Cuando partían se ahogó el motor y ya no pudo encenderlo. No funcionaba el arrancador.

-Hay que empujar, muchachos -dijo Rafael. Sacudía la cabeza sin creerlo. A mitad de Lima, topos y fugitivos saltaban de la tolva para darle un envión. Cincuenta metros más lejos el motor volvió a funcionar y todos volvieron a su sitio.

Chuquiruna observaba incrédulo. También se sumergió en la tolva. Diez, quince minutos más tarde, el Fargo azul celeste desapareció para siempre de la ciudad.

Recién a las siete de la mañana la Guardia Republicana se atrevió a entrar al cuarto piso del pabellón 2A. No quedaba nadie.

Una hora más tarde descubrieron el túnel. Llamaron a los zapadores creyéndolo minado. Al día siguiente entró una fuerza especial de comandos. Con el dedo en el gatillo, un capitán de quijada sin afeitar fue el primero en llegar al otro extremo. Sólo encontró a un gato gris maullando en busca de ratones.

Centro de Documentación de los Movimientos Armados (CeDeMA)